EL TIEMPO VIVIDO

CÉDRIC GRAS



Los alpinistas de Stalin

CRÍTICA

Índice

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Sinopsis

Esta es la historia nunca antes contada de los hermanos Abalákov, dos alpinistas que trabajaban para la gloria del régimen soviético y que fueron víctimas de las purgas stalinistas.

Vitali y Yevgueni eran dos huérfanos siberianos que disfrutaban de la escalada antes de hacerse alpinistas expertos. Realizaron muchas expediciones entre el Cáucaso y Asia Central que culminaron en los años 30 con sus subidas a los impresionantes picos de Stalin y Lenin. En una cultura en la que el alpinismo estaba dictado por la ideología de un nuevo mundo, a través de la conquista de nuevos territorios y la guerra, Vitali Abalákov todavía fue víctima del Gran Terror y las purgas de 1938. Finalmente fue liberado. A pesar de haber perdido varios dedos en una tormenta de nieve a gran altitud, volvió al alpinismo y consiguió otra vez, dirigiéndose Spartak, retornar al más alto nivel. Su hermano Yevgueni murió en 1948 cuando se disponía a subir al Everest.

Los alpinistas de Stalin

Cédric Gras

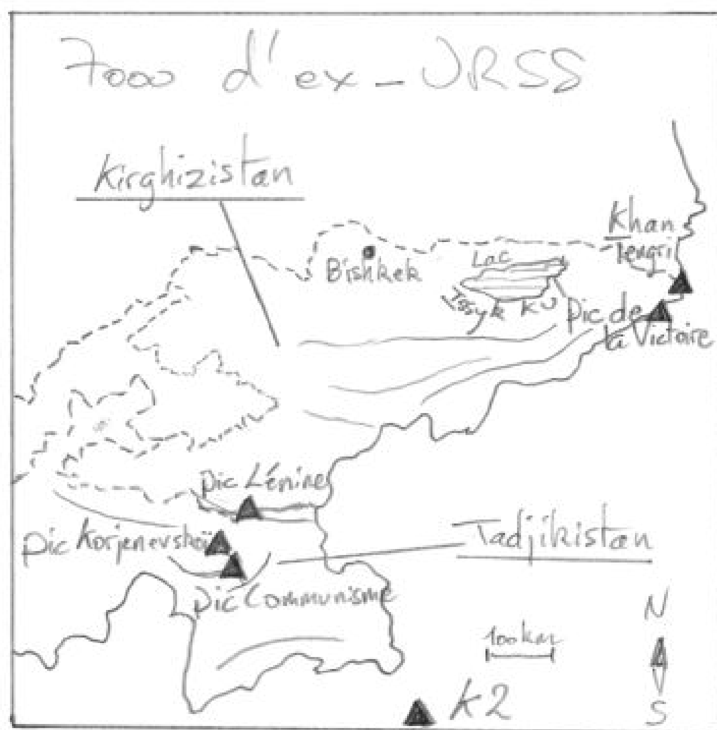
Traducción de castellana de Palmira Feixas

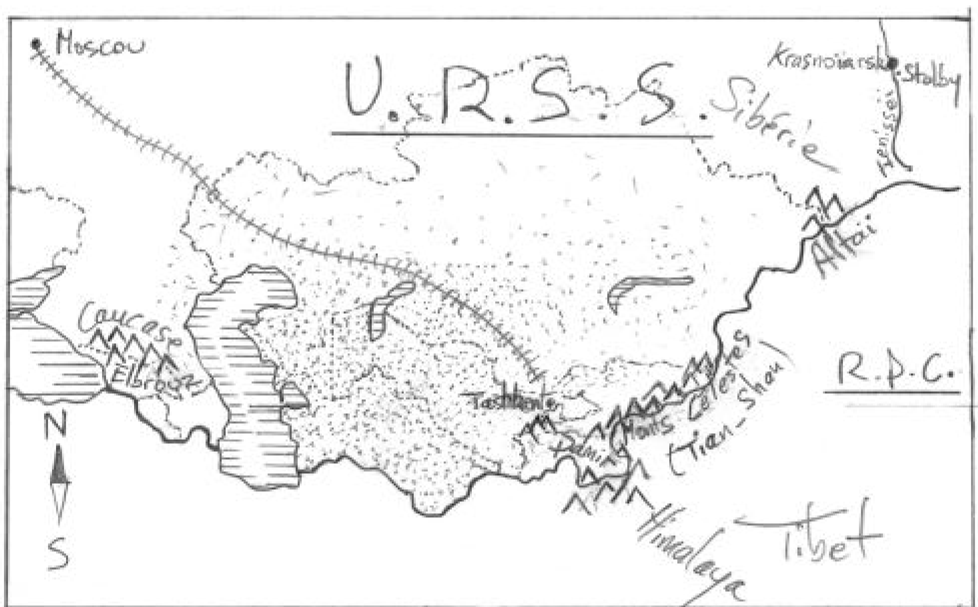


CRÍTICA

Porque no hay nada superior a una verdad que parece inverosímil.

STEFAN ZWEIG, *Magallanes*


7000 d'ex-URSS
Kirghizistan
Bishkek
Lac
Issyk Ku
Khan Tengri
Pic de la Victoire
Pic Lénine
Pic Korjenevskoï
Tadjikistan
Pic Communisme
N
100 km
S
K2



Montagnes d'Union Soviétique

Abalákov

Me resistí durante mucho tiempo. Siempre he intentado ir más allá de las obviedades: Stalin, los gulags y todos los exotismos machacones de Occidente. He recorrido Rusia con el propósito de conocerla tal y como es en la actualidad. Nunca he querido adueñarme de los grandes nombres del pasado para resaltar la grisura de un viaje contemporáneo, como se estila hoy. Me niego a invocar la historia frente a un presente que a veces parece inferior. Sin embargo, el interés por Eurasia siempre trae cola. El siglo rojo te tiende emboscadas cada dos por tres. La Unión Soviética generó una potente dramaturgia, hecha de destinos conmovedores y de una providencia caprichosa. Ese seguirá siendo su mayor triunfo, desde luego. Los escritores no le han sacado suficiente partido.

Si he sucumbido a la tentación de las fotografías en blanco y negro, no es por una simple anécdota. Este asunto llegó a obsesionarme porque entreteje todas mis pasiones: mis años viviendo en el Este de Europa, las montañas que me fascinaron de adolescente, mis viajes por Asia Central. El caso es que se me apareció como una catarsis y una evidencia. Me di cuenta de que, si yo no me dedicaba a indagar en esta asombrosa historia, nadie le prestaría atención. No quería que cayera en el olvido, así que acabé convirtiéndola en un deber. Desde entonces, me fui embarcando en investigaciones febriles, cautivado por unas vidas delirantes, por unas décadas que no lo eran menos, en un país que siempre lo ha sido.

Hasta que un día de otoño me encontré en un asiento del metro ensordecedor de la capital de todas las Rusias. Una vez en la estación de Frunze, en un meandro del río Moscova, salí al aire libre. Abundaba el hormigón e inmensos árboles que iban perdiendo las hojas secas. Pregunté por la calle Bolshaia

Pigoróvskaoa. Allí se custodian, en la actualidad, los archivos federales. Mientras caminaba a buen paso, intenté, una vez más, recordar la razón. ¿Por qué llevaba tantos meses investigando sobre aquellos alpinistas olvidados? ¿Cómo se puede escarbar en la vida de unos desconocidos? ¿Y con qué derecho, aparte de en aras de la memoria?

Mis conocidos del mundo académico me habían augurado toda clase de batallas. «Ya lo verás —me avisaban—, los expedientes de las purgas están clasificados. La Rusia de Putin esconde a las víctimas del estalinismo debajo de la alfombra. No te dejarán ver ningún documento.» Estaba preparado para la arbitrariedad de los funcionarios, para coleccionar los sellos más variopintos, para poner todo mi conocimiento de la lengua rusa y toda mi experiencia con la burocracia internacional al servicio de aquellas extraordinarias pesquisas. Me parecía impensable escribir sobre aquellos muchachos sin haber leído sus juicios kafkianos, sin haber olido el papel que les obligaron a asumir, que les obliga a mentir y matar.

Primero había tenido que devanarme los sesos para localizar el expediente P-8594, que era el que contenía la clave. Ya no estaba en Lubianka, el cuartel general histórico del KGB. Lo habían trasladado a los archivos federales a donde yo me había apresurado a dirigir una petición pormenorizada. Acto seguido, me había armado de paciencia. Durante un mes o dos. Como la respuesta se retrasaba, había recurrido al teléfono. A la voz gélida que me atendió, le había preguntado por el departamento de los «purgados» del Terror estalinista. «No tenemos otros», había replicado una señora de mala uva. Por lo demás, habían aceptado mi solicitud, de manera que podía acudir al archivo cuando quisiera.

Así que allí estaba, en la calle Bolshaia Pirogóvskaoa, al amanecer de un día en que no vería el sol, frente a aquel enorme edificio soviético, lleno de espantosos secretos bien ordenados. En el vestíbulo, a mano derecha, había un viejo teléfono para ponerse en contacto con los archiveros. Marqué uno de los números de la lista colgada en la pared de al lado. Sonó varias veces, hasta que

una voz femenina me saludó como se suele saludar en Rusia. Es decir, no me saludó. Dirigió, ordenó, dispuso, avisó del salvoconducto al encargado, que descifró con dificultad mi apellido extranjero.

A continuación, crucé el patio interior hasta el edificio 7. Allí, las primeras hojas secas cubrían el umbral de una entrada idéntica a otras miles. En el segundo piso me esperaba mi interlocutora, taciturna pero servicial, en medio de pesadas estanterías. La sala estaba mal iluminada. Me instalé en una mesita, cerca de una ventana por la que entraba un poco de luz. La archivera me trajo el expediente. Acto seguido, me rogó encarecidamente que «no rob[as]e nada», antes de dejarme caer, como si tal cosa, que a mediodía andaría ocupada con un agente del Servicio Federal de Seguridad (FSB). Le dije que no temiera. Que el FSB debía de conocerme mejor que yo. Que llevaba quince años dando vueltas por el país, que ya empezaba a perder la cuenta.

Entonces me dejó a solas.

¡Por fin! Llevaba ocho meses siguiendo la pista de aquellos hombres.

Los hermanos Abalákov.

Abrí el expediente. Eché un vistazo a la lista de los investigadores que lo habían consultado antes que yo. Solo dos nombres, más de diez años antes, que ya había leído en notas al pie de artículos dedicados al montañismo en la época de la URSS. Nadie, aparte de ellos, al menos desde el traslado de los expedientes a los archivos federales.

Entonces me sumergí en las trescientas cincuenta páginas de la instrucción del caso. Me asaltaban centenares de preguntas. ¿Por qué razón Vitali Abalákov, el alpinista soviético más famoso de todos los tiempos, había acabado siendo víctima del llamado Gran Terror o Gran Purga? ¿Habría denunciado, bajo tortura, a sus compañeros de cordada? Y, sobre todo, ¿había delatado a su propio hermano, Yevgueni Abalákov, la estrella de las cumbres, el heroico conquistador del vertiginoso pico Stalin?

Intentaba dilucidar esa cuestión desde hacía tiempo.

Sin embargo, enseguida me alegré de no haber acudido a los

archivos hasta el final de mi investigación. Porque, para entender cabalmente este asunto, es necesario retrotraerse a Siberia a principios del siglo anterior.

Parte I

LA HOZ Y EL PIOLET

De origen burgués

Corre el año 1920. La guerra civil acaba de llegar a Siberia. La santa Rusia se desgarra en las pálidas inmensidades. Los Blancos acorralan a los Rojos, los Rojos acometen a los Blancos y, desde hace poco, los bolcheviques se han proclamado dueños de Krasnoyarsk, una languideciente ciudad de madera a orillas del río Yeniséi, con los rótulos escritos en viejo eslavo, mujiks hirsutos y mercancías procedentes de China. En una casa señorial de la calle Lenin (¿o todavía es la calle de la Anunciación?), una familia poco convencional está sentada a la mesa cenando cuando llaman ruidosamente a la puerta. De hecho, la aporrean hasta que por fin abren, y entonces un soldado de la revolución se planta en el umbral, mostrando con arrogancia una orden de detención.

En el documento sellado por los nuevos amos del país aparece el nombre de Iván Abalákov, el propietario de la casa. Es un comerciante notorio, un enemigo declarado del pueblo. Su suerte está echada. Desde que estalló la Revolución de Octubre, ya se sabe cómo acaban esa clase de visitas vespertinas. Los secuaces de la burguesía son ejecutados sumariamente. De ahí que dos adolescentes se precipiten hacia la puerta para impedir que se lleven a su tío paterno Iván Abalákov, que los adoptó años atrás. Se llaman Vitali y Yevgueni, tienen trece y catorce años, respectivamente, son huérfanos y, mientras se desata el odio de clases acumulado bajo el yugo de los zares, nadie se imagina el heroico destino que les aguarda.

El guardia rojo decide llevarse a los sobrinos, además de al tío, por obstrucción a la justicia de los obreros y los campesinos, porque él, el plebeyo, ahora ostenta todos los derechos. Agarra a los retoños de esa familia recompuesta y «capitalista». Sin duda alguna, aquella noche Vitali y Yevgueni se hicieron mayores de

golpe y, en su tierno espíritu, los ideales comunistas no debieron de antojárseles demasiado gloriosos. La puerta se cierra tras ellos, ante las narices de su tía materna, que los ha criado, que no tiene hijos y que no se da por vencida. En lugar de echarse a llorar al pie de los iconos y las velas, alcanza al soldado por la calle, en plena noche. Le mete en el bolsillo del abrigo una botella de vodka y *zakuski*,[1]mientras el hombre finge contemplar las estrellas. A fin de cuentas, la revolución es humana. La mujer logra liberar a los dos hermanos, que vuelven a casa para rezar al unísono por la salvación de su tío, al que enseguida condenan a muerte. Milagrosamente, le conmutan la pena por trabajos forzados y, en diciembre de ese mismo año, incluso le conceden la amnistía. Los bolcheviques se han retractado: necesitan a gente instruida. Le asignan un puesto de contable en la fábrica y el antiguo notable se suma a las multitudes laboriosas, una vez desclasado, proletarizado, desaburguesado.

Esta escena la descubrí en un artículo publicado en la tardía fecha de 2018 en *El trabajador de Krasnoyarsk*, un periódico agónico que llevan unos cuantos jubilados que se lamentan por un mundo que se olvida del suyo. Allí, una anciana compartía un testimonio de segunda mano, que le había llegado a través de una amiga lejana cuya abuela había frecuentado a la tía de los Abalákov. Supongo que fui el único que devoró febrilmente aquella reminiscencia imperfecta, medio escondida en un periódico siberiano sin apenas lectores. Pero ¡qué alivio! Arrojó una nueva luz sobre una infancia que todas las fuentes soviéticas consideran políticamente compatible. La cuestión era no caer en las trampas. El discurso oficial finge que los héroes eran bolcheviques desde la cuna, pero, como buenos hijos de cosacos, los hermanos Abalákov se habían criado con amor al zar y al incienso de las iglesias ortodoxas. Había que empezar por ahí, pues.

En efecto, las crónicas soviéticas eluden pudorosas esta clase de episodios, por incomodidad ante la extracción burguesa de sus protagonistas. «Eran tiempos difíciles», se escudan, a causa de «las tropas de Kolchak».[2] En una crónica se cuenta que «los hermanos Abalákov tenían que trabajar en el pueblo, en la maderada y en

casa», pero sin precisar la razón: tras la detención de su tío, le habían confiscado el molino de vapor y la tienda. La vivienda de madera, cuyo valor estimado era de 9.471 rublos, una fortuna en la época, acabó municipalizada. Se instaló allí una administración bolchevique y, a partir de entonces, se desconoce el domicilio de esos huérfanos que hasta ese momento habían sido verdaderos privilegiados.

Desde luego, fueron unos inicios complicados en una sociedad obsesionada por el origen social. Una infamia sobre la que la prensa de la URSS guardó un mutismo desesperante. Tampoco cabía esperar que los hermanos Abalákov hablaran de su infancia brutalmente pauperizada. De hecho, siempre aseguraron que procedían de una familia humilde. No tuvieron más remedio que ocultar su ascendencia «especuladora», que encubrir a su tío y su tía, así como a sus padres, a quienes apenas conocieron. Según ellos, su padre era cazador o leñador, pero, durante las purgas estalinistas, la investigación del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos de la URSS, el terrible NKVD, revelaría justo lo contrario. Los Abalákov eran hijos de un próspero negociante, propietario de concesiones de oro en el bajo Yeniséi. Hoy se sabe que su apellido se remonta a un comerciante del tercer gremio que se dedicaba a la manufactura y las pieles. Su madre, que murió durante el parto de Yevgueni, venía de una familia de Irkutsk, los Glotovyx, armadores de barcos de vapor.

El Fontainebleau de Siberia

Abalákov es un apellido con dos caras, un patronímico de dos héroes, de dos nombres: Vitali y Yevgueni, dos muchachos a quienes toda la URSS acabará conociendo como «los hermanos Abalákov», que conquistarán los mares de nubes. Llegará un día en que uno de ellos se dispondrá a ascender al Everest, mientras la viuda del otro llorará a su «conquistador de la subestratosfera». La prensa propagandística no podía explicar a los lectores soviéticos que aquellos hombres, al principio, habían odiado la Revolución de Octubre. Los iconos del comunismo debían ser proletarios en potencia. Así que, de su adolescencia, solo evocaba las escapadas a los legendarios Stolby.

En ruso, *stolby* significa algo así como «columnas» o «bloques». Allí, en las inmediaciones de Krasnoyarsk, se alza un archipiélago de peñascos de sienita. Como es un lugar ideal para escalar, los franceses acostumbran a llamarlo «el Fontainebleau de Siberia», pero debo decir que los Stolby superan de lejos los famosos bloques areniscos de las afueras de París. En los Stolby caminas entre escaladores aferrados a las paredes, entre tumbas vetustas y osos que se pasean gruñendo. Los jóvenes rusos acampan durante semanas al pie de las vías que repiten una y otra vez con la punta de los dedos. Todavía hoy, uno de los vertiginosos peñascos se conoce como «el Kommunar» y se accede a él a través de la «vía Abalákov». En los Stolby, la sombra tutelar de Vitali y de Yevgueni planea por todas partes.

En los Stolby se respira una atmósfera anticonformista, vagamente libertaria, comparable, tal vez, a la de Yosemite en sus orígenes. Un espíritu subversivo que se remonta a la época de los zares, cuando la escalada hacía sus pinitos junto a la utopía. Por aquel entonces, la utopía de moda se llamaba «socialismo». Los

deportados y los anarquistas se reunían bajo el amparo de la taiga y de las grutas. Según los autores soviéticos —que me he leído de pe a pa—, escribían en mayúsculas «¡Abajo el zarismo!» o incluso «El gobernador es un truhan» en lo alto de los peñascos. La policía se limitaba a amenazarlos con una pistola para que borraran aquellos eslóganes que quedaban fuera del alcance de las autoridades. O abría fuego contra los emblemas carmesí que deslucían el paisaje inmaculado.

Desde luego, debieron de cargar las tintas para incardinar mejor el alpinismo en el mito soviético. El hecho de haber albergado a los primeros disidentes rojos confería a aquel paisaje mineral un carácter casi sagrado que engrandecía a los hermanos Abalákov. Dudo que Vitali y Yevgueni participaran en los debates sobre la lucha de clases. Quiero creer que, a su edad, exploraban otras vías ajenas a las de la dictadura del proletariado, agarrados a los peñascos. Como el único puente sobre el Yeniséi estaba reservado para el Transiberiano, tenían que cruzar el anchuroso río en una gabarra y, a continuación, recorrer unos veinte kilómetros a pie. Una vez en los Stolby, acampaban al aire libre al pie de los enormes árboles y de las paredes que iban a escalar, con una despreocupación que rozaba la inconsciencia.

De lo que no cabe duda alguna es de que su destino empieza allí, en ese caos de sienita que aclara el dosel forestal. Al menos este punto concuerda con el relato oficial. Los hermanos Abalákov crecieron abrazando la piedra, desafiando la gravedad, haciendo el pino al borde de un precipicio. Al parecer, a Yevgueni sus compañeros le habían puesto el mote de «Tamias». Los tamias de Siberia son una especie de ardillas a rayas endémicas. Yevgueni abría vías en lugares donde ninguna suela había rozado el liquen. Vitali lo seguía como buenamente podía, aunque era un año mayor. En las pocas fotografías que se conservan de aquella época, parece menos robusto y más flaco. Él mismo se describiría posteriormente como una persona casi enfermiza, que debía su salud a una voluntad de hierro que se volvería legendaria. Su tía, que les hacía las veces de madre, le obligaba a beberse decocciones de plantas siberianas. Desde aquella época, el pequeño Yevgueni se

llevaba todas las miradas. Era el segundo, el favorito, a todas luces, y hasta yo caí en esa trampa: para mi sorpresa, me di cuenta de que prefería a Yevgueni en detrimento de Vitali. Admiraba al Yevgueni artista, al escalador funambulista, al héroe sin tacha, mientras torcía el gesto ante Vitali el ingeniero, el mudo, el condenado a las puertas del gulag. Y eso que no soy demasiado sensible a las sonrisas masculinas. Yevgueni era conocido por la hermosura de su rostro y, durante toda su vida, su hermano mayor tuvo que acostumbrarse a ocupar un segundo plano a ojos de las chicas, de Stalin, del pueblo y hasta de la muerte.

Los constructores de un futuro radiante

Tras esa infancia de escalada e insurrección bolchevique, los hermanos Abalákov se trasladan a Moscú. Un viaje que todavía hoy dura cuatro días y cuatro noches en el Transiberiano: todas las llanuras, los Urales, de nuevo todas las llanuras y por fin la nueva capital de los sóviets. Vitali —que fabricaba esquíes en su cuarto de Krasnoyarsk, convertido en taller— hace las maletas en 1925. Lo admiten en la facultad de mecánica del Instituto Mendeléyev. Al año siguiente le llega el turno a Yevgueni de colgar la bata de colegial; gracias a la elogiosa recomendación de un profesor de dibujo de la escuela número 3 de Krasnoyarsk, entra en el Instituto de Bellas Artes. Desde muy pequeño, dibuja la taiga nevada, naturalezas muertas y sorprendentes autorretratos bosquejados en sus cuadernos escolares, como un maestro ante el espejo.

En Moscú, nadie conoce a los dos estudiantes siberianos y todo apunta a que se inventan una nueva biografía por obra del anarquismo. Un pasado carente de antepasados burgueses y de parientes socialmente malditos. Su tío les había aconsejado con ahínco que se confundieran con las masas que impulsan el comunismo. En todas partes, los hermanos Abalákov se presentan como humildes hijos de cosacos, huérfanos desde hace tiempo. Nadie se fija en ellos. El poder de los sóviets parece destinado a perdurar, pero la nueva política económica de Lenin llega a su apogeo. Durante un tiempo, enriquece a algunos comerciantes, mientras la ciudad bulle al ritmo de los tranvías traqueteantes.

¡Qué embriagador debía de ser tener veinte años en un país que hace tabula rasa de un pasado atroz! Cuando los hermanos Abalákov se instalan en Moscú, las ilusiones de la Revolución de Octubre nublan la razón de la gente, que alberga grandes esperanzas en el futuro. ¡Todo está por hacer, todo es una

promesa! Me da la impresión de que Vitali y Yevgueni experimentan un verdadero vuelco interior. Repentinamente, se abren a esa revolución que ha desclasado a su tío y ha nacionalizado sus bienes. Es verdad que su advenimiento resultó violento (¿cómo iba a ser, si no?), pero su causa es pura. En los pisos comunales se agolpa una juventud deseosa de forjar un futuro ejemplar. Vitali y Yevgueni también se entregan a la construcción de ese socialismo victorioso. Vitali, con su carácter concentrado y cartesiano, se vuelca en la causa del progreso. La URSS solo habla de un futuro material, de industria y de fábricas. Hacen falta obreros enérgicos y constructores visionarios...

Yevgueni, por su parte, abraza una sociedad despojada de cualquier atisbo de conservadurismo, que alardea de las vanguardias. El arte ya no debe ser patrimonio de la burguesía. La revolución cultural está en marcha. La fascinación que despierta llega hasta Occidente y hasta el día de hoy. Corren los años locos de los sóviets, por llamarlos de algún modo. Aunque esa efervescencia acaba decayendo. Cuando Yevgueni se traslada a Moscú, todo eso ya es pasado, Chagall ha emigrado y Malévich es blanco de las críticas. Lenin lleva dos años muerto y embalsamado. Ya se ha terminado el futurismo, el cubismo y los cuadros que no lo son. El realismo socialista prepara una emboscada. Yevgueni asiste al curso de Vera Mújina, la futura escultora de *El obrero y la koljosiana*, la icónica estatua del imaginario de Stalin. Todas las fuentes subrayan la trascendencia del encuentro precoz entre dos figuras capitales del panteón soviético. De hecho, he leído centenares de veces el elogio por parte de Vera Mújina de un Yevgueni Abalákov serio, concentrado, al que jamás tuvo que hacer la menor observación. Más tarde, repetiría la alabanza de su «talento» y su «gran modestia». Aunque, la verdad sea dicha, ¿acaso hubiera podido permitirse algún comentario descortés?

En la universidad, los hermanos Abalákov adquieren las certezas fundacionales de un nuevo orden. La revolución pretende forjar un ciudadano modélico, al igual que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Es el big bang de otro mundo, de un universo en expansión en nombre de la Internacional. Tal vez

Vitali y Yevgueni no siguen las ideas marxistas al pie de la letra, pero la URSS —y no ya Rusia— se convierte en su país, porque esa es su época. Es preciso comprender que un lugar no significa nada sin una fecha, que la Eurasia de la década de 1920 es un continente que ya ha desaparecido. Que es el estandarte de una maravillosa utopía que los hermanos Abalákov se afanan por plantar en el pico de las montañas.

Recuerdo un pasaje extraordinario de *La vida de Arséniev* de Iván Bunin: una militante hermosísima, considerándose demasiado favorecida por la naturaleza, intenta mutilarse para alcanzar una mayor igualdad con sus semejantes. No existe ninguna alegoría tan cristalina de aquella revolución fanática y autodestructiva que, sin embargo, movió montañas. ¿Acaso podemos imaginárnoslo, habida cuenta de que, para nosotros, el socialismo es, ante todo, una manera de disculpar su nivel de vida, y que no renunciamos a nada, mientras nos lamentamos por la miseria?

No me cabe duda alguna de que, en la década de 1920, Vitali vive algo así como una emulación industriosa, al mismo tiempo que Yevgueni descubre la bohemia moscovita. Sin embargo, no dejan de ser cómplices, especialmente en sus escapadas. Y es que la capital en construcción y su horizonte urbano no colman sus anhelos. Sueñan despiertos con enfrentarse a las murallas de piedra del Cáucaso, lejos de la ciudad. En invierno, se entrenan en la Colina de Lenin, llamada hoy la Colina de los Gorriones, en cuya cima se encuentra la prestigiosa Universidad Lomonósov. Pero por aquel entonces no existían esos vertiginosos rascacielos, conocidos como «las siete hermanas de Stalin».

Todo estaba por construir.

La Sociedad de Turismo Proletario

Ya tienen veinticinco y veinticuatro años, respectivamente. Vitali ha obtenido el diploma de ingeniero mecánico y Yevgueni ha terminado sus estudios en el Instituto de Bellas Artes. Imaginémoslos en 1931, en un tren que se dirige hacia la pequeña república caucásica de Kabardino-Balkaria. Los hermanos Abalákov se han convertido en unos jóvenes corpulentos y musculosos. Yevgueni todavía es más robusto que su hermano mayor, tiene los ojos de un azul muy intenso y el pelo castaño claro; siempre parece sosegado. Vitali, por su parte, habla deprisa y con rotundidad, tiene un carácter más impetuoso. Su cara estrecha se le irá arrugando sin llegar a engordar. Su complexión flaca, en los huesos, refleja el ascetismo del que hará gala. Su calvicie va en aumento, pero todavía no tiene el cráneo pelado con las orejas de soplillo que ha pasado a la posteridad.

Con ellos viaja una muchacha, Valentina Cheredova. También es originaria de Krasnoyarsk, también se ha curtido en los peñascos de Stolby. Es la novia de infancia de Vitali. Un primer amor que se eterniza. Durante todos los años de estudios, Valentina ha esperado pacientemente a orillas del Yeniséi, en Siberia. A no ser que haya consumado el amor libre como protesta contra las caducas costumbres burguesas. ¿Quién sabe? En cualquier caso, acaba reuniéndose con su prometido en la capital. En ese vastísimo país, lo conyugal todavía sigue un orden inmutable: los muchachos se marchan a la gran ciudad, como exploradores atraídos por sus espejismos, y, una vez instalados, hacen venir a su novia, abandonada en lo más recóndito de las monótonas llanuras, temerosa de que la eclipse una elegante dama moscovita en un bulevar.

Vitali no ha olvidado a Valentina. Por la noche, al volver de

clase, debía de contemplar a esa muchacha deportista y vigorosa que posa en los albores de la URSS y de su propia vida, en una fotografía color sepia, embargada por un amor ardiente. Con su corte de pelo *à la garçonne*, es el arquetipo de la joven comunista emancipada. Tras su boda por lo civil, el tren avanza raudo hacia el Cáucaso, una región que Vitali y Yevgueni apenas habían vislumbrado una vez, el verano anterior, desde la frondosa orilla del mar Negro. Ninguno de los tres ha pisado nunca un glaciar. No son hijos de un valle ni han nacido a la sombra de cumbres vertiginosas. Vieron la luz en unas llanuras tan inmensas que hasta Galileo dudaría de sus teorías, en la ribera del Yeniséi, un río que drena todo el vientre de Eurasia, un río caudaloso, ancho, fascinante, que constituye el único elemento destacable de ese paisaje.

Tres días de viaje. Los siberianos están acostumbrados al tren. Se pasan meses enteros de su existencia en un vagón. Hasta entonces, los hermanos Abalákov han regresado a Krasnoyarsk casi cada verano. Varias semanas de viaje, por los hermosos ojos de Valentina —por supuesto—, pero también para dar rienda suelta a su sed de aventura, gracias a los ingresos del ingeniero Vitali por sus primeras patentes. El artista Yevgueni todavía no gana ni un céntimo. Nada nuevo bajo el sol, aunque este fuera comunista, y desde luego nada grave que pudiera interponerse entre ellos. A esa edad, parecen inseparables; durante semanas, se adentran juntos en macizos desconocidos y vírgenes del Altái o los Sayanes.

Sería demasiado largo narrar esas travesías iniciáticas tan ferozmente salvajes. El caso es que acabaron de forjar el carácter de los hermanos Abalákov. No solo por los osos, sino también por los ríos helados, las noches durmiendo al raso en el suelo calentado con brasas, o las balsas ensambladas «sin un solo clavo». ¡Una juventud radiante, guiándose por las estrellas o con una brújula, navegando hasta la fuente del Yeniséi! «Como se nos habían agotado las provisiones, nos alimentábamos de hierbas y de bayas... —escribiría posteriormente Yevgueni—. La mayor parte del tiempo nadábamos junto a la balsa sumergida en los rápidos... Desde luego, ¡pillamos el virus del viaje!»

Y, esta vez, ¡el Cáucaso, por fin! El tren frena ruidosamente al final de la línea, a las puertas del Oriente que tanto fascina a los rusos. Valentina, Vitali y Yevgueni llegan a Nálchik, desde donde se ven centellear los 5.642 metros del volcán Elbrús. Se alojan en las espartanas instalaciones de la Sociedad de Turismo Proletario.[1] Es decir, se instalan a sus anchas en un aúl,[2] uno de esos pueblos de piedra de los pastores balkarios, inmutables desde la noche de los tiempos. ¡Menudo nombre, el de la Sociedad de Turismo Proletario! Acaban de fundarla unos cuantos camaradas de exilio de Lenin. A fuerza de esperar en las montañas suizas una revolución que ni siquiera el propio Vladímir Ilich tenía la esperanza de ver en vida, algunos de ellos se aficionaron a subir a las cumbres, hasta el punto de sacarse el título de guías. Desean inculcar a los jóvenes soviéticos el arte de alcanzar las cimas, las de su país, esta vez, aunque continúen llamándolo *alpinizm*.

En su libro *Parmi la jeunesse russe* (Entre la juventud rusa), la aventurera suiza Ella Maillart constata ese repentino entusiasmo de los sóviets por estar al aire libre. La constitución garantiza vacaciones a los trabajadores; en las fábricas, florecen las secciones proletarias de senderismo. Se trata de apropiarse del inmenso territorio de la Unión Soviética por «amor a la patria socialista». Las alturas ya no están reservadas a la aristocracia, como bajo el zarismo, sino que ahora pertenecen al pueblo. Aunque quienes se entregan a los placeres del montañismo son sobre todo los estudiantes, con el beneplácito del Partido. Ella Maillart emprende una ruta con unos cuantos, y a punto está de que la secuestre un balkario, mientras no deja de observar la «propaganda» a favor de la instrucción, los cines ambulantes o la voluntad de despojar a los pueblos caucásicos de sus costumbres y venganzas anticuadas, con el propósito de catapultarlos a una prosperidad moderna. Virtudes de la Revolución de Octubre...

En la sección de alpinismo de la Sociedad de Turismo Proletario, los hermanos Abalákov y Valentina aprenden a marchas forzadas, a través de algunos camaradas que apenas saben más que ellos. La Sociedad de Turismo Proletario solo cuenta con el entusiasmo de sus miembros (el «pesimismo» se considera una tara

pequeñoburguesa), algunos apoyos bolcheviques, largos piolets, crampones sin puntas delanteras y técnicas precarias. Aunque en los Stolby los hermanos Abalákov trepaban sin cuerdas ni clavijas, «a diferencia de los occidentales», como se vanagloria ya no recuerdo qué fuente, allí enseguida se familiarizan con ese material indispensable. Valentina interioriza exactamente igual que ellos las lecciones de la escuela de hielo y el trío autodidacta no tarda en acometer un ascenso de primer orden.

Porque resulta que, a finales de ese verano, dos suizos (la URSS todavía no está cerrada a los extranjeros) y sus compañeros moscovitas desaparecen en el Mises-Tau, una cumbre de 4.425 metros del inmaculado sistema glaciar de Bezengi. Como apenas hay montañistas disponibles, los hermanos Abalákov acaban participando en los rastreos, peinando grietas y seracs. Inspeccionan las paredes, los repliegues y las cornisas; enseguida encuentran restos de conservas extranjeras y chocolate suizo (un cliché recurrente en las crónicas soviéticas), pero ni rastro de los cadáveres.

El resto de la historia siempre la he leído narrada de la misma forma. El ascenso fundacional. Abajo hace un tiempo espléndido, el cielo está despejado, ha brotado la hierba, corren los torrentes, se ven los pastos de montaña, los corrales de los pastores. Indiferentes al drama, Vitali, Yevgueni y Valentina deciden acometer la subida a una cumbre vecina, el monte Dij-Tau. En bálkaro, significa «la montaña del cielo», cuya cumbre, de 5.205 metros, es la más alta después del Elbrús, la segunda cima más elevada del Cáucaso. En Occidente, ¿quién conoce esos picos audaces y esas repúblicas de nombres imposibles? Desde un risco que une las dos montañas, se dirigen hacia su objetivo. Aunque cueste creerlo, solo Vitali lleva crampones.

Los hermanos Abalákov y Valentina acampan a la intemperie a 4.700 metros de altitud, pese al frío. Están sedientos pero no tienen nada para derretir la nieve. Apenas llevan material; solo cuerdas normales y corrientes. Es la primera vez que se encuentran a tanta altura. Sin embargo, enseguida recobran la familiaridad con las rocas. Sus manos conocen el ejercicio. Sus nervios están

acostumbrados a la tensión que causa el vértigo. Para ellos, los bloques que se amontonan hasta el infinito son como los juguetes de su infancia, y el granito que llega al cielo, como una llamada. El 5 de septiembre, por la mañana, alcanzan la cumbre, tras bregar con la nieve profunda y un último desnivel. En un hito, se topan con una lata de conserva en la que alguien ha escrito algo en alemán, para dar fe de su paso por allí. A su vez, ellos garabatean una nota dirigida a la posteridad, firmada «Abalákov».

Estupor en el balbuciente mundo del alpinismo socialista. ¡Unos desconocidos acaban de salvar el honor nacional en el Cáucaso! Han coronado una cima que hasta entonces solo habían pisado extranjeros. Su dominio de la escalada resulta asombroso. Por primera vez, los periódicos hablan de ellos. Subrayan su carácter de siberiak y de cosacos. En el imaginario ruso, esas dos palabras evocan a los agrimensores curtidos e intrépidos, que ensanchan y al mismo tiempo velan por las fronteras de su país-continente. De hecho, el propio apellido Abalákov tiene ecos genealógicos de una vieja civilización silvestre, de una antigua Rusia que se encamina hacia las profundidades desconocidas del Far West. ¡Y resulta que esos pioneros acaban de alejar los límites del cielo!

La epopeya de los Abalákov nace allí, en lo alto de ese gigante del Cáucaso. He observado con detenimiento la fotografía que inmortaliza a los héroes. A la izquierda, aparece Yevgueni, robusto, con la cabeza redonda tocada con un gorro caucásico. A la derecha, Vitali, más flaco, enjuto, con la frente alta, ancha y despejada. En la foto, su pelo rubio parece casi blanco. Llevan unos pantalones holgados y posan en la hierba, muy distintos el uno del otro. Yevgueni muestra una salud de hierro y una fuerza insolente hasta en la mirada franca. Vitali rehúye la cámara, absorto en el prado, por timidez. Se entiende que son hermanos por los ojos separados, la nariz y la boca. Además, por otro detalle que al principio pasa por alto. Se dan la mano; o para ser exactos, la de Yevgueni parece posada en el puño medio cerrado de Vitali.

A partir de ese momento, se desviven por las estaciones de nieves eternas. Todos los veranos abandonan sus quehaceres. Vitali no regresa a la fábrica hasta otoño. Para Yevgueni, el arte se vuelve una ocupación invernal. En 1932, es elegido para realizar un monumento a Lenin. Se trata de un gran mercado para los escultores de la época. Stalin ha decidido plantar el comunismo en el paisaje. Todas las plazas de todos los pueblos de todas las repúblicas de toda Eurasia deben tener su Vladímir Ilich con una gorra de obrero, una chaqueta proletaria al hombro y el brazo extendido señalando el camino. El Lenin del escultor Abalákov está destinado a la ciudad de Kerch, en Crimea. Una vez, encontré una foto antigua del monumento, destruido durante la invasión nazi. Muestra un Lenin bastante modesto, de tamaño natural, aparentemente, concebido según las reglas del *sotsrealism*.

En la joven URSS, todo gira en torno a Lenin y, como es lógico, se recurre a su biografía para justificar la necesidad de conquistar cimas. El alpinismo, que hasta entonces se consideraba un deporte en esencia frívolo y endiabladamente burgués, practicado por la nobleza europea, se convierte en un reto para el socialismo. De hecho, en todos los prólogos al respecto, los autores soviéticos evocan los años de exilio en Suiza del profeta de la revolución. «Sabemos que el gran Lenin experimentaba una enorme alegría en la montaña, cuando iba de excursión por pozas, cascadas y cumbres de los Alpes, en los escasos ratos de asueto que tenía», dice uno de ellos. Si el brillante pensamiento del «gran Lenin» había florecido en el aire puro de una relegación suiza, eso significaba que la altitud no podía ser contrarrevolucionaria.

Supuestamente, las hazañas de los hermanos Abalákov demuestran la autoridad del hombre sobre la naturaleza. Un año después de sus primeras proezas, vuelven a deslumbrar a sus contemporáneos. Esta vez Valentina no los acompaña. Con un camarada de la sección central de alpinismo, emprenden la travesía del temido muro de Bezengi, de este a oeste. Siempre cuesta describir una montaña. El muro de Bezengi está formado por una serie de picos que culminan en torno a los 5.000 metros,

unidos por aristas afiladas y llenas de crestas. A lo largo de varios kilómetros, forma la frontera con Georgia. Constituye una verdadera ciudadela, absolutamente inmaculada y virgen. Durante siete días, los tres hombres se debaten en medio del mal tiempo, agarrándose los unos a los otros cuando se caen en medio de los seracs. Encadenan tres cumbres, la Gestola, la Katin-Tau y la Jangi-Tau, antes de batirse en retirada por la pared, aquejados de oftalmía de la nieve.

De regreso, una vez en las vertientes reverdecidas de los veraneros, aguardan a que se les curen las pupilas. Se tumban al sol, mientras contemplan el infierno blanco del que acaban de resucitar. El viento que aleja las nubes es como el silencio. En la exuberancia de los cúmulos, Vitali entrevé las curvas de Valentina, que lo espera en la capital. Yevgueni, por su parte, sueña con Anna Kazakova, a quien ha conocido en el recodo de un sendero. Una muchacha de buena familia, aunque la expresión ya no signifique gran cosa tras la Revolución de Octubre. Los bolcheviques confiscaron la propiedad de sus padres. Creo —aunque no puedo demostrarlo— que solo le queda un diminuto cuarto como hogar. Pianista y filóloga, es una mujer culta que comparte con Yevgueni el amor por el arte, pero también por los viajes y los valles elevados.

Primero se cruzan en la montaña, donde ella echa una mano en los campamentos de la Sociedad de Turismo Proletario, y, posteriormente, en unas conferencias en Moscú. Me los imagino en un piso mísero. Ella le toca el piano a Yevgueni, tal vez desnuda, mientras él entrecierra los ojos, subyugado por la belleza de las notas que se van extinguiendo. Cuando vuelve a abrirlos, contempla maravillado el cuerpo de ella. Son jóvenes, en un mundo todavía más joven, aunque ella sea dos años mayor que él.

Tal vez a Yevgueni le atormenten las largas ausencias que puntúan su vida mientras recorre los macizos de toda la URSS. ¿Cómo puede dejar a una criatura tan perfecta expuesta a las tentaciones de los moscovitas? En las fotografías que se conservan de Anna Kazakova, muestra un perfil altivo. No me cabe ninguna duda de que todos los escaladores del Cáucaso la deseaban. Pero

Yevgueni era el mejor y ya empezaba a saltar a la vista. Vitali seguía mal que bien la desconcertante soltura de un hermano pequeño virtuoso.

La unidad 29

La historia que da comienzo en estas páginas es desconocida en Occidente, aunque no me extrañaría que su escenario pueda parecer una geografía imaginaria. Los europeos acostumbramos a soñar con el Himalaya, los trópicos o el Sáhara. Ignoramos por completo el Cáucaso, el Tian Shan y el Pamir. Hemos convertido Eurasia en la cara oculta de la Tierra, un mundo ausente de nuestro mapa mental. Por aquel entonces, Eurasia se llamaba la URSS...

En esa época, la lejana república socialista soviética de Tayikistán, situada en los confines de Afganistán y del Tíbet, es la última incorporación a la URSS. Los comunistas acaban de fundar una capital llamada Stalinabad. Por fin, la región se ha «liberado del doble yugo del zarismo y del saqueo de los soldados del emir de Bujará», como explica un autor llamado Romm. Los zares «descuidaron la ciencia en beneficio de la guerra», por supuesto, pero, afortunadamente, ahora los Rojos se encargan de explorar las fortalezas de las montañas. Todos los años parten varias expediciones multidisciplinares que levantan el mapa, llevan a cabo prospecciones geológicas o instalan estaciones meteorológicas. Campaña tras campaña, las manchas blancas de esos lejanos parajes se ennegrecen con medidas y nombres, alejando así los espíritus y las supersticiones de antaño.

Así fue como una misión logró identificar, en la gigantesca cordillera del Pamir, un pico que superaba todos los demás. Debía de alcanzar los 7.600 metros; los autóctonos parecían llamarlo «Garmo», pero los soviéticos enseguida atribuyeron ese nombre a una cima vecina, con el objetivo de llamar a sus anchas «pico Stalin» al gigante. Ahora todo debe llamarse «Stalin», en honor a aquel que ha conquistado el poder absoluto en Moscú. El pico

Lenin, un poco más al norte, que hasta entonces se consideraba el techo de la URSS, queda destronado por ese descubrimiento topográfico, que, sorprendentemente, se corresponde con el curso de la historia. Trotskistas, zinovievistas y otros «desviacionistas» de todo pelaje acaban siendo denunciados en nombre de la unidad del Partido. La élite política tiembla en silencio ante el camarada Stalin.

Es el caso de un tal Nikolái Gorbunov, un destacado bolchevique que, a principios de la década de 1930, se dedica a la planificación económica. Durante la Revolución de Octubre había sido el secretario personal de Lenin y, a continuación, le habían nombrado secretario del Consejo de Comisarios del Pueblo. Como tal, su firma aparece en miles de documentos, desde los primeros decretos del gobierno, como la abolición de las clases o la fundación del Ejército Rojo, hasta el decreto que originó el campo de trabajos forzados de Solovkí, el embrión de lo que se convertiría en el gulag. Nikolái Gorbunov es uno de los protagonistas del mayor seísmo político del siglo XX. Aparece en todas las enciclopedias. Lo que no suele mencionarse es que también fue uno de los padrinos de la exploración del Pamir.

Como no soy especialista en política soviética, sino que me interesan episodios menos cruciales de la historia de la humanidad, observé con otros ojos las fotografías de los archivos en las que Gorbunov posa austeramente en su despacho. Con su elevada estatura, su calvicie, sus gafitas redondas, su rostro ovalado, su mirada inteligente y su corbata apretada, se parece más a un secretario marxista que a un alpinista experimentado. Cuesta imaginarse a ese funcionario puntilloso de pulcras costumbres en medio de la desmesura de los glaciares euroasiáticos. A decir verdad, me quedé atónito al descubrir a semejante hombre de Estado en la historia de las alturas.

En 1933, Gorbunov pone en marcha una nueva expedición bajo la égida del Consejo de Comisarios del Pueblo. Está formada por más de cuarenta unidades y a una de ellas, la 29, le asigna la disparatada misión, para la época, de conquistar el pico Stalin. La unidad 29 está compuesta, fundamentalmente, por hombres que

habían participado en una expedición de reconocimiento que había dirigido el propio Gorbunov el verano anterior. Entre otros, cabe destacar al mecánico Shianov, al obrero automovilístico Gushin, al comunista austríaco Tsak o a los boxeadores Guettier y Kharlampiev. La profesión es un dato ineludible en esas presentaciones tan soviéticas, sumamente proletarias. Determina la posición social del susodicho en un nuevo sistema de referencia de clases en el que el plebeyo de pura cepa es el único digno de confianza para los bolcheviques. La unidad 29 también cuenta con un pintor-escultor más conocido por sus escaladas que por sus obras: Yevgueni Abalákov.

En cambio, el ingeniero Vitali Abalákov no figura entre los convocados. Como es lógico, me he preguntado por qué no se embarcó en aquella expedición tan peligrosa. Solo he encontrado una versión: al parecer, se retiró porque consideraba que los elegidos carecían de la fuerza necesaria para enfrentarse a la monstruosa fortaleza de nieve. Quién sabe. Todos ellos se llevaron sus secretos a la tumba —en el caso de que les dieran sepultura—. Puede que simplemente Gorbunov no eligiera a Vitali. En lo que respecta al político, corre el rumor de que, en realidad, su propósito era protegerse de la represión que ya intuía por medio de ese ascenso. Pretendía demostrar su lealtad al camarada Stalin alcanzando su pico epónimo; deseaba jugarse el pellejo altruistamente para inmunizarse contra las ejecuciones políticas. Quién sabe. Tal vez ese fuera el verdadero objetivo de Nikolái Gorbunov.

El caso es que, por primera vez, el destino separa a los hermanos Abalákov. El destino decide por ellos, decide las montañas que van a subir, sus metas; lo decide absolutamente todo. El destino se llama Politburó, es decir, la instancia superior que reina sobre las masas, como antaño el zar. De todo ello solo queda un telegrama del 17 de mayo de 1933, con el membrete de la Academia de Ciencias, de la que formaba parte Gorbunov. Comunica que Yevgueni Abalákov debe estar en disposición durante varios meses, sin perder su puesto de trabajo y su sueldo. Se trata, dice el telegrama, de alcanzar «el punto más elevado de la

URSS, el pico Stalin, de 7.600 metros, con el fin de instalar allí varios aparatos meteorológicos y una estación de radio». El alpinismo soviético debe estar al servicio de la «construcción del futuro». Oficialmente, la unidad 29 parte en nombre de la ciencia. Su misión se inscribe en el programa del segundo año polar internacional.[1]

El primer equipo llega a Asia Central en mayo. Entre sus miembros, destaca Yevgueni, que viaja tumbado en un vagón ardiente, escoltado por la taiga, la estepa y el desierto. Acaba de despedirse de Anna, a quien no verá durante un sinfín de meses. ¿Qué hace ella ese verano? En 1933, en la URSS, hay unas hambrunas atroces. Stalin se empeña en colectivizar las tierras y miles de campesinos abandonan el campo para instalarse en el extrarradio obrero. Me pregunto si, por la ventanilla, Yevgueni observa todo ese sufrimiento. Es verdad que se dirige hacia regiones que salen relativamente ilesas de ese drama. En los relatos de los alpinistas no hay ni rastro de los mujiks famélicos expulsados por la policía estatal a las puertas de las ciudades. Yevgueni y sus camaradas emprenden la conquista del pico Stalin, en medio de provincias arrasadas, por la gloria de los sóviets y del menudo padre de esos pueblos.

Asia Central carece de todo, desde víveres hasta camiones, pasando por caballos. Es necesario disponer de cartillas de racionamiento, acudir a los representantes del Estado y atosigar a los comités bolcheviques locales o a campesinos analfabetos que gobiernan bajo un retrato de Lenin. Supongo que la unidad 29 tiene poder de requisa con tal de alcanzar sus objetivos. La unidad 29 llega a Osh, en el cálido valle de Ferganá, que es la base de las expediciones. Los herreros y los zapateros uzbekos hacen milagros a la hora de confeccionar instrumentos artesanales. Una vez pertrechados, los hombres emprenden la M-41, una carretera de setecientos kilómetros que desde hace poco comunica los elevados páramos del Pamir. En la actualidad, la recorren con dificultad ciclistas occidentales empapados en sudor, a los que van

adelantando imprudentemente camiones cargados de baratijas chinas. Pero en 1933, en el marco del primer plan quinquenal, la M-41 apenas acaba de sustituir a las pistas de caravanas ancestrales. Centenares de obreros se desloman con el fin de abrir los recónditos altiplanos a las virtudes de la civilización soviética.

El progreso alumbra las tinieblas de la *sharia* y «rompe las cadenas de los antiguos preceptos coránicos», se congratula Mijaíl Romm, quien también comenta que los koljós no se llevan bien con las leyes «tribales». Ya va siendo hora de que presente a Mijaíl Romm, de quien he citado varias observaciones. Antiguo futbolista apodado «colosso russo» por la prensa italiana, se convirtió en cronista deportivo y le debemos el relato de esa expedición fundacional. Su texto se reeditó varias veces, ajustándose a la censura estalinista. Por desgracia, en las librerías de viejo moscovitas solo encontré la última edición, despojada de la libertad de la original, de la que se imprimieron miles de ejemplares. La leí en paralelo a los cuadernos oficiales de Yevgueni Abalákov. A pesar de algunas incoherencias, los dos textos concuerdan en lo fundamental, aportando puntos de vista distintos: desde arriba y desde abajo. Romm no escalaba.

De hecho, ni Romm ni siquiera Gorbunov están presentes al principio de la expedición. Se incorporan posteriormente. Solo disponemos del testimonio de Yevgueni de esa caravana de camellos cargada con dos toneladas y media de material. Cada uno de los participantes recibe una pistola Nagant y practica el tiro con los soldados del Ejército Rojo que los escoltan. Los parajes siguen infestados de insurgentes basmachí,[2] refugiados en la ciudadela del Pamir. Los valles todavía no se encuentran bajo el dominio de Moscú. Yevgueni y sus camaradas son los exploradores del socialismo en los últimos bastiones del antiguo mundo. En un texto, se cita esta réplica atribuida a un bandido: «Veníamos a robaros, pero nos habéis dado de comer y habéis confiado en nosotros, bondadosos y valerosos rusos».

El Pamir es una de las regiones más continentales y remotas que existen. La ruta para alcanzarlo es agotadora. Empieza con el paso de un collado, en medio del árido decorado característico de

las montañas Alai. En sus notas, Yevgueni se refiere a menudo al enebro y al espino amarillo. Muchos de sus compañeros, cansados del traqueteo de la montura, acaban caminando junto a su caballo, hasta que la noche los obliga a buscar algún pasto para los camellos, que se arrodillan para descargar. A veces, un jinete sospechoso se escapa a lo lejos, perseguido por el escuadrón del Ejército Rojo. Por la noche, deben hacer turnos de guardia, armados con una única granada.

Aunque los basmachí no son el único peligro al que se enfrentan. Romm cuenta que las gélidas aguas de los torrentes del deshielo bajo el cielo ardiente y el laberinto de vados, a través del sinfín de brazos que arrastran las piedras que se han desprendido, matan a más hombres que la guerrilla. El glaciar Fedchenko, hacia el que se encaminan Yevgueni y la unidad 29, es el más largo del mundo, sin contar los polos. El resto del paisaje lo conforman bloques minerales, piedras austeras y desiertos de altura. Un universo ocre e inmaculado, bajo el resplandor de un cielo cerúleo.

En un campamento de yurtas, último testigo de una humanidad errática, logran reclutar a seis porteadores, deslumbrados por sus pertrechos. ¿Porteadores? ¿Acaso el comunismo no prohíbe explotar a otros seres humanos, sean sherpas o criados? Los tayikos y los kirguís en cuestión carecen de experiencia en la alta montaña, pero se suman a la caravana que se aventura por la lengua negra del gigantesco glaciar Fedchenko. Día tras día, deben desbrozar un sendero de dieciocho kilómetros, tallando escalones para los caballos, balizando las morrenas con hitos. Los pastos escasean, los soldados regresan, la expedición se fragmenta en pequeños grupos. Yevgueni y sus camaradas se dispersan por los valles vecinos con la esperanza de cazar el muflón de Marco Polo. Por la noche, al raso, escribe en su cuaderno o bosqueja las cumbres vírgenes que se recortan en el cielo.

Hace un mes que salieron de Osh. Todavía tienen que abrirse paso

por un caótico glaciar afluente en cuya cima se desvían, antes de que el 8 de julio establezcan el campamento base a 4.600 metros de altura. La aldea de lona va tomando forma a medida que llegan los elementos dispersos de la caravana. Desde su tienda, todos contemplan la imponente cara noreste del pico Stalin, que deben alcanzar. «Deben»: es un deber. El eco de las piedras y los seracs al caer se oye constantemente. Desde la primera noche, Yevgueni escribe que lo despiertan las avalanchas.

Los primeros asaltos resultan infructuosos. Les duele la cabeza y están hechos un mar de dudas. El año anterior, durante el reconocimiento, Gorbunov apenas llegó a alcanzar los 5.900 metros. En su ausencia, dirige provisionalmente el equipo Arkadi Kharlampiev, un famoso boxeador de la época. El escaso contingente de alpinistas soviéticos se nutre de las fuerzas vivas de otras disciplinas deportivas. Yevgueni ejerce una influencia considerable en la expedición, que pronto alcanza la arista norte, donde montan su primer campamento de altura, a resguardo de las avalanchas. Cuesta dormir en esas tiendas para dos donde deben apretujarse tres, después de varias idas y venidas cargando el material desde abajo, tras la primera muerte: en el paso de un gendarme, el minero Nikoláiev es víctima de un desprendimiento de piedras. «Por la noche, nadie ha pegado ojo», confiesa Yevgueni.

Los gendarmes (en ruso se utiliza el mismo término) son peligrosas torres de roca que impiden el paso por el filo de la arista. Hay que rodearlas, si es posible, o bien franquearlas por encima. Yevgueni es el elegido para llevar a cabo esa heroicidad. Forma parte del trío que encabeza la expedición, junto con otro boxeador, Alexandre Guettier, y el obrero automovilístico Danil Gushin. Con este último, Yevgueni había tenido varios roces el invierno anterior, durante un entrenamiento en el Elbrús. A –40 ºC de temperatura, tuvieron que arrastrar el cadáver de un camarada que había muerto de frío en la inmensidad helada, hasta que el propio

Yevgueni acabó resbalando con el finado por una grieta en plena tormenta. Al principio, Danil Gushin logró detener la caída de su compañero, pero al darse cuenta de que él también se estaba deslizando irremediablemente hacia el abismo de hielo, decidió cortar la cuerda.

¡Qué raro debía de parecerle a Yevgueni volver a estar encordado con un tipo a quien tiempo atrás no le había temblado el pulso a la hora de ponerle una cruz a su destino! En el Elbrús, Abalákov había conseguido agarrarse en el último segundo a una cara casi vertical de roca. La noche había transcurrido así: Gushin en la superficie del glaciar, Yevgueni en sus entrañas y los despojos de su amigo colgando en el vacío. Al amanecer, el primero había ayudado al segundo y habían bajado juntos al refugio a pedir auxilio para repatriar al tercero. Esta vez, en las laderas del pico Stalin, tal vez no tengan tanta suerte. De momento, empiezan a experimentar los primeros síntomas de las grandes alturas. Ninguno de ellos había estado nunca a 6.000 metros. Durante una semana, el trío se desloma instalando clavijas y cuerdas fijas en cada uno de los gendarmes. Una vez completada su labor en el cuarto, como ya han avanzado suficiente por la arista, vuelven a bajar al campamento base.

Abajo ya tienen su rutina, que empieza con la gimnasia matutina y los baños tonificantes en el lago del deshielo vecino. Los soviéticos siguen siendo profundamente humanos. En sus relatos, hablan de comida en todas las páginas: leche condensada —que les chifla—, conservas, sopa o *kasha*.[3]También tienen que matar el mal tiempo. Yevgueni anda enfrascado en la lectura de *Eugenio Oneguin* y *La hija del capitán*, de Pushkin, cuando no está enseñando a los porteadores el arte de trepar o no se eterniza escudriñando las paredes verticales con unos prismáticos. Por la noche, entonan canciones, disfrutan de una botella de coñac que ha resistido al traqueteo de la caravana y alguien recita versos de Mayakovski en

medio del silencio nocturno. Todos aguardan con impaciencia la llegada de Nikolái Gorbunov, el antiguo secretario de Lenin, que se ha quedado bloqueado en algún lugar a causa de la crecida de los torrentes.

Yevgueni aprovecha el tiempo libre para contemplar el pico Voroshílov o el muro del Ejército Rojo de Campesinos y Obreros. Asciende a mayor altura y entonces, una vez solo en medio de la magnificencia de esas montañas, dibuja el paisaje, deslumbrado por los merengues de hielo, la nieve posada en las paredes graníticas, el juego del ocre y del crudo. «El pico OGPU es de mármol», observa. Una frialdad que encaja con la policía secreta... A la izquierda se alza una cumbre anónima, de hermosos colores. «Durante mucho tiempo pensamos en posibles nombres y acabamos bautizándola pico Menzhinski», escribe también Yevgueni. ¿En plural? ¿De verdad? Supongo que lo impuso algún comisario político de la expedición. De hecho, Menzhinski fue el antiguo presidente de la OGPU. A continuación, Yevgueni y sus compañeros «proponen» que una de las cimas se llame como su camarada muerto de frío en el Elbrús, como una falsa nota en medio de los mandamases del Partido.

8 de agosto. Regresan a la arista de la montaña y asaltan el quinto gendarme. Yevgueni Abalákov encabeza la expedición en los pasos clave. Clavija tras clavija, longitud de cuerda tras longitud de cuerda, franquean la cara casi vertical de la roca e instalan una escalera de cuerda. Vuelven a bajar al campamento base, donde el cineasta de la expedición se sale con la suya para no gastar demasiada película: «¿Qué voy a hacer con una avalancha normal y corriente sobre un fondo blanco? —se escuda ante los alpinistas —. ¡Necesito una avalancha gigantesca sobre un fondo negro con una iluminación lateral!». A punto están de acabar sepultados por una avalancha ese mismo día. Yevgueni cuenta que, de vuelta al campamento tras salvarse de milagro, la cena no estaba preparada.

El cocinero pensaba que habían desaparecido…

Al cabo de poco, quien fallece es uno de los kirguíes, Djambai, aquejado de una infección pulmonar, hecho que desata el terror entre los porteadores. Romm narra así esa dura jornada: «Los porteadores están sentados alrededor de Djambai. Nos clavan los ojos con hostilidad, maldiciéndonos por ambicionar esas cumbres, dominio de los malos espíritus, por alguna razón que se les escapa. Los malos espíritus ya han hecho caer rocas sobre uno de los… “jefes”. Ahora le ha tocado el turno a un inocente kirguí». Romm expone como buenamente puede (dado que los locales apenas chapurrean el ruso) que la ciencia requiere establecer una estación meteorológica en la cima del pico Stalin. Les explica que los trabajadores y los campesinos de toda la URSS siguen su ascenso a través de los periódicos. Asegura que el firmamento está vacío, que pertenece a los hombres, que el paraíso solo es terrenal y soviético.

También hubiera podido decir, creo yo, que el alpinismo comunista era una vasta empresa de desacralización del cielo. He leído que, en toda la URSS, animaban a las etnias de los valles remotos a ascender a sus montañas con el propósito de que se convencieran de que no albergaban divinidades. Los esvanos de Georgia coronaron el Tetnuldi para asegurarse de que no era la guarida de un mal espíritu llamado Al ni la morada de la diosa Svali. Se trataba de erradicar cualquier superstición ligada a las cumbres, de desacralizar esas catedrales de roca y de hielo rodeadas de creencias. El desafío del ascenso del pico Stalin era sustituir a Dios por el marxismo en el altar de la Tierra.

El pico Stalin

A finales de agosto, Gorbunov por fin alcanza el campamento base. La expedición ya lleva tres meses en marcha. Desde hace tiempo, todos tienen la cara quemada, llena de marcas, la vista ofuscada por el exceso de luz y los dedos vendados. Entre el equipaje de Gorbunov aparece la famosa estación meteorológica que los alpinistas deben subir a la cumbre. Su irrupción enseguida acaba con el letargo en el que se había sumido el campamento durante las últimas dos semanas. No hay ni un minuto que perder. El jefe ha llegado y el verano toca a su fin.

El asalto tiene lugar el 22 de agosto, con las mochilas llenas a reventar, cuerda en los hombros y las caras blancas, embadurnadas de crema lanolina. Abalákov y Gushin vuelven a ascender a la arista norte por cuarta vez, en un tiempo récord. Gorbunov, con su enorme estatura, avanza bastante más despacio. Va haciendo pausas con la excusa de apuntar la temperatura que indica su termómetro. La ciencia es una coartada para su lentitud. Según Romm, también va sacando un tubo de calmantes Bromisoval.

A 5.900 metros, el campamento se encuentra en un estado deplorable. Los hombres deben recoger las tiendas, que se han hundido en una grieta. Al día siguiente, franquean uno a uno los gendarmes. Ante la vertiginosa pared del quinto gendarme, los porteadores huyen en desbandada, pero acaban resignándose a seguir la cordada Abalákov-Gushin. Sin embargo, cuando los soviéticos superan el obstáculo, descubren las mochilas abandonadas a los pies del gendarme y unas siluetas que se alejan a la carrera. Los dos alpinistas deben bajar y volver a subir con el material a cuestas, ejecutando su coreografía al borde de centenares de metros de vacío.

En el sexto gendarme, todavía virgen, Yevgueni Abalákov

encabeza la expedición. De repente, involuntariamente, hace caer una piedra, que rueda hacia Gushin, le golpea la mano y corta la cuerda. Yevgueni desescala como puede. Venda mal que bien la herida de su camarada, quien, pese al sufrimiento, no se da por vencido. Esta vez ha sido él quien ha estado a punto de matarlo. Ya están en paz. Los dos juntos acaban de franquear el último obstáculo rocoso. Han abierto el camino hacia la cima. Solo les falta tallar decenas de escalones en las pendientes de hielo. Empieza a anochecer. En sus cuadernos, Yevgueni cuenta que debe «arrastrar» a Gushin, que está agotado. En torno a los 6.400 metros, a oscuras, descubren un diminuto rellano. Duermen al raso bajo la lona de una tienda de campaña. Gushin se pasa la noche gimiendo. Le sangra la mano, cada vez más hinchada. «No se distingue la carne de la venda», consigna Yevgueni.

25 de agosto. Yevgueni acondiciona el nuevo campamento de altura. Hacia las dos de la tarde, aparecen tres porteadores aterrados. Descargan a toda prisa. También traen un mensaje de parte de Gorbunov, enfurecido por alguna razón, que les recuerda más de una vez que la expedición es «una misión de Estado». En otras palabras, deben alcanzar la cumbre a cualquier precio. Gorbunov subirá al día siguiente.

26 de agosto. Cuadernos de Yevgueni: «Tiempo despejado esta mañana. El altímetro ha subido hasta 6.950 metros. Queríamos ir a reconocer la arista, pero me he puesto a dibujar y el tiempo ha volado. A Daniíl Ivánovich (Gushin) no le apetecía demasiado subir». ¡Conque Yevgueni Abalákov saboreaba plácidamente el paisaje a 6.400 metros de altitud! Hay que decir que el océano vertical de las nieves eternas es un espectáculo pasmoso. La llegada de Gorbunov, a cuyo encuentro se precipita Yevgueni, interrumpe la contemplación. Lo llama «Nikolái Petróvich», tratándolo de usted. Gorbunov está tan cansado que abandona su mochila, fingiendo que volverá a recogerla más adelante. De ello se

encargará Yevgueni a la luz de la luna. A pesar de la Revolución de Octubre, uno siempre es el porteador de otro.

Ahora son cuatro: Abalákov, Gushin, Gorbunov y también el futuro piloto de pruebas Shianov. Pasan la noche en dos frágiles tiendas, junto a la estación meteorológica que han subido a costa de un gran esfuerzo y, sin duda alguna, de su éxito. A Gushin ya no le duele tanto la mano. Abalákov y él se marchan al día siguiente, cargados con varias piezas del aparato científico. La arista no es más que nieve profunda que da a un altiplano inclinado y lleno de grietas. Jadeantes, hacen una pausa cada veinte pasos, apoyados en sus piolets o tumbándose en la nieve. A unos 6.900 metros, dejan el fardo y desandan el camino.

Al día siguiente, el 28 de agosto, siguen a 6.400 metros. Gorbunov ha sido incapaz de subir más. Las ráfagas de viento les han destrozado las tiendas. Los porteadores ya no les abastecen. Por suerte, Guettier y el comunista austríaco Tsak los alcanzan con víveres: caldo y lengua de buey. Tsak es un militante de la Republikanischer Schutzbund (Liga de Defensa Republicana), una formación paramilitar de izquierdas, perseguida por el fascismo rampante en la Europa germánica. Sus miembros emigran en masa a la URSS, cuyos ideales políticos comparten. Entre ellos, se cuentan numerosos alpinistas, que prestan apoyo a la Sociedad de Turismo Proletario.

29 de agosto. Intento colectivo de acometer la cima. Gorbunov está encordado con Guettier; Abalákov con Gushin, y Shianov con Tsak. La altura es muy exigente. Todos, salvo Abalákov, tienen el corazón desbocado. Según Romm, Yevgueni tiene una frecuencia cardíaca de ochenta latidos por minuto. Él mismo, en su cuaderno, cuenta que «grita canciones». La verdad es que cuesta creerlo. A 6.900 metros, encuentra la estación meteorológica y monta un

campamento improvisado. Los demás llegan extenuados y congelados. En cada una de las tiendas se meten tres alpinistas. Su objetivo parece muy cercano, pero los hombres están al borde del desfallecimiento.

30 de agosto. Gushin, Shianov y Tsak deciden bajar. A Gushin no se le cura la mano; los otros dos no llevan suficiente ropa de abrigo para esas gélidas temperaturas. Supongo que Tsak, en tanto que austríaco, no se consideraba imprescindible para coronar la cima. ¿Cómo iba a tener un apellido extranjero el conquistador del pico Stalin? Desde luego, en la Internacional Comunista existen claros límites patrióticos.

Ese mismo día, tanto Yevgueni como Guettier cargan un poud de la estación meteorológica, es decir, ¡más de dieciséis kilos! ¡Cerca de los 7.000 metros! Una verdadera locura. Los sigue Gorbunov, sin prestarles ayuda. Guettier se desploma a menudo en la nieve. La altitud y la desnutrición están haciendo mella. El frío es tan cruel como los rayos del sol que enseguida desaparece entre las nubes. Yevgueni, que ha tomado la delantera, debe regresar con sus camaradas, que ya no avanzan. Al darse cuenta de que se trata de un desafío imposible, Gorbunov ordena la retirada al campamento 6.900, con el objetivo de ensamblar allí los dos módulos del aparato. Dirigen la antena hacia el cielo, pero el anemómetro no gira: no sopla suficiente viento.

31 de agosto. Según Yevgueni, tiempo desapacible, descanso. El texto de Romm y el suyo cada vez coinciden menos. Yevgueni cocina los restos de la lengua de buey; a partir de entonces, carestía. La luna les impide dormir, pero están bien aclimatados.

1 de septiembre. Tormenta durante todo el día. Gorbunov,

descontento, quiere terminar de instalar la estación meteorológica, pero las borrascas desgarran las tiendas. En el relato de Romm, Gorbunov llega al extremo de reparar un falso contacto a –27 ºC, según la temperatura que apunta Yevgueni en su cuaderno. De lo que no cabe ninguna duda es de que embalan el anemómetro, mientras baja la presión. La nieve se cuela por todas partes. En los sacos de dormir entra la escarcha. La comida que les queda se puede contar con los dedos de una mano. La nieve recién caída se acumula encima de la tienda de campaña. Las estacas se quiebran. Al amanecer, Guettier y Gorbunov descubren que están sepultados por la nieve, a punto de asfixiarse. Yevgueni los oye gritar y consigue desenterrarlos con la tapa de una olla.

2 de septiembre. Guettier ya no se levanta ni prueba bocado; está pálido, tiene náuseas. Le sacuden los espasmos, pero suplica a sus camaradas que no se preocupen por él. A fin de cuentas, también tiene un apellido extranjero, un apellido francés heredado de sus antepasados, que se instalaron en el imperio de los zares. Su padre había sido el médico de Lenin, Sverdlov o Dzerzhinski, entre otros. ¡Qué lejos queda esa élite moscovita de la revolución! Las ráfagas de viento vuelven a desmontar las tiendas. Deben fijarlas con las mochilas, incluso con piezas de la estación meteorológica. Abalákov lucha contra los elementos en solitario. Ya solo tienen una lata de conserva de pescado y una tableta de chocolate.

La noche siguiente, el termómetro baja a –45 ºC, escribe Yevgueni. Se desata otra tormenta, pero, por la mañana, cuando se despiertan, está despejado. En su relato, Romm opina que lo lógico, dada la situación crítica en la que se encontraban, hubiera sido aprovechar esa tregua para bajar a la desesperada. ¿Acaso la ortodoxia comunista no dictaba que primero debían salvar a Guettier? Gorbunov tiene otro parecer. «No era un ascenso deportivo, sino una misión científica, una misión del gobierno.» Así que se dirige hacia la cumbre acompañado de Yevgueni, con la

esperanza de alcanzar la victoria como sea. Abalákov y Gorbunov: dos apellidos verdaderamente rusos, tallados para la posteridad.

Primero esperan a que los rayos de sol calienten un poco la atmósfera. A continuación, paso a paso, Yevgueni se abre camino en el desierto blanco, con nieve recién caída hasta las rodillas. Ante él, pendientes inmaculadas, surcadas por grietas, confluyen en una cima helada. Tras él, Gorbunov sufre horrores. Tiene alucinaciones. Romm cuenta que ve a su doble caminando junto a él. Es demasiado lento; el sol enseguida llega al cénit. Mediodía. La hora del mito Abalákov. Gorbunov ya no aguanta más. Le ordena que conquiste él solo el pico Stalin, a no ser que se lo sugiera el propio Yevgueni. Existen distintas versiones al respecto. El caso es que, en ese instante, la cordada, perfecta metáfora del comunismo, se rompe estrepitosamente. Basta con un único hombre en las alturas para adular al Guía. Con Abalákov basta y sobra...

Entonces, afirma la leyenda (Yevgueni no lo menciona), abren la última lata de conservas, caducada hace tiempo. Arenques que no saben a nada. Gorbunov le cede su parte al hombre que va a encaramar la cima. En un trozo de papel, redactan un mensaje: «El 3 de septiembre de 1933, Yevgueni Abalákov alcanzó la cima del pico Stalin y Nikolái Gorbunov la cima de la arista este». Solo queda llevar a cabo lo que acaban de escribir. Gorbunov guarda la cuerda. Abalákov se apodera de los instrumentos de medición. El antiguo secretario de Lenin, tan influyente en los arcanos de Moscú, debe conformarse con observar el ascenso de ese joven siberiano que no conoce la fatiga, en cuyas manos tal vez esté el destino de ambos.

Allí arriba, Yevgueni Abalákov repta por un puente de nieve. El sol ya se está poniendo. Las pendientes son empinadas, de hasta cuarenta y cinco grados. Las sube con sus gemelos cortos, hechos para bailar el *kazachok*.[1]La cumbre lo imanta y Gorbunov ya no es más que una silueta a lo lejos. Cinco horas de ascenso solitario en

medio del aire enrarecido del firmamento. La última arista, que por fin muerden sus crampones, es de una virginidad inmaculada. Una nieve dura, «como de loza», recuerda más tarde. ¿Qué piensa el muchacho del Yeniséi mientras camina solo por el cielo, por encima del imponente nudo de montañas del Pamir?

Unas piedras: la meta está muy cerca. El viento lo empuja hacia el vacío, de la barba le cuelgan unos carámbanos. La arista se va volviendo más aguda, «como una lama», con algunas crestas. Acto seguido, Yevgueni alcanza la cima. ¡Lo ha conseguido! Entonces se deja caer a cuatro patas. ¡Es el primer hombre en coronarla! El altímetro marca –25 ºC y 7.700 metros. 7.500 metros, corrige él mentalmente. Es la tercera cumbre más alta de las conquistadas en todo el mundo. A sus pies, se extienden valles desconocidos. Todas las versiones aseguran que todavía tiene fuerzas para trazar un croquis de los sistemas glaciares que se despliegan ante él. ¿Acaso no es un explorador, antes que nada? Por desgracia, el sur y el este están encapotados, no se vislumbra ni el Hindú Kush afgano ni el Tíbet. Romm, en un arrebato lírico, convierte esos nubarrones en un cuadro fantasmagórico donde la sombra del héroe se proyecta sobre la pantalla blanca de las nubes, teñida por las llamas del sol poniente.

A continuación, Yevgueni desliza el mensaje que ha redactado con Gorbunov en su última lata de conservas, que coloca bajo un hito. Pero, al marcharse, se arrepiente de haber erigido un pequeño montículo de piedras en la cumbre, por temor a que el viento lo destruya. Al cabo de casi un cuarto de siglo, otra expedición registra la cima y deja otro mensaje de carácter fáctico: «No se ha encontrado ningún indicio que demuestre un ascenso anterior al pico Stalin». La verdad es que ni siquiera me había atrevido a planteármelo. Había creído sin reservas en la hazaña de Abalákov. En la URSS, nadie se permitió jamás cuestionar explícitamente el ascenso de la unidad 29, pero es de justicia constatar que no existe

ninguna prueba fehaciente. La arista final consta de varias prominencias, que en ocasiones están nevadas, y en otras, azotadas por las ráfagas de viento. Tal vez lo que antaño sobresalía hoy se ha convertido en hielo. Jamás sabremos qué punto alcanzó realmente Yevgueni.

Lejos de cualquier polémica, el 3 de septiembre de 1933, Yevgueni Abalákov desciende hacia la gloria. Se encuentra con Nikolái Gorbunov, que apenas ha avanzado. Según las fuentes, vuelven a hacer fotos, a tomar medidas y a bosquejar varios esquemas de los macizos de los alrededores. La verdad es que cuesta creerlo. Lo más probable es que, agotados, a la luz de la luna, volvieran corriendo al campamento 6.900, donde Guettier se encuentra *in articulo mortis*. A la luz de la luna, el relieve montañoso resplandece como a pleno día. Al quitarse las botas, Gorbunov descubre que padece unos sabañones graves. Yevgueni masajea con fuerza los dedos del pie del *apparátchik*[2]hasta tarde. En los últimos párrafos del relato, consagrados a la victoria, ya no se vuelve a mencionar la estación meteorológica. Sin duda alguna, nunca llegó a transmitir el menor dato al observatorio del glaciar Fedchenko, construido el año anterior, gracias a una caravana de doscientos camellos.

Al día siguiente, Abalákov baja heroicamente (a partir de ahora, todo lo que haga Yevgueni será heroico) a sus dos camaradas a cuestas hasta el campamento 6.400, antes de sufrir una oftalmía de la nieve. Llevaban una semana sin dar noticias. Abajo, todos habían perdido la esperanza, dramatiza Romm. El austríaco Tsak decide ir a prestarles auxilio, ¡solo! Enésima infracción de las futuras reglas del alpinismo soviético; improvisación absoluta de ese «equipo de asalto» que regresa tambaleándose. Romm, que no ha abandonado el campamento base, constata: «El primero en aparecer en la morrena es Yevgueni Abalákov. En los andares de ese siberiano de hierro, no hay ni rastro de agotamiento. Camina como siempre, deprisa y ágil, balanceándose de una pierna a la otra, como un osezno de la taiga.

Solo tiene la piel de las mejillas curtida por el frío y las tormentas». Y a la mañana siguiente, tras dieciocho días de ascenso, en lugar de quedarse durmiendo hasta tarde en su tienda, ¡Yevgueni prefiere trepar por una arista vecina para terminar una magnífica acuarela del pico Stalin!

Los demás miembros de la expedición no estaban tan en forma, desde luego. Guettier se iba recuperando. Definía a Abalákov como un «hombre-máquina». Romm revela que Gorbunov ya solo pesaba setenta y nueve kilos, aunque antes de la expedición llegaba a cien. Estaba perdiendo las carnes ennegrecidas por el hielo, pero no la cabeza. El 9 de septiembre, redacta un telegrama dirigido al Politburó en el que no hace ninguna alusión a Yevgueni Abalákov, sino a la «misión cumplida de la unidad 29», así como a la «victoria de la ciencia soviética y del alpinismo»:

> Moscú, Kremlin, para el camarada Stalin. Me alegra anunciarle que, el 3 de septiembre, nuestro grupo de asalto conquistó la cumbre más alta de la URSS, que exploramos el año pasado y que lleva su apellido, el del amado *vozhd*[3]de la Internacional Proletaria. En el pico instalamos dos estaciones meteorológicas. La expedición le envía saludos cordiales. Gorbunov.

Entonces descubren las primeras hierbas, regresan a la clorofila. En la primera yurta que se encuentran, los miembros de la expedición, hartos del hielo y de las rocas, se abalanzan sobre el correo y los periódicos. Los titulares de 1933 eluden por completo las hambrunas de los campesinos. Alaban la abertura del canal que une el mar Blanco con el mar Báltico o los récords de extracción de las brigadas mineras de choque de Donbás. La URSS está en ebullición: las fábricas de Magnitogorsk propulsan al hombre nuevo hacia la era industrial, los astronautas han volado por el cielo, los exploradores polares se adentran en el Ártico. Es una época de conquistas en todos los ámbitos. ¡Y resulta que Yevgueni Abalákov acaba de alcanzar el techo del mundo soviético! Su

proeza se cuenta en la primera página, junto a la primera fundición de un alto horno ucranio, en Zaporiyia.

Se conserva un retrato suyo de 1933, a los veintiséis años, con una cara muy rusa. Aunque la fotografía es en blanco y negro, se adivina que tiene el pelo rubísimo, iluminado por el sol, y las cejas ligeramente fruncidas sobre una mirada bondadosa. El respeto y el reconocimiento por parte de quienes lo conocieron es unánime. Era un hombre de una gran voluntad y de una gran dulzura al mismo tiempo. ¡La de veces que he leído la palabra «sonrisa» referida a él! Tenía todas las virtudes para ser adulado. Despertó el entusiasmo de todas las repúblicas de la URSS, que lo convirtieron en un modelo, «el alpinista número 1». Encarnaba al nuevo hombre soviético, inquebrantable y victorioso; también modesto, al menos aparentemente. Como remuneración por sus servicios, recibió la suma de 105 rublos y 11 kopecs, el equivalente al precio de un abrigo.

El pico Lenin

Los hermanos Abalákov podrían haberse cruzado con la famosa aventurera suiza Ella Maillart. Releyendo *Des monts célestes aux sables rouges* (De los montes celestiales a las arenas rojizas), me llevé una sorpresa mayúscula. En Moscú, ciudad que recorre desesperadamente en las primeras páginas, intenta —en vano— sumarse a las grandes expediciones de la época. La de un tal Nikolái Gorbunov, por ejemplo. Al final logra que otro alpinista de perfil político la reciba en la Sociedad de Turismo Proletario: Nikolái Krylenko. Ni más ni menos que el comisario del pueblo de Justicia y antiguo magistrado del tribunal revolucionario. Al igual que Gorbunov, sus funciones públicas no le impiden dirigir la exploración de la remota cordillera del Pamir. ¡Parece que todo el Presídium de la URSS se encordara en verano!

Krylenko recibe cortésmente a Ella Maillart. Recuerda alborozado sus años en Suiza. Como tantos otros revolucionarios, aprovechó el exilio para iniciarse en las alegrías de la montaña. Allí, en compañía de Lenin, nació su pasión por las alturas. No obstante, Ella Maillart comprende perfectamente quién es su interlocutor. «Responsable de numerosas condenas», su apellido «es aterrador para un sinfín de seres humanos», apunta ella. Solzhenitsyn, en su obra, acusa a Nikolái Krylenko de haber «arrastrado a la tundra y la taiga la friolera de quince millones de mujiks».

Entre oleadas de deportaciones y otros juicios a trotskistas, Krylenko no ceja en su obsesión: se propone ascender los 7.134 metros del pico Lenin, en la frontera septentrional del Pamir. En 1928, ya había dirigido una expedición germano-soviética allí en compañía de Nikolái Gorbunov, desde la cara sur.[1] Por aquel entonces, el pico Lenin se llamaba Kaufmann, un nombre

germánico elegido completamente al azar, pero, para deshacer cualquier equívoco, los soviéticos habían bautizado la cumbre en honor a Vladímir Ilich, pese a que ninguno de ellos había logrado seguir a los alemanes hasta la cima. Solo Nikolái Krylenko había conseguido llegar a la arista este. La URSS, tanto en alpinismo soviético como en la industria pesada, seguía siendo una enorme maquinaria que iba rezagada respecto a los países capitalistas.

El comisario del pueblo de Justicia había prometido que iba a regresar al pico Lenin, pero por la cara norte, más accesible. En 1934, decide emprender una expedición, estrictamente militar, con el Ejército Rojo de Obreros y Campesinos. Sin embargo, necesita a alpinistas experimentados, así que recurre a dos guías tan jóvenes como célebres: los hermanos Abalákov. Desde que subió al pico Stalin el año anterior, Yevgueni está encumbrado; por su parte, Vitali ha destacado en el macizo de Altái, donde coronó el monte Beluja[2] en compañía de Valentina y otros siberianos.

En Moscú, Vitali trabaja en Soyuzprodmachina, una empresa de material agroalimentario. Al parecer, sus superiores jerárquicos lo tienen en gran consideración. Las recomendaciones que he consultado en los archivos mencionan que «ha racionalizado la producción» y que se muestra disciplinado, aunque apenas participa en los trabajos de interés general (se trata de una de las escasas señales que se conservan de su pensamiento político). Supongo que está demasiado enamorado de Valentina y que su fervor comunista no es como para tirar cohetes. De hecho, lo reclutan para otros menesteres más cruciales. Ese año, en 1934, por orden de Krylenko, abandona la fábrica durante todo el verano. En julio, su hermano y él se dirigen a Asia Central, tierra de «arenas rojas», bazares y nómadas. Para Yevgueni, supone un reencuentro con Oriente, mientras que, para Vitali, es un verdadero descubrimiento.

No nos detengamos, esta vez, en la caravana y la lentitud de los camellos de Bactriana, aunque la verdad es que me despiertan un interés inenarrable. Según algunos testimonios que se conservan, los hermanos Abalákov acampan a mayor altitud que en la actualidad. Exploran a toda velocidad la cara norte y, a

continuación, holgazanean mientras esperan la llegada de los militares. Sus jornadas transcurren plácidamente en medio del murmullo de las aguas, del ruido que erosiona los montes —inmutable desde hace siglos—, del olor mineral que les impregna hasta la piel. Probablemente piensen en sus prometidas, a quienes, una vez más, no verán en todo el verano. Yevgueni pinta algunas acuarelas. También escribe regularmente; de hecho, me baso en sus cuadernos para narrar este episodio. Vitali, que yo sepa, solo redacta artículos o manuales técnicos.

El 29 de julio, se presentan los oficiales, enfundados en unos uniformes impolutos. En comparación, los Abalákov se sienten desconjuntados. Los dos hermanos saludan a los recién llegados con repetidos «Kamarad!», antes de someterse a la disciplina militar que enseguida rige las tiendas perfectamente alineadas. Curiosamente, Yevgueni apunta algunas reflexiones personales en sus cuadernos, pese a que solo acostumbra a referir hechos (o tal vez se deba a la censura). El caso es que se lamenta con amargura de que los despierten a golpe de pito y les den órdenes «vociferando». ¡Qué delicia, para el lector contemporáneo, encontrar esos desahogos tan infrecuentes! Entonces empieza la formación. Los soldados carecen de experiencia en la montaña. Entre las filas del Ejército Rojo no hay cazadores alpinos. Los hermanos Abalákov deben enseñarles a manejar las cuerdas y a caminar con crampones. Siguiendo sus consejos, los soldados practican la escalada en peñascos vecinos y hacen sus pinitos en el hielo en los primeros seracs que gotean. Por la noche, Yevgueni los instruye sobre la geografía de la cordillera del Pamir y los síntomas del mal de altura, o cuenta su ascenso al pico Stalin ante un público rendido. Como colofón, cantos y danzas caucásicas bajo la inmensidad del cielo.

Las caravanas de abastecimiento también traen periódicos y correo. Un número de *Izvestia* que llega una mañana informa de la

muerte de tres nazis y de siete sherpas en el Nanga Parbat. Yevgueni se indigna por la explotación de los pobres porteadores himalayos y por los riesgos suicidas que corren los escaladores hitlerianos «fanatizados». En cambio, el alpinismo soviético no sacraliza la muerte. Encarna un ideal de altruismo, de camaradería y de subordinación de las ambiciones personales a la comunidad. Se concibe como una prueba prometeica. En cuanto al Ejército Rojo, sé por otras fuentes que entiende esos primeros ascensos como una exaltación de la intrepidez y de la abnegación. Se trata de *zakaliatsa*, es decir, literalmente, de «templarse», «endurecerse» como el acero. «El alpinismo soviético es una escuela de coraje para las masas», escribe un cronista.

No obstante, el *homo sovieticus alpinisticus* tiene sus debilidades. A raíz de la inesperada llegada de un médico y de su encantadora ayudante de laboratorio, todo el campamento debe ponerse en fila. De hecho, viene que ni pintado, porque el 16 de agosto Nikolái Krylenko se presenta en el campamento base a bordo de un biplano Antónov. Se había retrasado en Moscú a causa de la aprobación de la ley sobre la traición a la patria, con la que pronto mandarán al gulag a centenares de miles de soviéticos. Pero ahí está, liberado por un tiempo de sus hábitos de procurador militar y de la instrucción de los juicios estalinistas. Desde luego, ¡qué extraño personaje es Krylenko, un apasionado de las alturas y de la represión en masa que en verano trueca los tribunales temporales por las nieves eternas!

Según Ella Maillart, Krylenko tiene «una cabeza poderosa, dura y calva, encima de un cuerpo menudo». «Su asombrosa mirada parece un chorro metálico surgido de dos iris azules y transparentes.» Yevgueni y Vitali acogen como es debido al comisario del pueblo de Justicia. Los hermanos Abalákov se sienten halagados por contribuir al afán de exploración de semejante personaje de Estado. En los cuadernos de Yevgueni no he percibido ni rastro de temor o de odio hacia él. No quisiera escribir una historia demasiado hermosa en que la montaña sea un refugio contra el totalitarismo naciente. No creo que fuera el caso. Creo que anhelaban de verdad llevar el socialismo a las cumbres.

La noche de la llegada de Krylenko, Yevgueni consigna en su cuaderno las discusiones respecto al itinerario de asalto y el recuerdo de las conservas de hígado de rape con sandía.

A partir de entonces, empiezan a ascender a los campamentos más altos, con la ayuda de asnos y de caballos, rodeando el glaciar inferior. El equipo es bastante más pesado de lo necesario porque transportan un laboratorio fisiológico. Ante todo, el alpinismo soviético debe estar al servicio de la ciencia, no solo de la propaganda, «como los nazis», dice ya no recuerdo quién. Sin embargo, la expedición de Krylenko escolta, entre el equipaje, un fardo poco cartesiano: un busto de Lenin. A partir de esa época, en las mochilas llevan numerosas placas con fraseología comunista o símbolos de la URSS, convertidos en objetos de culto. Y el pico Lenin, como un monumento gigantesco al bolchevique supremo, aparece repentinamente al pasar por un pequeño collado. Es una montaña colosal, tan ancha como el horizonte, que oculta todo el paisaje, tiñéndolo de blanco. En la falda, el Ejército Rojo instala el campamento 1, hecho de tiendas bajas y de cajas de madera.

Los días siguientes, los destacamentos militares avanzan por los abundantes glaciares y su lotería de grietas. Todos los oficiales llevan una pistola en la cintura. Nikolái Krylenko ya parece extenuado. Redobla las órdenes de hacer acampadas intermedias. Sus hombres deben ir desmontando las tiendas de campaña, llevarlas más arriba y volver a montarlas en la abundante nieve, bajo la amenaza de avalanchas. Sin embargo, el terreno no presenta ninguna dificultad técnica. Yevgueni y Vitali se desesperan ante tanta lentitud. La arista de la cumbre parece al alcance de la mano, tan cercana... Tienen que resignarse a contemplarla, mientras los efímeros tonos rojizos se apoderan del mosaico de los seracs, antes de que el sol se ponga detrás de las crestas negras.

El 29 de agosto al amanecer, en algún lugar de la inmensa cara norte del pico Lenin, los hombres aguardan pacientemente, mientras dormitan. De la tienda del comisario del pueblo de Justicia no sale ninguna consigna. De repente, se va transmitiendo una orden de asalto «sin mochila». Significa que todos los

miembros de la expedición deben alcanzar la cima y regresar ese mismo día. Están a –15ºC. Si no soplara un viento de mil demonios, el sol resultaría agradable. Las cordadas se esparcen por la ladera inmaculada. Yevgueni tiene frío de tanto esperar a la tropa. Las cordadas militares no llegan a la arista este hasta mediodía. Pero entonces, al sur, aparece toda la cordillera del Pamir, el vasto altiplano en el que se prolonga el Tíbet, un bosque de cumbres cubiertas de hielo hasta el infinito y la cima del pico Lenin, allí, al final de esa línea evidente que solo hace falta seguir hasta el cielo...

Sin embargo, la expedición ya no avanza más. Krylenko, presa del agotamiento, ordena a sus oficiales que instalen solemnemente el busto de Lenin en ese lugar. Los veinticuatro militares y los hermanos Abalákov se felicitan los unos a los otros, mientras se tragan la decepción. Se conserva una fotografía que inmortaliza el destacamento y el diminuto monumento al fundador de la URSS, plantado en medio de la nieve recién caída, en algún lugar entre los 6.000 y los 7.000 metros de altitud. A lo lejos se distingue el glaciar Fedchenko, pero el pico Stalin, que Yevgueni había coronado el año anterior, está oculto por las nubes. ¡Le hubiera gustado tanto verlo! ¡Le hubiera gustado tanto continuar hasta la cima del pico Lenin! Una orden marcial —extenuada, eso sí— resuena repentinamente en medio del aire enrarecido: «¡En cordadas! ¡Bajada!». Y los hombres se dispersan por las pendientes, buscando sus huellas de la subida.

Regresan al campamento base, a la hierba, abajo de todo. En secreto, los hermanos Abalákov están profundamente frustrados. Los soldados, tumbados en sus sacos de dormir, toman el sol de las alturas. Yevgueni está haciendo un dibujo para el periódico *Izvestia*; justo entonces, Krylenko lo convoca a su tienda, junto a Vitali, tal vez, que apenas aparece en los cuadernos de su hermano. El terrible fiscal de la URSS tiene sabañones y todavía debe

reconocer otras regiones del Pamir antes de que termine el verano. Debe «liquidar las manchas blancas», tal y como le dice a Yevgueni. Sin embargo, acepta que los hermanos Abalákov, en su ausencia, pero acompañados de tres oficiales, vuelvan a intentar coronar la cumbre. Necesita a los dos jóvenes siberianos para que su expedición parezca un éxito y pueda alardear de ella en las altas esferas del Estado. En los archivos, consulté un álbum que Krylenko le regaló al mariscal Voroshílov a su regreso. En la cubierta, una acuarela original de Yevgueni Abalákov. En una de las fotografías, Krylenko posa con arrogancia, dándoselas de explorador. Tras él, un escriba parece apuntar los nombres con que bautiza las cumbres vírgenes: el pico Clara Zetkin (una comunista alemana), el pico Sverdlov (el asesino de los zares), el pico Tsiurupy (un revolucionario) o el pico Krasin (ídem), entre otras figuras de la Revolución de Octubre.

El 3 de septiembre, tras un almuerzo de despedida, todo transcurre tal y como consigna alegremente Yevgueni en su cuaderno: «Montamos a Krylenko en un caballo» y la caravana del comisario del pueblo de Justicia se pone en marcha. ¡Por fin libres! Ya no hay «ni equipos, ni silbatos, ni pausas», apunta Yevgueni. El 4 de septiembre, a las ocho y cuarto de la mañana, después de desayunar un té y conservas, los hermanos Abalákov, desatados, se apoderan de las cordadas que ha dejado Krylenko. Alcanzan los 5.600 metros, justo antes de una noche de tormenta. Al día siguiente hace un tiempo radiante, pero los militares se alargan con la excusa de una sopa que cuecen durante demasiado tiempo. Los hermanos Abalákov ya están arriba. El 6 de septiembre, a una altitud de unos 6.600 metros, buscan en vano uno de sus campamentos, sepultado por la nieve, y acaban plantando la tienda en otra parte. Yevgueni se siente en plena forma; su hermano duerme apaciblemente. El día 7, la pequeña expedición al completo por fin se dirige hacia la cima. Como siempre, los Abalákov encabezan la marcha. Esta vez avanzan a buen ritmo, sin el lastre de los políticos, de la soldadesca y del busto de Lenin.

Ese Lenin que dentro de unas horas será suyo.

De repente, un grito atraviesa el aire seco. Procede de un joven oficial apellidado Ganetski. Vitali baja a ver qué ocurre y, acto seguido, vuelve a subir para explicar que el muchacho está agarrotado, lleno de sabañones. No puede moverse, ni hacia arriba, ni hacia abajo. Hay que evacuarlo. Para colmo, es un protegido de Nikolái Krylenko, además de hijo de un famoso revolucionario judío polaco que ostenta la dirección de la música, de los espectáculos y del circo de la URSS, íntimo de Vladímir Ilich. Silencio pesado. Uno de los hermanos Abalákov no subirá a la cumbre.

Entonces, un militar le comunica a Yevgueni que, como ya coronó el pico Stalin, debería retirarse y dejar que su hermano conquiste el pico Lenin. Solo se oye el viento y la ropa restallando. El frío les devora la cara. Tal vez Yevgueni mire hacia arriba, hacia esos 7.000 metros que le tienden los brazos. Acto seguido, se presenta voluntario. Por segunda vez, se ve obligado a claudicar por culpa de terceros. Gajes del oficio de guía. Abajo, el herido pide auxilio desesperadamente. Hay que atenderlo. Al despedirse, uno de los oficiales le aconseja a Yevgueni que le quite la pistola al desdichado. Nunca se sabe a qué extremos puede llevar el dolor.

El sacrificio de Yevgueni es una de las escenas más relevantes de la parábola Abalákov. «Para un alpinista soviético, renunciar a la meta para salvar a un camarada es de lo más natural», explica un autor. Desde luego, ¡los extranjeros no lo hubieran hecho! Yo creo que, en ese preciso instante, bajo el cielo radiante, Yevgueni hierve de ira. Mientras él ayuda a Ganetski a bajar, Vitali y los dos suboficiales alcanzan la arista donde encuentran sin dificultad el

busto de Lenin. Lo meten en una mochila. La arista es «ancha como una calle de Leningrado» y los lleva derechos a la cumbre, tras un último tramo de peñasco. A última hora de la tarde, por fin alcanzan los 7.134 metros de la segunda montaña más alta de la URSS. O eso piensan en la época.

Según Vitali, en la cima no encuentran ninguna prueba del ascenso alemán de 1928. Se esmeran por dejar un rastro de lo más patriótico. Arriman a una piedra el busto de Lenin, envuelto con un paño rojo. Aparece en una fotografía de un archivo, ridículamente pequeño, como una estatuilla, como un dios pagano de una civilización perdida. «El gran Cristo rojo», escribió Cendrars. Era la primera vez que se llevaba un busto a semejante altura. El culto al binomio Lenin-Stalin estaba en su apogeo. Me pregunto si Vitali se enorgulleció de aquella hazaña bolchevique, si él y los oficiales del Ejército Rojo se sintieron obligados a hacer gala de cierta solemnidad, si encasquetaron un hermoso discurso —a las nieves indiferentes y a los peñascos inertes— sobre la sociedad sin clases y la dictadura del proletariado como fase de transición hacia el socialismo.

En las escasas fotografías conservadas, se reconoce perfectamente a Vitali en medio de sus dos camaradas. Su calvicie ya es galopante. Aparece bronceado, imberbe, bastante atractivo con su equipo improvisado. Desde luego, 1934 fue un año memorable para él. Se liberó de la sombra que le proyectaba su hermano. Salió a la luz pública y apareció en las primeras páginas de la prensa soviética. Según los cuadernos de Yevgueni, que los esperó en el campamento base, a su regreso brindaron por la conquista del pico Lenin como es debido, lejos del comisario del pueblo de Justicia Krylenko, que estaba atareado bautizando todas las montañas de la cordillera del Pamir con nombres marxistas.

Los conquistadores de lo útil

Vitali regresa a Moscú. Me da la impresión de que, ese año, la vida le sonríe. No tarda en coronar el gélido volcán Elbrús, en pleno invierno, antes de que le asciendan al rango de «maestro alpinista». Al cabo de poco, Valentina da a luz a su primer hijo, Oleg, o, para ser exactos, al segundo. Un año antes, la pareja había perdido a una niña de corta edad. A punto estuvieron de separarse. Ese feliz acontecimiento devuelve la serenidad a su hogar. Además, en la URSS se han empezado a conceder bajas por maternidad. Un avance indiscutible, que se suma al derecho al aborto.

Sin embargo, Valentina no tiene la intención de convertirse en ama de casa. Es una mujer soviética hasta los tuétanos, liberada de los yugos ortodoxos, que siempre utiliza su apellido de soltera. Como buena siberiana, Valentina tiene la cara ancha y una silueta corpulenta. A ojos de algunos, no es demasiado femenina, pero en las fotografías en blanco y negro muestra una juventud radiante y un vigor muy poco habitual. La montaña también es su hábitat natural.

En cuanto a Yevgueni y Anna, todavía no piensan en ser padres. Creo que llevan una vida más festiva. En la URSS de la década de 1930, Yevgueni brilla con luz propia. Sus hazañas han despertado curiosidad por su obra artística. La pareja frecuenta a cierta élite cultural. Acuden a menudo a la dacha familiar, cerca de Vnúkovo, en los alrededores de Moscú, donde se reúnen algunos escritores. De hecho, Anna es cuñada del poeta Serguéi Klitchkov, amigo íntimo de Serguéi Yesenin.[1] Este atrae a un círculo literario olvidado en la actualidad, del que cabe destacar a Serguéi Mijalkov, que posteriormente compondrá la letra del himno soviético, que sustituirá «La Internacional». También escribirá estos famosos versos: «Un hombre sensato no sube a la montaña, un

hombre sensato rodea la montaña…».

Esas veladas en el campo, en los aledaños de Moscú, son espléndidas. Se rumorea que hasta el mismísimo Ósip Mandelshtam acude en una ocasión. Suponiendo que sea verdad, debió de ser antes de su detención, en primavera, a raíz del poema «Epigrama contra Stalin». Ahora está exiliado. Por lo demás, otro habitual de la dacha, Nikolái Kliúyev, es deportado a Tomsk, donde lo fusilan por su poesía: había criticado la colectivización, así como la explotación de prisioneros que perdían la vida construyendo el canal del mar Blanco. En diciembre, tras el asesinato de Serguéi Kírov,[2] la inquietud se abate sobre el país. Las miradas se vuelven sombrías. Entonces Anna se sienta al piano y recorre el teclado con las manos, creando un hechizo pasajero, que les permite olvidar los oscuros presentimientos que les encogen el corazón.

Curiosamente, no he encontrado ningún retrato de Anna, ni siquiera esbozado por Yevgueni. Este tiene otras musas. Sus esculturas realistas inmortalizan al poeta Vladímir Mayakovski o al escritor Máximo Gorki. Su obra se amolda a la concepción del artista bajo Stalin. Como pintor, tampoco es un disidente: sus cuadros se someten a los cánones imperantes; trata temas acordes con la recta línea ideológica. Por lo demás, su vida se reparte entre las exposiciones socialistas y las cumbres. En la montaña es donde más brilla su talento. Creo que no suele mezclar sus dos cometidos. De hecho, ni siquiera lleva a cabo las ligeras reproducciones de las esculturas con la efigie de Lenin que acarrean hasta las cimas.

En 1935, la URSS encarga una nueva misión a los hermanos Abalákov. En primavera, deben unirse a una expedición cuyo objetivo es la prospección de la cordillera del Turquestán. Vitali y Yevgueni no tardan en descubrir la nueva función asignada al alpinismo. El país experimenta un proceso de industrialización a marchas forzadas. Los planes quinquenales requieren cantidades enormes y crecientes de materia prima. Ha llegado el momento de que contribuyan de manera más tangible a la construcción del comunismo. En el país de los sóviets, todo se concibe como un engranaje de una tarea superior: el progreso.

En 1935, pues, Vitali y Yevgueni parten en dirección a la cordillera del Turquestán, un modesto macizo en comparación con la cordillera del Pamir, de la que es una prolongación hasta el oasis de Samarcanda. En esta ciudad mítica de Uzbekistán, precisamente, encuentran una Asia Central que ya les resulta familiar. Por las calles, abundan los velos integrales, pese a la naciente liberación de la mujer soviética. Además del velo, las mujeres de Asia Central cargan cosas varias en la cabeza, mientras los hombres van dando sorbitos de té, sentados con las piernas cruzadas en los cafés tradicionales. Allí Yevgueni pinta una acuarela de la famosa madraza de Registán. Le fascinan las antiguas etapas de la Ruta de la Seda y las ruinas del imperio de Tamerlán. La expedición de prospección pasa por Bujará en camiones, antes de adentrarse en el fértil valle de Ferganá.

Para la misión movilizan a una parte de la élite alpinista, incluida Valentina Cheredova, la compañera de Vitali. También participa uno de sus compañeros de fábrica, Mijaíl Dadiomov, que en 1933 lo había acompañado al Altái; y otra personalidad de la época, Georgi Kharlampiev, que había formado parte de la expedición al pico Stalin y que en ocasiones ejerce de guía de cordadas extranjeras en el Cáucaso. De hecho, lo acompaña un militante de la Internacional Comunista, el camarada suizo-alemán Lorenz Saladin. El apuesto montañista se había enamorado de esas vastas regiones fecundadas por el socialismo y sus convicciones políticas, que le habían dificultado inscribirse al club alpino de Zúrich, le abren de par en par las puertas de la URSS estalinista. El Komintern[3] le concede el visado a la primera.

La expedición llega a su meta: el valle del Kara-Suu, que posteriormente será el escenario de varias masacres en la época de las guerrillas postsoviéticas interétnicas. No me extenderé sobre la prospección de níquel y de estaño, en la ladera de picos vírgenes e inaccesibles. Sí que he dedicado mucho tiempo a examinar el reportaje que hizo Lorenz Saladin con su Leica. Las fotografías muestran la vida cotidiana de esa expedición a todas luces «útil». Los hermanos Abalákov preparan los yacimientos verticales, fijando clavijas con la ayuda de pesados martillos o tallando

centenares de escalones para los geólogos, algunos de los cuales tienen cara de uzbekos o de tayikos. «Admiro el dominio de Vitali, que todo lo hace con serenidad», escribe Lorenz Saladin en su diario. La multitud de porteadores cargados de cajas de madera se aferran a las cuerdas. En el campamento de yurtas, unas mujeres meticulosas examinan con un microscopio las muestras que han traído los hombres sobre las espaldas, mientras en una cima dinamitan minerales, en nombre de la ciencia y de la industria.

Tres meses peregrinando por todos los glaciares de la cordillera, a veces a pie, a veces esquiando por las últimas nieves primaverales. Desde luego, llevan una vida de aventureros entusiastas, alcanzando cumbres que suelen superar los 5.000 metros de altitud. Desde las cimas, deben cartografiar el territorio, desenmarañar las nervuras de las aristas, los circos, los valles. Más que nunca, los hermanos Abalákov son verdaderos alpinistas exploradores. Abren el camino del progreso, del «desarrollo», como se dice hoy en día. Me doy cuenta de que el libro *Los conquistadores de lo inútil*, de Lionel Terray, en la URSS se hubiera considerado una herejía. Trepar a una cumbre «porque está allí», como constataba George Mallory, se hubiera juzgado absolutamente contrarrevolucionario. ¡La utilidad! En eso radica el honor del alpinista soviético, que jamás pronuncia las palabras «ascenso» o «expedición» sin añadirles algún adjetivo como «científico», «militar» o «de prospección». Decir únicamente «ascenso» sonaba burgués.

En cuanto al alpinista suizo, aunque se declara simpatizante del comunismo, sigue siendo descaradamente occidental. Lorenz Saladin posa ante el objetivo de su Leica fingiendo que mordisquea una tableta de chocolate Lindt. En otra ocasión, muestra al objetivo un Toblerone, un tarro de mermelada Hero, unas salchichas Ruff-Würstchen o azúcar Kristal, marcas todas ellas patrocinadoras de su pequeña agencia de viajes Hohen Luft, cuyo logo aparece por todas partes. Una pizca de compromiso en el socialismo helvético. ¡Ni un solo símbolo manifiestamente marxista, ni rastro del perfil de Lenin!

Lorenz Saladin ha viajado por todo el mundo, ha recorrido

América y los Andes. Sus camaradas rusos no pueden ni soñar siquiera con esos destinos exóticos. De hecho, en la URSS, el proletario suizo parece un hombre acomodado. En el país de los sóviets, los europeos más de izquierdas siguen siendo pequeñoburgueses. A nadie le extraña que el ingeniero Vitali Abalákov estudie con interés el moderno equipo que luce su inesperado compañero de cordada. Ellos solo disponen de unos crampones que se tuercen como si fueran de goma y de unos abrigos tan finos que yo no me pondría ni para la ciudad. Por no hablar de la ropa interior de Valentina que se ve en una fotografía en la que está tomando el sol con Vitali.

A veces los integrantes de la expedición se separan temporalmente para abarcar más zonas, pero vuelven a reunirse a merced de las órdenes de la dirección o de las «reuniones de producción». En las aldeas, aprovechan las *banias*[4]para limpiarse el sudor acumulado. Saborean las delicias gastronómicas uzbekas. Yevgueni prepara a sus camaradas *plov*, un plato tradicional a base de arroz con zanahorias. Estos detalles los descubrí en sus cuadernos. Sorprendentemente, solo se refiere a su hermano de manera muy impersonal, sin nombrar siquiera a Valentina, como si no existiera. En cambio, menciona a menudo a «Lenz» Saladin, con quien parece entenderse de maravilla, y se complace narrando sus lecturas públicas de *Pravda*. Se trata de descifrar en voz alta el periódico del Partido ante los analfabetos de esos valles. Como buen soviético, Yevgueni está comprometido con el desarrollo político de sus conciudadanos. De hecho, por su participación en esa campaña de prospección, será nombrado udarnik, es decir, «trabajador de choque». El culto a las fuerzas productivas y a la industria se encuentra en su apogeo. El alpinista es un proletario como cualquier otro, un obrero del vértigo. No está allí para engolfarse beatamente en la belleza de los paisajes. «¡Nada de contemplación! ¡Minerales!», ordena un día uno de los jefes de la misión. Admirar el paisaje se considera una tara pequeñoburguesa.

La búsqueda de níquel y de estaño toca a su fin a mediados de agosto. La expedición emprende el viaje de vuelta, pero Valentina se encuentra sola en el tren que se dirige a Moscú. Han reclutado a

Vitali para dirigir una «alpiniada» al pico Trapecio, en el vecino Pamir. Las «alpiniadas» son una iniciativa espectacular del mariscal Voroshílov, otra manera manifiestamente socialista de escalar las montañas. Se trata de movilizar a centenares de soldados al asalto de las cumbres, a batallones enteros armados con toda la artillería para llevar a cabo «ascensos en masa». Vitali es el elegido para guiar a la tercera división de infantería del Turquestán hasta una altitud de 6.048 metros.

Le conceden libertad absoluta para elegir a un asistente; escoge a Lorenz Saladin, que sueña con proseguir sus aventuras por el fabuloso país de los sóviets. Nadie pone ninguna objeción burocrática al hecho de que un extranjero participe en una misión del Ejército Rojo. Se trata de una anomalía de la que Saladin se da perfecta cuenta, no sin inquietud. Se esmera por ganarse el reconocimiento de los militares, enseñándoles su arte, sin reparar en esfuerzos. Sin embargo, en su diario confiesa su temor a que lo tomen por un espía. Un sentimiento premonitorio. De ahora en adelante, hasta los hechos más anodinos que cuento en estas páginas serán susceptibles de engrosar los expedientes de acusación y los procesos estalinistas.

Ese verano, a finales de agosto de 1935, Vitali y Lorenz alcanzan la cumbre del pico Trapecio, acompañados por setenta y ocho combatientes armados con metralletas pesadas. Allí arriba, a más de 6.000 metros de altura, «improvisan un desfile», escribe Vitali en un artículo no muy elocuente. En un recorte de prensa, encontré un relato bastante más exaltado por parte de un oficial que narraba una «alpiniada» parecida celebrada ese mismo año: «Me correspondió el honor de llevar el busto del camarada Stalin. No sentí el cansancio ni el frío. El corazón me latía alborozado. [...] El ascenso es arduo y abrazo con cuidado el busto contra el pecho, protegiéndolo de los golpes. [...] Embargados por la emoción, entonamos el espléndido himno del proletariado internacional. [...] Coloco el busto y las metralletas abren fuego. [...] ¡Es el saludo del Ejército Rojo [...] a nuestro Stalin amado!».

¿Qué más cabe añadir?

Naufragio en el Khan Tengri

A principios de 1936, la Sociedad de Turismo Proletario es disuelta por su «potencial de tapadera de los enemigos del pueblo»; en otras palabras, por su excesiva libertad. El cerco se va estrechando. El alpinismo soviético había empezado como un capricho de algunos bolcheviques al regresar de su exilio europeo, pero el Partido pretende controlarlo a través del todopoderoso Consejo Central de Sindicatos de toda la Unión. Stalin ha firmado un *prikaz* que permite remunerar a los guías instructores; asimismo, un manual titulado *Reglas de ascenso en la URSS* dicta su ley hasta a los escaladores más experimentados. Cualquier salida requiere una autorización y un tiempo de control, así como la obligatoriedad de llevar un colgante que acredite el nivel de los participantes. De ahora en adelante, todo será estrictamente encorsetado y estatal. El control político anuncia el final de esos primeros ascensos ligeramente de aficionados y locamente pioneros.

De ahí que la expedición que llevan a cabo los hermanos Abalákov en 1936 pueda considerarse una verdadera excepción. Se trata de una escapada espectacular con amigos, una escalada completamente injustificada en la era del alpinismo útil, una prórroga antes del Terror. Se me antoja un último soplo de libertad bajo los vientos negros del estalinismo. La altura, más que la elevación de las masas, era la razón de ser de los hermanos Abalákov. Yevgueni, especialmente, hacía gala de la desenvoltura propia de las personas libres. «Se apuntaba a cualquier aventura», insistiría posteriormente Vitali, no sin amargura. En efecto, ese ascenso es el último que comparten los dos hermanos.

Una vez más, me zambullí con avidez en los cuadernos de Yevgueni. La partida tiene lugar el 2 de julio, en una de las numerosas estaciones de tren de Moscú. En el andén se amontonan

exactamente ciento sesenta y cuatro kilos de material. Casi nada, comparado con las expediciones anteriores; una ligereza asombrosa frente al legendario peso de los ascensos soviéticos; un presagio de la catástrofe, según el análisis posterior de Vitali. El silbido de la locomotora de vapor, «los besos apresurados, un maravilloso ramo de rosas, los adioses amortiguados por el ruido y las exclamaciones», escribe Yevgueni. El tren deja atrás la capital de todas las Rusias y con ella, como todos los veranos, a la hermosa Anna. El tren ya avanza, por fin, mecido por el ritmo de los bogies. La oscuridad de una cálida noche continental envuelve el vagón. Esta vez solo son tres: el escultor Yevgueni Abalákov, el químico Leonid Gutman y, de nuevo, «el antifascista suizo» Lorenz Saladin.

Vitali no viaja en ese tren. Vitali no tenía que sufrir esa calamidad, cosa que todavía agravará más su infortunio. Mientras su hermano y sus camaradas atraviesan Eurasia, él dirige la escuela de instructores del Consejo Central de Sindicatos de toda la Unión, en el Cáucaso. A continuación, lo reclutan para coordinar el club deportivo del Ejército Rojo. Con el paso del tiempo, Vitali se está convirtiendo en un técnico. Más que las alturas y las expediciones lejanas, le interesan las balbucientes acotaciones de las vías de ascenso o el diseño de material innovador. El ingeniero Abalákov ha firmado un contrato de equipamiento con el Comité Central. Defiende un alpinismo que minimice los riesgos por medio de una puntillosa preparación y de una meditada estrategia. Vitali no es tan romántico ni etéreo como su hermano; se muestra más rígido y, en suma, bastante más soviético.

El tren circula día y noche, huyendo del Kremlin. Ese verano, en Moscú, se celebran los primeros juicios que condenan a trotskistas a la pena capital. Zinóviev y Kámenev son ejecutados a la salida del tribunal. Bujarin es detenido al regresar de un viaje por el Pamir. Los tres alpinistas dormitan en su litera abarrotada de equipaje, aletargados por la canícula. Otro camarada, Mijaíl Dadiomov, se les sumará en el Kirguistán, completando el equipo. Leyendo los cuadernos de Yevgueni, todavía me siento más cercano a ellos porque los trenes de las antiguas repúblicas soviéticas apenas han cambiado desde entonces. Junto a ellos,

atravieso los Urales meridionales. Por la ventanilla desfila la taiga, después la estepa y por último el desierto de Kyzyl Kum. El convoy se abre paso hacia el centro de Eurasia y recuerdo los rostros apergaminados, los festines de sandía en los andenes. Una forma de felicidad, sin duda alguna. No debemos compadecer a esos hombres por haber vivido bajo la URSS. O, al menos, no a ellos. Esa época les ofreció unas aventuras que muy pocos viven en la actualidad. De las ruinas del comunismo apenas quedan sus innovadoras hazañas.

El cuarteto pretende subir a una montaña legendaria: el Khan Tengri, cuya cima piramidal, de 7.000 metros de altura, mira por encima del hombro el gigantesco macizo del Tian Shan, las «montañas celestiales» que dividen el Turquestán soviético y el chino. Al parecer, el Khan Tengri era el mayor anhelo de Lorenz Saladin, antes de que la URSS —que tanto le fascina— le cierre las puertas por completo. En efecto, el auge del fascismo en Europa conduce a la guerra. Los extranjeros, aunque se declaren comunistas internacionalistas, están en el punto de mira de Stalin. Saladin es muy consciente de ello. En el Cáucaso, ya nadie corre el riesgo de ejercer de guía de cordadas occidentales. Saladin sabe perfectamente que es su último viaje. En su última expedición, «el antifascista suizo» dilapida sus ahorros y exprime al máximo su amistad con los alpinistas soviéticos.

Primero llegan a Taskent, una ciudad con un bazar inconmensurable. ¡No puedo ni imaginarme cómo debía de ser entonces! Tras tantos días encerrados en un vagón de tren, estiran las piernas deambulando por la capital uzbeka. A continuación, durante tres semanas, deben dedicarse a buscar yacimientos, al igual que el año anterior. Es el precio de su libertad. En julio, llevan a cabo una prospección de las paredes de los peñascos con el propósito de «construir el comunismo», una utopía que se va postergando. Hasta el 3 de agosto, un mes después de su partida de Moscú, no llegan a Frunz, en Biskek, donde les espera, tal y como estaba previsto, el ingeniero Mijaíl Dadiomov.

Entretanto, Leonid Gutman ha enfermado gravemente y está ingresado en el hospital, hecho que ha reducido drásticamente el

efectivo al irrisorio número de tres. Sería una locura emprender el asalto del Khan Tengri tan *en petit comité*. No obstante, Yevgueni debe salvar la expedición como sea, porque es la primera que dirige. En sus cuadernos no lo menciona, pero el caso es que manda un telegrama al Cáucaso, dirigido a su hermano, suplicándole que se una cuanto antes a la expedición en la antigua ciudad cosaca de Karakol.

Vitali acaba de regresar de un ascenso militar al monte Dij-Tau, la montaña de sus primeras proezas junto a Yevgueni. Al leer el mensaje mecanografiado de su hermano, Vitali tiene un extraño presentimiento. En las postrimerías de su vida, escribirá que vaciló mucho, abrumado por el grado de improvisación de esa improbable expedición. Sin embargo, acaba decidiéndose y atraviesa toda la URSS en unos trenes sofocantes, aguantando el asadero de los desiertos y los fuertes olores de Asia Central. A continuación, los baches en camiones y, por último, un barco que cruza el bellísimo lago de montaña Issyk-Kul, de una belleza casi tibetana, engastado entre cumbres nevadas.

El 18 de agosto, atraca en Karakol. Yevgueni, Dadiomov y Saladin andan desperdigados por los alrededores. Este último inmortaliza la vida en las yurtas kirguís, un universo en el que algunos nómadas, a falta de cerillas, todavía llevan consigo brasas. Vitali se reencuentra con su hermano en alguna parte de la pequeña ciudad con las fachadas de madera ornamentada y la iglesia reconvertida en gimnasio por los bolcheviques. Con la ayuda del sóviet local y del profesor Letavet,[1] que también se halla en Karakol, Vitali negocia en el mercado de caballos para llevarse unos cuantos y recluta a algunos kirguís que chapurrean ruso. Sin embargo, la expedición está varada. Lorenz Saladin carece del permiso necesario para cruzar fronteras. Aunque cuenta con una invitación del Komintern, debería haber hecho el trámite en Moscú. Se supone que Gutman, desde el hospital de Frunze, debería haber movido los hilos, pero los días de verano van pasando sin noticias. Un buen día, los hermanos Abalákov se sientan en un tejado, dándole vueltas al asunto, entre silencios incómodos. Esta vez, todo recae en ellos. No pueden recurrir a

Gorbunov ni a Krylenko ni a ningún mandamás del Partido capaz de resolver cualquier problema urgente con un simple telegrama.

Acaban decidiendo que Vitali debe ir a Frunze para desenmarañar el embrollo. Aunque está agotado por los interminables trayectos, Vitali se dirige a la capital de la república socialista soviética del Kirguistán. Una vez en el hospital, en plena canícula, descubre a Gutman persiguiendo a las enfermeras, morenísimo. Le confiesa que las autoridades no quieren saber nada de Lorenz Saladin. Vitali no se da por vencido. Acude a un comandante crédulo; le cuenta los servicios prestados por el comunista suizo durante la temporada anterior: «¡Casi como un komandir rojo!», asegura sin inmutarse. ¡Ha dado en el clavo! El militar en cuestión se muestra sensible al alpinismo, que considera «la mejor manera de preparar a los combatientes», según declara antes de despachar una solicitud a Moscú.

Vuelven a transcurrir varias jornadas preciosas hasta que, milagrosamente, se desvanecen los impedimentos. Han perdido tantísimo tiempo... De hecho, Gutman ya se ha curado. Regresa a Karakol junto con Vitali. Son cinco otra vez, pero ¿en qué condiciones van a subir al Khan Tengri? Ya están a mediados de agosto. ¡Quedan exactamente trece días para septiembre y ciento sesenta kilómetros en caravana para llegar al campamento base! Todas las expediciones de la década de 1930, como la del pico Stalin o la del pico Lenin, terminaban prácticamente a comienzos de otoño. Sin embargo, el Khan Tengri es un caso aparte. Como está situado en una latitud muy septentrional, allí el verano es más corto.

No es de extrañar, pues, que alberguen dudas. Por no hablar de la táctica de esa «microexpedición», en palabras de Vitali: ni depósitos, ni cuerdas fijas, ni radio, ni la más remota posibilidad de pedir auxilio, una falta flagrante de equipo. Posteriormente, Vitali afirmará que debían justificar hasta el último céntimo del presupuesto que les había concedido el Consejo Central de Sindicatos de toda la Unión, 10.000 rublos, una auténtica fortuna en la época. «También era una cuestión de prestigio para Yevgueni, el conquistador del pico Stalin.» El inquebrantable tesón de Lorenz

Saladin acaba de inclinar la balanza a favor de acometer el ascenso al Khan Tengri. De hecho, el comienzo de una carta incompleta que se conserva en unos archivos de Berna permite suponer que la intención inicial del alpinista suizo era continuar hacia el Turquestán chino, una vez coronada la cima.

El caso es que emprendieron la travesía; el caso es que quise ver con mis propios ojos cómo eran aquellos confines kirguís. Los hermanos Abalákov y sus compañeros anduvieron por cuellos ancestrales, mientras que, en la actualidad, su pista se pierde por un camino trillado, además de serpenteante. Eso sí, las caras de los nómadas siguen siendo igual de ambarinas que en las fotografías de Lorenz Saladin. Sus caballos, con trabas puestas, saltan con las patas juntas hacia matorrales más verdes. Las yurtas motean de puntos blancos la montaña. Durante el trayecto, releí los cuadernos de Yevgueni, que alaba la vida al aire libre, los berberis, el espino amarillo o las truchas que pescan en todas las pausas. En las fotografías, los cinco hombres posan varias veces como Adán en el paraíso. Caminan cuerpo a cuerpo con la naturaleza. Al amanecer, deben buscar a sus caballos; resuenan los cascos; al cruzar los vados, se les inundan las albardas.

A través de un último collado, por fin llegan al Inylchek, un glaciar gigantesco con numerosas y abundantes ramificaciones. Desde 1936 se ha replegado un poco; sin duda alguna, se trata del mayor cambio ocurrido en el Kirguistán, donde la gente parece inmutable. Yevgueni pinta una acuarela del pico Nansen.[2] A continuación, se adentran en la lengua negra, un verdadero laberinto de seracs recubiertos por un caparazón de piedras que se habían desprendido sin fin. En la actualidad, resultaría impensable obligar a los caballos a recorrer ese paisaje infernal. Pero ellos arrastran a su caravana, que ya solo pueden pacer en algunos claros en lo alto de las morrenas. Allí brotan margaritas, nomeolvides y gencianas, la última vegetación frente a una altísima cordillera que en la época se llama Stalin.

Con la altitud, el glaciar se va volviendo más blanco, despojado de su corteza, aunque en la superficie quedan unas enormes líneas formadas por trozos rocosos. Es un verdadero

laberinto por el que la expedición de los Abalákov debe llevar a cabo reconocimientos tan largos que, en ocasiones, los exploradores pierden de vista al grupo. Duermen arrimados a una roca, bajo las estrellas; se despiertan al amanecer y continúan tallando escalones incansablemente para las bestias. De repente, el glaciar está desnudo. Cada vez que un casco de caballo resbala, los caravaneros kirguís amenazan con dar media vuelta. De pronto, un caballo se desliza por una grieta, a pesar de los crampones que le han puesto en los cascos. Tienen que pasarle una cuerda por debajo del vientre y forcejear durante una hora larga a golpes de piolet hasta que logran sacarlo.

El 29 de agosto, se cruzan con una expedición kazaja, de la que tres alpinistas agotados les cuentan que han alcanzado la cima y que una avioneta está sobrevolando el glaciar. Los hermanos Abalákov y sus camaradas ya estaban al corriente de esa tentativa. De hecho, saben perfectamente que el Khan Tengri ya no es una montaña virgen. Esta vez —como en el caso del pico Lenin—, no han sido los alemanes quienes les han arrebatado el protagonismo, sino unos honrados ciudadanos soviéticos. En 1931, una expedición ucraniana logró coronar la cima y ahora resulta que esos temerarios kazajos acaban de repetir la hazaña, a costa de grandes sufrimientos. Uno de ellos padece graves sabañones y otro confiesa: «Si no nos lo hubieran ordenado, no habríamos llegado a la cumbre». Yevgueni, Vitali, Saladin, Gutman y Dadiomov andan sobre aviso, pues. Allí arriba hace un frío atroz, como en el cielo.

Al día siguiente, el 30 de agosto de 1936, tras el encuentro en el glaciar con los excursionistas proletarios, por fin aparece la afilada pirámide del Khan Tengri, reconocible entre todas las demás. Ha llamado la atención desde la noche de los tiempos. Durante los meses veraniegos, los nómadas la distinguen desde los lejanos veraneros. De hecho, ellos lo llaman así, Khan Tengri, que en lenguas túrquicas significa «señor del cielo». Los kirguís también lo llaman Kan-Too, es decir, «montaña sanguínea», por las tonalidades rojizas que adquiere al ponerse el sol. A su alrededor se encuentran el pico del Kirguistán soviético, el pico Gorki, el pico Chapáyev y otras encarnaciones de la URSS. El Khan Tengri es una

cumbre sagrada, en medio del panteón terrestre.

Me imagino que, al vislumbrarlo, todo el grupo hace una larga pausa, debatiendo sobre las asperezas y las fisuras de la pared, intentando disimular la honda impresión que les causa esa cumbre de líneas puras. Ese mismo día, poco antes del otoño, la caravana da media vuelta, dejando que los alpinistas suban una tienda de campaña que se sujeta con dos estacas, a modo de campamento base. Aunque ese campamento no será la base de nada, ya que deciden asaltar la cima de inmediato, en plena noche. El tiempo apremia. No habrá aclimatación, ni porteo, ni una segunda oportunidad.

A las nueve y diez en punto de la noche, según el cuaderno de Yevgueni, en cuanto el hielo endurece la corteza de nieve, los cinco hombres se lanzan. Primero siguen las huellas de los kazajos por un desfiladero llamado «la botella», que lleva a un collado. El pico Chapáyev los amenaza con avalanchas varias. Las dos cordadas se pierden en un laberinto de seracs y de grietas. La luna llena ha desaparecido; como no encuentran la salida, deciden esperar a que despunte el día, refugiándose bajo una tienda doble, hacia 5.600 metros de altura. Al amanecer, el sol asoma entre nubarrones. Al cabo de poco se desata una tormenta, que dura todo el día, así que deben excavar una gruta en la nieve para resguardarse.

A la mañana siguiente, hace un tiempo radiante. En algunos lugares, la nieve les llega a la cintura, pero, al atardecer, los cinco hombres han alcanzado la arista. Se apiñan en la angosta tienda y se deleitan con los menús que les ha proporcionado el Instituto Oficial de Alimentación, menús concebidos para exploradores polares: leche condensada, extracto de grosella, arenques, frutos secos, caviar… El 3 de septiembre, el equipo asciende por el filo de la abrupta arista suroeste, pura roca y hielo. A 6.600 metros, montan un nuevo campamento en medio de un majestuoso decorado de cumbres inmaculadas. Pese a llevar ropa interior de lana, todos empiezan a sufrir las gélidas temperaturas. Dadiomov ya no se nota los pies. Yevgueni le da enérgicas friegas y el humor festivo que se trasluce en sus cuadernos todavía es el de una conquista segura.

El día 4, después de tomarse un té ardiente, vuelven a ponerse en marcha, sin las mochilas, que Vitali ha propuesto dejar en el campamento para andar más ligeros. La cumbre parece al alcance de la mano. Sin embargo, avanzan despacio por un terreno cambiante y delicado. Dadiomov está agotado. Vitali va mal calzado. En su partida precipitada del Cáucaso, solo pudo llevarse unas viejas botas afelpadas del ejército, bastante desgastadas. Yevgueni lleva las botas acolchadas que utilizó para coronar el pico Stalin.

Ese día no consiguen llegar a la cima, así que se ven obligados a excavar a toda prisa una gruta en la nieve porque no disponen de tiendas de campaña. Yevgueni, tumbado en la entrada, se pasa la noche tiritando, hasta que el 5 de septiembre amanece muy despejado sobre un mar de nubes, del que emerge únicamente el Khan Tengri. Al cabo de unas horas, los cinco se encaraman a la cúpula blanca de la cumbre. Han completado el ascenso en un tiempo récord para la época. Tal vez sea la primera vez que unos alpinistas soviéticos se ahorran las fastidiosas idas y venidas de aclimatación y de abastecimiento entre campamentos base. La primera vez que practican lo que posteriormente se denominará «estilo alpino».

El altímetro indica 7.220 metros. Ya no saben qué hora es, los relojes se han detenido, pero todos los testimonios afirman que tardan unos cuarenta minutos. Se conserva una foto de los cinco alpinistas allí arriba, atados por la cintura, embutidos en unos abrigos prácticamente de ciudad, con unas enormes manoplas. Parecen abatidos y apagados. Únicamente Yevgueni, que maneja la Leica de Saladin, todavía muestra suficiente destreza. Examina con detenimiento la cima, sin encontrar ningún hito, y apunta en un papel: «Ni rastro de presencia humana en la cumbre». A continuación, guarda el mensaje en una lata de conservas y la coloca entre dos piedras. Sin embargo, los kazajos les habían asegurado que habían alcanzado la cima. Vitali sospecha que los ucranianos tampoco coronaron el Khan Tengri en 1931. De hecho, la única prueba que se ha encontrado de un ascenso es la nota que Yevgueni escribió para la posteridad.

Ni bandera, ni busto, ni ninguna otra clase de pompa socialista o de baratija marxista-leninista. Resulta tan extraño que es digno de subrayar. La expedición de 1936 al Khan Tengri es una vertiginosa escapada de amigos, aunque acaba convirtiéndose en una pesadilla. No es tan gloriosa como parece. Lorenz Saladin se apresura a bajar, «sintiendo que se le agotan las fuerzas», como recordará Vitali. A pesar de su éxito, la precaria expedición corre peligro. Emprenden el regreso desperdigados, por una roca recubierta de una fina capa de nieve que ha empezado a caer. Al cabo de poco, pierden una cuerda, que se queda enganchada más abajo. Los hermanos Abalákov tienen que jugarse el pellejo varias veces para recuperarla. Dadiomov no aguanta más. Acaba de empezar un interminable calvario cuando anochece antes de lo previsto. No logran encontrar la tienda; cuando por fin la distingue Vitali, al principio cree que es una tienda abandonada por los kazajos. En sus cuadernos, Yevgueni asegura que en ese preciso instante todos pierden la cabeza; de hecho, su escritura resulta bastante confusa. Durante los días que dura su espantoso descenso, Yevgueni se dedica a sustentar e hidratar a sus desvalidos camaradas, mientras agonizan en refugios gélidos. Las temperaturas se desploman, llegando a –30 ºC, por no hablar de las ráfagas de viento.

El 6 de septiembre, pese al mal tiempo, Yevgueni despierta a sus compañeros, que siguen extenuados. Se separan en dos grupos: Gutman, Yevgueni y Saladin continúan por unos bloques de hielo muy resbaladizos. Saladin se va sentando a menudo, de puro agotamiento, con la esperanza de que el sol se abra paso entre las nubes. Tienen tanta sed que hasta oyen arroyos imaginarios, como si el viento les trajera su rumor. Vitali y Dadiomov se han quedado rezagados, poniendo agua a hervir para prepararse un té, antes de bajar en línea recta por una pendiente muy abrupta, corriendo un enorme riesgo. La bota izquierda de Vitali está destrozada. Tiene el pie congelado. Dadiomov se encuentra tan mal que suplica que lo abandonen. Posteriormente, Vitali contará que no tenían más remedio que dejarse caer hacia el abismo, resbalando y frenándose desesperadamente con un piolet. Sin embargo, quien se despeña es

Gutman, del otro grupo, al intentar recuperar la mochila, que le ha arrancado una racha de viento. Yevgueni presencia cómo su cuerpo desarticulado se estrella contra la nieve, tiñéndola de rojo. Un día funesto. Al atardecer, al borde de sus fuerzas, Vitali consigue despejar la nieve de la entrada de la gruta donde se reencuentra el equipo. Junto a ellos yace Dadiomov, muy maltrecho. Apenas oyen sus lamentos, amortiguados por la tormenta.

Gutman está vivo. Tiene los ojos inyectados de sangre. Sus compañeros le dan agua que han obtenido derritiendo hielo, mientras sueñan en voz alta con tomarse *kumys* o *kvas*.[3]Vitali tiene las manos ennegrecidas a causa de los sabañones; Dadiomov y Saladin, los dedos de los pies, pese al excelente material suizo del segundo. Hasta Yevgueni confiesa sentirse débil. Una confidencia de lo más rara en sus cuadernos. Pasan una noche espantosa en la gruta, mientras el techo gotea y Dadiomov y Gutman gimen sin cesar. Cae una nevada que sepulta por completo el refugio; al amanecer, casi desfallecen. Yevgueni es el único que tiene el arrojo de quitar la nieve a paladas, salvándolos así de la asfixia. Fuera ya es mediodía, pero no avanzan ni cien metros de desnivel por la nieve en polvo. Gutman es un verdadero lastre. Se ven obligados a abandonarlo, atado a la lona de la tienda de campaña, mientras ellos vuelven a subir a la gruta. Yevgueni descenderá varias veces para darle de comer al malherido, que parece condenado a muerte.

El 8 de septiembre, de milagro, Gutman se encuentra mejor, aunque ha pasado la noche a la intemperie, a la luz de la luna. Se deja ayudar por Vitali y Saladin. El trío avanza tambaleándose, mientras Dadiomov se desploma a menudo y Yevgueni se dedica a explorar el laberinto de grietas. En los tramos lisos, dejan resbalar a Gutman como si fuera un saco. Desde luego, el regreso de los cinco forzudos es muy desafortunado. ¡La élite del alpinismo soviético no es más que una sombra de sí misma! La retirada se alarga durante cuatro días, el mismo tiempo que tardaron en subir, una auténtica pesadilla. En las últimas horas, por poco Saladin vuelve a desaparecer bajo una avalancha. Al fin divisan el

lamentable campamento base, un refugio medio recubierto por la nieve, al que llegan justo antes de que caiga la enésima tormenta.

Las provisiones que les esperan en el campamento les alegran por un instante. Luego, mientras digieren, hacen balance. Están todos en los huesos. Leonid Gutman ha sufrido una experiencia traumática. Lorenz Saladin, Vitali Abalákov y Mijaíl Dadiomov tienen los pies y las palmas de las manos hinchados por los sabañones. Temen que se les gangrenen. «5 pies y 6 manos negras», resume lacónicamente Yevgueni en su cuaderno. Él es el único que se encuentra en plena forma, una constatación recurrente en sus apuntes, casi insolente. Hace las veces de cocinero y de médico, dando de comer a sus camaradas con una cuchara y desvistiéndolos para la noche. «Una leprosería en medio de un desierto blanco», concluye. A su alrededor, se alza el inmaculado macizo del Tian Shan, donde están solos y abandonados. Ignoran que en Alma Ata, la capital de Kazajistán, los titulares de los periódicos proclaman «Al rescate del equipo de Abalákov».

El 11 de septiembre, por fin hace un tiempo suave en el glaciar, que refleja los rayos de sol. Llevan tres días intentando sobrevivir, pero todavía tendrán que andar varias semanas para que los atienda un médico. Deciden que, al día siguiente, Vitali, que es el más dotado después de Yevgueni, tome la delantera para avisar a la caravana, que los aguarda en un trozo de hierba entre peñascos y seracs. Los demás cargarán todo el material encima de unos esquíes improvisados, con el objetivo de alcanzar una de las grandes morrenas que surcan el Inylchek. Al amanecer, pues, Vitali emprende el camino solo, cojeando del pie izquierdo, ennegrecido e hinchado. Aunque apenas puede apoyar el talón, debe recorrer como sea veinte arduos kilómetros de glaciar. Avanza como un autómata. «Me seguía la sombra de un ave rapaz», escribirá más tarde. Sus carnes necróticas apestan a muerte. Esta observación también es suya. La nieve otoñal ya cubre las grietas. Vitali teme precipitarse por las entrañas azuladas, sin testimonios, sin oración fúnebre. Y precisamente eso le sucede. Haciendo acopio de fuerzas, logra salir, casi inconsciente, y entonces descubre unas huellas recientes de cascos de caballos. ¡La caravana anda en su búsqueda!

Con todo lo ocurrido, bastaría y sobraría para considerarlo una buena aventura, pero el calvario de la expedición Abalákov no termina ahí, ni siquiera a caballo. Gutman enseguida se cae de la silla de montar. Vitali no puede ni apoyarse en los estribos, ni sujetar las riendas. Sufre gravísimos sabañones en todas las extremidades. Dadiomov también tiene un equilibrio de lo más precario. El único que puede caminar es Yevgueni, la mayor parte del tiempo junto al caballo de Lorenz Saladin. Este, que hasta entonces parecía bastante lozano, empieza a empeorar manifiestamente, hasta tal punto que deben hacer pausas. Está demacrado, se ha quedado en los huesos, tiene la mirada febril. El día 15, hasta tienen que dejarlo atrás, acompañado por Yevgueni. Los dos acampan a la intemperie en la ribera derecha del glaciar, mientras los demás continúan avanzando en busca de pastos, que tanta falta les hacen. Esa misma noche, Yevgueni corta el talón ennegrecido del suizo con la lama de un cuchillo, pero llega a la conclusión de que no se le ha necrosado. Durante toda la noche, vela por él. Saladin no deja de delirar; no se sabe en qué lengua, de hecho. Dadiomov acostumbra a ser su intérprete, pero se ha marchado con la caravana. La inquietud de Yevgueni se palpa en sus cuadernos.

Por la mañana, Yevgueni instala a Lorenz Saladin en una silla de montar provista de unos palos para que no se caiga. Los dos logran dejar atrás el infierno de los glaciares y alcanzar la caravana. Pero precisamente cuando aparecen las primeras plantas, tan escasas, y la expedición llega a una altura propicia para la vida, todo se precipita: de repente, Saladin se cae del caballo. Yevgueni va corriendo al auxilio de su amigo, que yace inerte y pálido. Tal vez se haya golpeado la cabeza con una roca. Intentan reanimarlo, en vano. Vitali teme que, al haberle masajeado los sabañones con esencia, se le haya infectado la sangre. En cualquier caso, el comunista helvético se muere allí, en el corazón del Tian Shan, muy lejos de sus Alpes natales, mientras Vitali, consumido, se pregunta si él o Dadiomov lo seguirán a la tumba. Los dedos le apestan a carroña.

Lorenz Saladin no aguanta hasta la llegada de la brigada de

socorro, que aparece ese mismo día, para gran consuelo de los náufragos. En su interior se entremezcla el duelo y el alivio. Los jinetes que van a su encuentro son guardas fronterizos, encabezados por Mijaíl Pogrebetski, que fue el primero en ascender al Khan Tengri, en 1931. El círculo alpinista soviético es tan reducido como inmenso es su territorio.

Cargan el cadáver de Lorenz Saladin en un caballo y lo escoltan hasta el anochecer, como si viajara en una carroza fúnebre. Yevgueni apenas da indicaciones de dónde está enterrado, solo dice que se encuentra en un enorme peñasco «bajo un acantilado de mármol, en el cruce de dos torrentes», a cuyo pie excava una pequeña fosa. La estela improvisada es demasiado dura como para grabar un epitafio, así que escribe en un papel, a lápiz: «Saladin Lorenz, 17/09/1936». No tiene ocasión de llorar a su amigo, con quien soñaba coronar cimas todavía más altas, alcanzar algún día el K2 y plantar el estandarte rojo del comunismo en las cumbres del Himalaya. No tiene tiempo, debe marcharse cuanto antes, debe salvar a los supervivientes, ocuparse de los vivos: Gutman, Dadiomov y Vitali. Los dos últimos están a cuarenta de fiebre y les han salido unas rojeces en los tobillos.

Al cabo de dos días, en un valle reverdecido, una avioneta consigue aterrizar. Vitali se tumba en la hierba abundante, bebe *kumys* hasta la saciedad y cierra los ojos, tratando de olvidar la pesadilla que acaba de vivir. Apenas oye retazos de la conversación que tiene lugar en medio del ajetreo: «Los dos de golpe… hospital… urgencia…». La avioneta es un biplano sanitario del Ejército Rojo. Solo dispone de dos asientos. Los guardas fronterizos acomodan a Vitali en la parte trasera. A Dadiomov lo atan a una camilla, debajo del fuselaje, donde pasa más frío que en la cima del Khan Tengri, según cuenta luego. La hélice empieza a zumbar y el aparato se eleva por encima del prado. ¡Por fin ha terminado el suplicio! Entonces se oye un crujido y el aparato aterriza bruscamente sobre un ala, al borde de un despeñadero. Se ha roto una pieza. La avioneta ya no puede volar. Vitali vuelve a montar a caballo, abrumado y abatido, en dirección a Karakol. Dadiomov sí que despegará al día siguiente, gracias a algún prodigio de la

mecánica soviética.

Acto seguido, tiene lugar el traslado a Moscú, donde Valentina no se aparta de la cabecera del padre de su hijo, y la operación. Durante el resto de su vida, Vitali lamentará ese ascenso desgraciado. Le amputan cuatro falanges en la mano derecha, tres en la izquierda y un tercio del pie izquierdo. Por su parte, Dadiomov pierde veinte falanges. Nunca jamás podrán volver a practicar el alpinismo. Vitali apenas tiene treinta y un años cuando le conceden un carnet de inválido de primer grado, el máximo. A propósito de la expedición, repetirá incansablemente que fue completamente improvisada, que estaban cegados por una inconsciencia conquistadora. Siempre le reprochará a su hermano su afán de protagonizar hazañas. Para colmo, una vez en Karakol, Yevgueni no fue a visitarlo al hospital. Al parecer, prefirió gastarse el sueldo de la expedición en algún lugar del Kirguistán en compañía de Gutman, que estaba convaleciente. Estoy citando uno de los escasísimos relatos de Vitali, redactado más de cincuenta años después.

La buena relación entre los hermanos Abalákov terminó aquel año, mientras uno se observaba los muñones, sombrío, y el otro recibía alegremente el primer premio de la exposición jubilar de las juventudes leninistas por su escultura *El alpinista*. En 1936, Yevgueni ingresa en la prestigiosa Unión de Artistas Soviéticos; entretanto, la cotidianidad de su hermano acaba de dar un vuelco, convirtiéndose en un pulso con la existencia.

Parte II
LA ORGANIZACIÓN DE ALPINISTAS CONTRARREVOLUCIONARIOS

¡Feliz 1937!

La Nochevieja de 1936 reúne a una alegre pandilla en casa de un tal Vasiliev, en Paramonovo, un pueblo al norte de Moscú. La nieve cruje bajo las botas de los invitados. Las exclamaciones resuenan en el aire seco y frío. Las dos parejas Abalákov están presentes. La conversación gira en torno a la montaña, por supuesto. Yevgueni habla con el anfitrión —que también es artista y alpinista— de su proyecto de atravesar el Ushba. La vida continúa. La vida es bella. Los hermanos Abalákov se han granjeado aprecio y respeto a partes iguales. Acaban de proclamarlos «maestros eméritos del deporte» de la URSS, que avanza a toda velocidad, como una locomotora. Nadie se imagina que el futuro pueda ser distinto a como lo pinta el segundo plan quinquenal. La brutalidad y las tentativas solo son un mal necesario, una etapa antes de alcanzar la fase superior del comunismo que había profetizado Marx. Basta con no perder la fe.

Vitali celebra con Dadiomov que le han dado el alta en el hospital. También participa una tal Irina Korzun, que durante el otoño ha ido a visitarlos a la clínica Botkin. Al igual que Valentina, es una de esas mujeres intrépidas que pretenden lograr la igualdad en una sociedad que ha renunciado a las antiguas servidumbres. Se está preparando para subir los 7.105 metros de altura del pico Korzhenevskaya, justo enfrente del pico Stalin, con el fin de celebrar como es debido el veinte aniversario de la revolución. ¡Veinte años desde que la Revolución de Octubre propulsó a Eurasia entera hacia horizontes radiantes! También cabe mencionar a su hermano, Oleg Korzun, quien, muy a su pesar, desempeñará un papel crucial en el caso que se está gestando. Tal vez ande descorchando una de las botellas que han conseguido. Tal vez propicie futuras hazañas. Tal vez ya sueñe con las estrellas.

Se acerca la medianoche. Los bolcheviques han erigido el 31 de diciembre como una grandísima fiesta, borrando la Navidad ortodoxa, al igual que Lenin ha sustituido a las cruces en las cumbres. Las agujas del reloj de la torre del Kremlin se alinean mientras el carrillón toca «La Internacional». Beben champán de Crimea. Se desean un feliz año.

Desde la perspectiva del siglo XXI, resulta irónico que se deseen «feliz año» en la Unión Soviética, en los albores de 1937. Ellos todavía lo ignoran por completo. Desde luego, ha habido algunos indicios, algunas detenciones en los círculos del poder, juicios a trotskistas y escritores subversivos. Pero ¿cómo van a imaginarse que la represión y la masacre afectarán a su grupo de alpinistas y de excursionistas? Entonces Oleg Korzun llena todas las copas y brinda por su juventud, por su embriaguez, por sus conquistas, por Stalin, tal vez. Todos gritan «¡Viva! ¡Viva!», en medio de la noche gélida. Ignoran por completo que tendrán que rememorar esa fiesta de Nochevieja, hasta el menor detalle, bajo tortura de unos agentes del NKVD. Una resaca horrorosa.

Antes del infierno de las purgas, aún hay una primavera, como una prórroga. A Moscú llega un suizo, Petrus Saladin, hermano del difunto Lorenz Saladin, así como una compatriota suya que se ha vuelto célebre. Se trata de Annemarie Schwarzenbach, compañera de viaje de Ella Maillart, compañera de muchas mujeres; una chica con el pelo corto, atormentada por el mundo que recorre. ¿Qué busca Annemarie Schwarzenbach en la URSS en 1937, acompañada por un miembro de la familia Saladin? Desea recuperar la película, las notas y los mil doscientos negativos de la expedición del Khan Tengri. Así es como esos preciosos testimonios han llegado hasta nuestros días, entregados por Vitali Abalákov y Georgi Kharlampiev, que fue quien introdujo a Lorenz Saladin en el círculo de los alpinistas soviéticos. De hecho, le regalan un hornillo de gasolina helvético como muestra de agradecimiento. Después, Annemarie Schwarzenbach y Petrus Saladin regresan a Europa, donde el fascismo campa a sus anchas, y la primera escribirá *Ein Leben für die Berge* (Una vida para las montañas),[1]una biografía de Lorenz Saladin, al que retrata como la

antítesis del héroe ario. Un montañero modesto, en las antípodas de los que alaba la propaganda nazi.

Yevgueni no llega a conocer a Annemarie Schwarzenbach. Supongo que ya se encuentra en el Cáucaso, donde dirige la escuela de instructores de Adyl-Su, a los pies del Elbrús, hasta mediados de julio. A continuación, emprende la primera travesía soviética del Ushba, la montaña con la que soñaba en Nochevieja, junto con su anfitrión. En todas las paradas, se hinchan a *ayran*, una bebida elaborada con leche fermentada, y Yevgueni, fanfarrón, confiesa en su cuaderno: «Hemos vuelto a cargar con las mochilas. Nos han parecido pesadas, aunque solo eran dieciocho kilos». Los dos acólitos coronan sin dificultad las dos cimas del Ushba. Con el paso del tiempo, los soviéticos se han aficionado a esas rutas por las alturas en las que las cordadas se alargan durante días, por espolones, crestas y cornisas. Un viaje por el cielo, de pico en pico, que mezcla técnica, resistencia y altura. Auténticas montañas rusas. No en vano, Yevgueni está en el apogeo de su arte y de su vigor.

En el Ushba, además de Vasiliev, también están Peter Saritschnjak, un alpinista austrohúngaro, y Hugo Sell, un militante suizo de la Internacional Comunista que, ante la cordillera del Cáucaso, exclama «Berg heil!», cosa que a Yevgueni le parece muy divertida, tal y como apunta en su cuaderno, pero justo entonces oyen voces. ¡Son sus amigos Slutskin y Iukhin! ¡Y Nelly Kazakova, otra pionera de la escalada! En la mochila lleva un vestido para que la retraten a 4.710 metros de altitud, una muestra de la incorregible coquetería de las mujeres rusas, incluso en las cumbres más altas. Abrazos, amistad y plenitud en las afiladas aristas caucásicas. Los veranos se convierten en una verdadera celebración de la montaña y de la camaradería. Todos esos moscovitas, cuyos nombres cito a propósito porque así luego podré tacharlos mejor de la lista, se encuentran durante los ascensos y en los campamentos base. Su existencia los entusiasma. ¡La de itinerarios que han abierto! ¡Cuántos descubrimientos al servicio del pueblo!

Uno de esos días, mientras ellos se ríen a carcajadas bajo la

inmensidad del cielo, en Moscú fusilan al mariscal Mijaíl Tujachevski, gloria incontestable de la guerra civil. La mayoría de sus homólogos del Ejército Rojo sufren el mismo destino. Los líderes de la Revolución de Octubre —cuyo vigésimo aniversario se dispone a celebrar la URSS— ya no tienen cabida. En su lugar, Stalin quiere a jóvenes sin cabeza, sin ideas propias, de un servilismo ciego. O tal vez pretenda deshacerse de los culpables de las hambrunas en el campo y de los desafíos quiméricos de la industria. La cotidianidad de las masas no es tan exaltadora como la de los hermanos Abalákov: no exploran el mundo, sino que labran los campos o se desloman en las fábricas, sufriendo grandes penurias. Para muchos rusos, lo único que cambió en 1918 fueron los señores y el yugo. De ahí que hagan falta traidores, en todas las esferas de la sociedad. Deben desenmascarar a los contrarrevolucionarios en todos los pueblos, en todos los koljós, en todas las fábricas, en todos los despachos. Por culpa suya, la máquina de construir el paraíso terrenal se ha bloqueado. Esos enemigos del pueblo están postergando un futuro radiante. En unos juicios públicos, los acusan de los fracasos de la colectivización. Ese verano de 1937, en los arcanos de poder, Nikolái Yezhov, el comisario del pueblo de Interior, establece unas cuotas de detenciones para los meses venideros. Así empieza la época conocida como Gran Terror o Gran Purga. Solo en Moscú, el documento establece que, de entrada, hay que fusilar a cinco mil ciudadanos y deportar a otros treinta mil al gulag.

Yevgueni planea a 4.710 metros por encima de ese baño de sangre. Cuando vuelve a bajar, él y sus camaradas se cruzan con unos *tourists*, unos senderistas exaltados. «¡Dicen que el famoso Yevgueni Abalákov anda por el valle! ¿Alguien lo ha visto?» Allí está, ante ellos, con su cara eslava, su estatura normal y corriente y su piel morena. Sin embargo, sus admiradores se imaginan un icono como el que vende la propaganda, un muchacho anguloso y musculado, a imagen y semejanza de las estatuas que se multiplican por las plazas de las ciudades cuyo nombre termina en «grad». Desde luego, corren tiempos extraños, en que el candor de los jóvenes leninistas convive con la crueldad de las purgas.

De regreso al campamento, los llevan en triunfo por su primera travesía del Ushba. Así reciben a los vencedores. A continuación, Yevgueni participa en unas operaciones de socorro, antes de emprender otro ascenso acrobático. En especial, dirige una cordada hasta los 4.310 metros de la principal cima del Shkhelda, donde encuentra una vieja clavija alemana: cosa del pasado. Por fortuna, de un tiempo a esta parte, los alpinistas rusos son dueños y señores en su país. Como buenos patriotas, han «limpiado las cumbres», sustituyendo cualquier rastro de ascensos extranjeros por pruebas de su presencia soviética. ¡Cuantísima libertad poseen en esas agotadoras misiones, que a veces pueden durar hasta veinte horas! Yevgueni se escapa del mundo por la vertical. ¡Y de qué mundo! En el apogeo de la dictadura, me pregunto si pensaba en obedecer a Stalin hasta las cumbres o en librarse de él.

Vitali también viaja al Cáucaso ese verano. Releva a su hermano como director de la escuela de instructores de Adyl-Su. A causa de su discapacidad, no ha podido retomar su trabajo como oficinista. Ahora se dedica a la ingeniería alpina y a inventarse prótesis. De hecho, solo sueña con volver a escalar. Según la historia oficial, hasta hacía ejercicios de gimnasia en la cama de la clínica Botkin. Pero los cronistas soviéticos lo escriben *a posteriori*, conociendo su destino. Creo que, en 1937, Vitali pasa muchas noches en blanco, cavilando. Él mismo escribirá sobre su largo proceso de rehabilitación, practicando natación, esquí y remo, y reconocerá que las cumbres vírgenes del Cáucaso, del Pamir, del Tian Shan e incluso los 8.000 metros del Himalaya[2] se le antojan inabordables.

Desde lo ocurrido en el Khan Tengri, Vitali ha convertido la seguridad en la montaña en su dogma, y la formación, en su regla inquebrantable. En la escuela de instructores, goza de plena libertad para enseñar su rigurosa concepción del alpinismo. Tiene como asistente a Mijaíl Dadiomov, que tampoco puede abandonar el campamento a causa de sus heridas, pero se alegra de encontrarse de nuevo en ese macizo donde tan a gusto se siente.

Además, ese año, tal y como se mencionará en su futuro juicio, no tienen que aguantar a ningún «auxiliar político»: desde Moscú no les han enviado a ningún comisario. El propio Vitali se encarga de redactar los informes relativos al «trabajo ideológico». En cierto modo, es el sueño de cualquier soviético.

Vitali supervisa las «alpiniadas» de los soldados que suben a cimas cercanas, muy fáciles, en grupos de diez o de cien. Las llamadas «alpiniadas» son la antítesis del alpinismo occidental, que se practica en soledad. Las «alpiniadas» propulsan a las cimas del Cáucaso hasta dos mil personas a la vez, incluidos civiles. «Alpiniada» de los sindicatos, «alpiniada» de los tractoristas, «alpiniada» de los conductores de segadoras-trilladoras. ¡«Alpiniada» de los koljosianos, de los ferroviarios o de la división kazaja! Una «alpiniada» tiene una gran carga simbólica: se trata de elevar a las masas, tanto en un sentido literal como metafórico.

No obstante, la URSS oculta una impostura. El 28 de julio, unos agentes del NKVD de Kabardino-Balkaria se presentan en el campamento de Adyl-Su. Supongo que se identifican ante Vitali. También le muestran una orden de detención, en la que no figura su nombre, sino una lista de trece guías instructores que trabajan con él. Comunistas extranjeros, sobre todo, dado que resulta más verosímil acusar de espías a los refugiados políticos.

Entre los detenidos de ese día, hay varios austríacos de la Republikanischer Schutzbund, es decir, la Liga de Defensa Republicana. Entre ellos, Sauberer, un emigrante político de Viena, que había participado en el primer ascenso al Khan Tengri en 1931, o Hugo Sell y Peter Saritschjak, que acaban de atravesar el Ushba con Yevgueni. ¿Acaso este, entre ascenso y ascenso, presencia la desaparición para siempre de sus compañeros de cordada? Cito sus nombres en recuerdo de su existencia, que llega a su fin. Vitali observa con impotencia cómo se llevan a la cárcel de Naltchik a esos hombres que tanto aprecia. Los hermanos Abalákov son perfectamente conscientes de que la joven escuela alpinista soviética está en deuda con esos camaradas de la Internacional Comunista.

No me puedo creer que la pesadumbre no se abata sobre el

valle, que el cielo no se encapote, que se rían durante la cena. La altura solo es una escapada. La realidad estalinista los aguarda implacablemente abajo. Entretanto, en Moscú, la mujer y la cuñada de Yevgueni viven una auténtica pesadilla. Los poetas rusos han caído en desgracia. La noche del 31 de julio, en su dacha, Serguéi Klitchkov, el cuñado de Anna, también es detenido por el NKVD. Se suma a los miles de ciudadanos que se pudren en la cárcel, antes de que los fusilen en octubre.

Las mismas revistas que alababan las proezas de los escaladores ahora publican artículos calumniándolos. ¿Cómo pueden aceptar la culpabilidad de sus propios parientes o camaradas? ¿Cómo pueden sospechar de aquellos con quienes se encordaban, en la vida y en la muerte? Sin embargo, deben continuar como si nada. En otoño, los alpinistas siguen reuniéndose en el taller de Yevgueni, que se encuentra en un monasterio desacralizado. O también en casa de Mijaíl Dadiomov, en la calle Neglínnaia, muy lujosa en la actualidad. Pero, en la época, supongo que allí también campaba la miseria. Al cabo de poco, Vitali y Yevgueni se enteran de que su tío, que de niños los acogió y los crio, acaba de ser detenido por segunda vez. Ejercía de contable raso en la fábrica de cristal y porcelana de Krasnoyarsk. Esta vez no lo indultan: lo fusilan en octubre, también, como se sabe hoy, porque en la época no se informaba a los allegados. Los dejaban sin noticias, consumidos por las suposiciones y la esperanza. Sin duda alguna, los hermanos Abalákov tuvieron noticia de que había sido ejecutado con un inmenso retraso.

¿Qué susurran Anna y Yevgueni por la noche, en la intimidad de su hogar, o en la estación de metro de Petrovski Park? ¿Acaso la estrella del pico Stalin se siente protegido por su fama? A pocos kilómetros de distancia, ¿qué cuchichean Vitali y Valentina, mientras su hijo Oleg, de tres años, duerme a pierna suelta? ¿Musitan «No debemos temer nada, porque no tenemos nada que reprocharnos», como tantos otros? El NKVD descubre complots por todas partes, entre los marinos, los mineros, los académicos, los meteorólogos o los atletas, por poner algunos ejemplos. ¿Acaso es posible? ¿Son los ciudadanos quienes traicionan al comunismo o

viceversa? Los hermanos Abalákov no se las dan de rebeldes. Se adaptan a un sistema en el que ocupan un lugar de honor, que los considera comparables a Iván Papanin, que navegó en una placa de hielo a la deriva por el Ártico, o al aviador Valeri Chkálov, al que el Partido pone por las nubes. Sin embargo, en la década de 1930, todos los caminos llevan al gulag, incluidos los de las cumbres.

En un congreso, Stalin declaró que «el hombre es el capital más precioso», pero todas las noches ordena matar a gente. El Gran Terror descubre «saboteadores» tanto en fábricas de armamento como en guarderías infantiles. Al anochecer, unos vehículos que aparentan repartir pan saquean Moscú. Unos furgones abarrotados escoltan hasta Lubianka a nuevos acusados. Pensándolo bien, aunque cuesta comprender su lógica, no había ninguna razón para que los alpinistas se escaparan de esa represión generalizada, de esa automutilación de la URSS, que elimina a sus mejores elementos, reprochándoles que quieren destruirla. ¿Cómo habría sido la URSS si hubiera permitido que toda esa gente construyera de verdad el socialismo?

Tras la redada del verano en el Cáucaso, les llega el turno a los bolcheviques que regresaron de Suiza después que Lenin, empezando por un tal Vitali Semenovski, quien, durante su exilio en los Alpes, se ganaba la vida como guía. A continuación, hizo carrera en el gobierno revolucionario y puso las primeras piedras del alpinismo soviético, sumándose de vez en cuando a cordadas alemanas, que acudían al Cáucaso por invitación suya durante la década de 1920. O Willi Merkl, que más tarde encontrará la muerte en el Nanga Parbat, para la gloria nazi y la propaganda del Tercer Reich.[3]

El NKVD no tarda en hallar agravios: la amistad con el extranjero. La noche del 6 al 7 de noviembre de 1937, detienen a Semenovski. En su casa, confiscan unas máquinas de escribir con el teclado en alfabeto latino, una prueba irrefutable, al parecer, de su traición. La seguridad del Estado se inventa un asombroso expediente del que enseguida empieza a tirar de todos los hilos, con el título «La Organización Contrarrevolucionaria Facha-Terrorista de Alpinistas y Senderistas». Una organización creada

por la Alemania de Hitler, según el NKVD, con el objetivo de «facilitar la intervención de los países fascistas en la URSS».

Supuestamente, Vitali Semenovski es la figura más destacada de esa organización. Intentó asesinar a miembros del gobierno que se disponían a pasar una temporada en el Cáucaso. Ese año, han muerto o han resultado heridas en la montaña diecisiete personas, hecho que le imputan a él. Todo es falso, por supuesto. En la penumbra de su celda, en la cárcel de Taganka, tiene todo el tiempo del mundo para recordar el verano de 1937, que apenas ha terminado, el calor de Asia Central y las acampadas a la intemperie por encima de un mar de nubes. De hecho, acaba de regresar del pico Lenin, del segundo ascenso soviético, tras el del otro Vitali, Abalákov, en 1934. Él no ha llegado a la cima, a diferencia de un médico llamado Rozenczveig, también encarcelado, pero que antes había contado a la revista ilustrada sus aventuras En la tierra como en el mar: «En la cumbre, a 7.127 metros, a las seis de la tarde, descubrimos el busto de Vladímir Ilich Lenin envuelto con un pañuelo rojo. Junto a él, depositamos un ejemplar de la Constitución de Stalin. El equipo canta "La Internacional". Gritamos "¡Hurra!" al unísono, en honor de nuestra gloriosa tierra natal, en homenaje a los jefes del Partido y del gobierno, en honor del gran Stalin». ¡Ay!

Al comisario del pueblo de Justicia, Nikolái Krylenko, le toca ser expulsado del Partido y, en enero de 1938, detenido por orden de Yezhov, al parecer. Durante una reunión del Sóviet Supremo, lo denuncian públicamente por «preocuparse demasiado por los torneos de ajedrez». Era su segunda pasión, juntamente con el alpinismo, y la URSS le debe incluso un plan quinquenal dedicado a los alfiles, a las torres y a los peones. En Lubianka, en la sede del KGB, le reprochan lo mismo pero referido al Pamir. Había dedicado todo su tiempo al alpinismo, «mientras otros trabajaban», por no hablar de supuestas conspiraciones con Bujarin y otros desviacionistas de derechas.

A continuación, el NKVD se abalanza sobre los escaladores normales y corrientes. Detiene a numerosos antiguos miembros de la Sociedad de Turismo Proletario, desde el comité de dirección

hasta el más modesto responsable provincial. Todos ellos son acusados de espionaje a las órdenes de los supuestos cerebros de la Organización Contrarrevolucionaria Facha-Terrorista de Alpinistas y Senderistas. Si el ciudadano en cuestión es originario de Letonia o de Ucrania, también lo acusan de nacionalismo. Acto seguido, llega la deportación o la muerte. Nada puede salvar a los alpinistas, ni siquiera sus hazañas.

El venerable Antón Nabokov, un cosaco de ochenta y cuatro años que había guiado a todos los exploradores del Tian Shan, tanto bajo los zares como bajo los sóviets, es detenido junto con cuatro de sus hijos y ejecutado en el Kirguistán. Cabe citar también a Alexandre Guettier, miembro de la expedición al pico Stalin. Su biografía —partidario del zar arrepentido, con un apellido de origen francés— resultaba imperdonable: es fusilado en enero de 1938. A continuación, una retahíla de nombres más o menos públicos. Los cronistas soviéticos omiten sabiamente estos horrores. Prefieren describir con todo lujo de detalles los ascensos heroicos, el desarrollo de los campos de entrenamiento, la curva exponencial de los practicantes... Si yo también me hubiera limitado a eso, nunca habría empezado a escribir. Si me zambullí en la epopeya de los Abalákov, es porque supera con creces sus hazañas. Porque descubrí el nombre de los alpinistas más brillantes de su época donde jamás me hubiera imaginado encontrármelos. Porque lo que más estragos causó entre ellos no fueron ni los edemas de altitud, ni las caídas de seracs o los rayos en afiladas aristas de rocas. No, fue una calamidad que, aparentemente, no tenía nada que ver con la montaña: las purgas estalinistas.

Ojalá se hubieran caído por una pared inmaculada como un sudario, en lugar de acabar reventando allí, en los sótanos manchados de sangre del Terror.

Un hermano entre los detenidos

La noche del 4 de febrero de 1938, Vitali Abalákov está en su casa, situada en el número 6 de la calle Progranníchnaia, en Perlovka. Vive al norte de la capital, en un piso de tres habitaciones, con Valentina y su hijo Oleg, de corta edad. Todo eso se menciona al detalle en el informe de los agentes que van a buscarlo. La orden del NKVD de Moscú es la número 2306. Se conserva entre las primeras páginas del expediente II-81-55. Me he instalado en una mesilla de los archivos nacionales. Llevo semanas esperando la autorización para consultarlo. ¿Qué pretendo encontrar, en realidad? Sé perfectamente cómo acaba la detención, qué suerte corren sus camaradas. Sin embargo, en esa clase de historias, se apodera de mí un afán de conocer la verdad, aunque en la época no le importara a nadie. ¿Quién lo ha traicionado? ¿Por qué a él? ¿De qué lo acusan? ¿En qué descabellada conspiración anda enredado?

A mi alrededor, se alzan paredes recubiertas de expedientes en los que figura «Consérvese eternamente». Hojeo los documentos ligeramente amarillentos. Lo primero que me llama la atención es una falta recurrente: en las primeras páginas, el apellido de Vitali aparece como «Abolakov». Supongo que se trata de un descuido de los servicios de inteligencia, cuyos agentes tenían pocas luces. Leo una escena que se repite miles de veces en la literatura del gulag: unos esbirros del NKVD aporrean la puerta a altas horas de la noche. ¿Vitali Mijáilovich Abalákov? ¿Tiene usted armas? Se trata de una simple pregunta rutinaria, seguida de un registro en toda regla, cuyos resultados consignan en un formulario. Los agentes confiscan nueve cuadernos de notas, una lista de frecuencias de radio, mapas topográficos y veinte cajas con negativos, «destruidos una vez en la calle», como se lamentará Vitali durante el juicio. Sin

duda alguna, fotografías de sus expediciones, pienso apesadumbrado.

La furgoneta camuflada se aleja en la oscuridad. Valentina se queda sola, aterrada, sintiéndose prácticamente como una viuda. Ella tampoco dejó ningún relato de su propia vida, pero me imagino —por absurdo que parezca— que su hijo rompe a llorar en plena noche. Los vecinos se encogen en la cama. Al parecer, Valentina era una comunista convencida. Creía en el menudo padre de los pueblos, en la vigilancia bolchevique. Hasta entonces, consideraba que los rumores sobre el Terror por parte del Estado eran una patraña inventada por los contrarrevolucionarios, infiltrados en todas partes. Supongo que, durante esa noche, del 4 al 5 de febrero de 1938, una retahíla de preguntas acaba con todas sus certezas.

No sabe (¿acaso lo sabrá alguna vez?) que, dos días antes, el detenido Oleg Korzun sirve en bandeja el nombre de su marido a los comisarios. Korzun, el amigo que descorchaba alegremente el champán en la fiesta de Nochevieja. Lo detuvieron en noviembre y enseguida desistió ante las amenazas del NKVD. Lo obligaron a firmar una confesión con cargos. En ella, acusaba a Vitali Abalákov de haber puesto trabas al alpinismo de masas, deseoso de reservar su práctica a unos pocos elegidos. Pero, para que resulte más concreto, el NKVD lo acusa de un intento de atentado en la Plaza Roja durante el desfile del vigésimo aniversario de la Revolución de Octubre, hecho que justifica plenamente la eliminación de los terroristas de la Organización de Alpinistas Contrarrevolucionarios. En sus atormentadas declaraciones, Korzun lo «confiesa» todo: tenía la intención de ametrallar la tribuna oficial, tal y como había planificado bajo las órdenes de Vitali Abalákov. El NKVD no se conforma con haber abortado el ataque, sino que obliga a Oleg Korzun a firmar de su puño y letra: «Según mis propias palabras, leído y aprobado». Ya solo queda hacer la foto de cara y de perfil

en blanco y negro, en la que parece asustado, como tantos otros presos, así como la lista de personas a quienes ha aceptado traicionar: Vitali Abalákov, pero también Georgi Kharlampiev, Mijaíl Dadiomov, Vasiliev, un tal Rozhdéstvenski e incluso Yevgueni Abalákov.

Valentina tampoco sabe que un tal Rusanovitch, presa de la desesperación en la cárcel, también acusa a Vitali de haberlo reclutado para la Organización el verano anterior, en el campamento de Adyl-Su, con el propósito de que echara una mano en el atentado de la Plaza Roja. Supongo que le prometen ser clementes a cambio de la revelación, solo deportándolo. Vende el alma para salvar transitoriamente el cuerpo. Valentina no lo sabe. Narro los acontecimientos de manera omnisciente, pero estoy convencido de que, a la mañana siguiente, acude a la oficina de las familias, frente a Lubianka, donde una muchedumbre —madres y esposas, o a veces maridos— mendiga información. Sus maridos, sus hijos o sus hijas se consumen allí mismo, al otro lado de la plaza, en una fortaleza estalinista con las ventanas cegadas con chapa, presidida por una bandera roja gigantesca, iluminada de noche por los proyectores.

Examinando las fechas de las declaraciones de Vitali, descubro que en Lubianka sufre el infierno de los interrogatorios en cadena. «A partir del 5 de febrero de 1938, me interrogaron sin cesar durante diez días», explica en su juicio. Esa clase de escenas son de sobras conocidas. Los supervivientes del gulag las han evocado con suma fidelidad y elocuencia. Una de las paredes está decorada con un retrato de Stalin. Tal vez también haya uno de Nikolái Yezhov, el comisario del pueblo de Interior. Los agentes a cargo de la instrucción fuman plácidamente. Se llaman Bereskin y Rabkin, según el expediente de Vitali. Mientras van hojeando un enorme montón de hojas, uno de ellos empieza el interrogatorio, muy cortés:

—La investigación ha permitido identificarlo como un miembro activo de la Organización. ¿Contribuirá usted a la investigación con confesiones verdaderas respecto a la actividad de la Organización y a su propia actividad?

Al principio, todos los presos protestan de corazón, sedientos de justicia. Vitali Abalákov no es ninguna excepción. Aprieta los labios. Frunce el ceño. Protesta con vehemencia, jura su fidelidad al Partido y a la construcción del comunismo, hasta que acaba enmudeciendo. Acto seguido, cierra los ojos, con la esperanza de que los párpados le atenúen la luz de una lámpara eléctrica. El comisario a cargo de la instrucción esboza un gesto de hombre engañado, apaga el cigarrillo y clava la mirada en los ojos cerrados del acusado.

—¿Por qué lo oculta? ¡Sabemos que usted espió y reclutó a gente con el objetivo de perjudicar la revolución!

Las réplicas apenas están transcritas, es verdad. Me limito a traducir literalmente extractos del proceso verbal, cuyo estilo es tan plano que incluso a un actor de talento le costaría recitarlo. De hecho, se las inventaron. El caso es que, a partir del 5 de febrero, la instrucción se convierte en puro maltrato. Encierran a Vitali en una celda aislada. Sufre amenazas y humillaciones, como denunciará en su juicio. Según otras víctimas de las purgas, los molían a porrazos, les pegaban con todas sus fuerzas. Los agentes se ensañaban apuntando a los cardenales que se les iban formando. Al parecer, a Vitali le golpearon sádicamente en los muñones de las manos y los pies, que le habían amputado a su regreso del Khan Tengri.

Le enseñan falsas declaraciones a mansalva. Varios alpinistas de segunda (Ivanov, Shianov, Nefedov, Kastevitch, Radel, Rojdenstvenski, Levinson, etc., que en paz descansen) lo acusan de arribismo, de haberse admirado ante los éxitos del alpinismo burgués, de no haberse encargado de fomentar la «conciencia política» en el campamento de Adyl-Su, o de haberse rodeado de colaboradores austríacos, o incluso de haber elegido material extranjero. La muerte accidental de una mujer embarazada, ocurrida el verano anterior, también la interpretan como una

forma de sabotaje a la juventud laboriosa. ¿Y Vitali se empeña en negar semejantes pruebas? Pues le rompen los dientes. O le dan una paliza hasta que pierde el conocimiento.

En pocas horas, Vitali Abalákov, el siberiano que había regresado de las mayores altitudes y de las temperaturas más extremas del mundo, no es más que la sombra de sí mismo. Ya solo puede aceptar el bolígrafo que le tienden y redactar la declaración manuscrita que tengo ante mí. Docenas de páginas repletas de confesiones falsas, llenas de tachaduras, que parecen escritas al dictado por un colegial. Me ha costado horrores descifrar sus cursivas precipitadas y sus notas incomprensibles, dispersas en el reverso de las hojas.

En la página 23, vuelve a la expedición militar al pico Trapecio, a finales del verano de 1935. «Guie al enemigo por zonas fronterizas», confiesa Vitali a propósito de Lorenz Saladin, que lo acompañaba. Este último pudo observar las maniobras tácticas del Ejército Rojo y fotografiarlo en plenos ejercicios, además de las ciudades prohibidas de Asia Central. De hecho, fue ese espía helvético, supuestamente comunista, quien lo reclutó en la Organización. «Le trasmití información sobre los yacimientos de estaño», concluye.

Entonces, uno de los comisarios llama a un guardia. Vitali Abalákov se levanta con dificultad. O tal vez lo han obligado a permanecer de pie durante horas. Medio inconsciente, se adentra en un laberinto de pasillos repletos de mirillas detrás de las cuales yacen centenares de ciudadanos detenidos. En Lubianka, última parada de un sinfín de destinos que se ignoran los unos a los otros, nadie se cruza jamás con nadie. Las cerraduras chirrían. Empujan a Vitali hacia el interior. La sala está abarrotada por docenas de siluetas harapientas, hacinadas bajo una luz pálida. El aire está muy enrarecido. Vitali avanza a gatas hacia una esquina que le dejan en una tabla. ¡Qué amarga ironía del destino! Pocos hombres tan amantes del aire libre como él...

Vitali nunca llega a contarlo, pero todos los supervivientes han descrito el mismo infierno. El sueño interrumpido y, al oír que te llaman, el mismo laberinto de corredores, algunos

embaldosados, otros recubiertos de alfombras turcas; el guardia que reprende a los detenidos con sus *«Davái!»*;[1]en los huecos de las escaleras hay mallas, para que los detenidos no se suiciden. Nadie debe sustraerse a la injusticia de Stalin. ¿Acaso Vitali contempla esa posibilidad? Ahí está, otra vez en esa salita que ya le resulta demasiado familiar. «No voy a cambiar la iluminación de mi despacho por complacerlo», ironiza el comisario a cargo de la instrucción en *El cero y el infinito*.[2]Vitali Abalákov calla, sin fuerzas. Ante él, un funcionario vestido con un uniforme impecable, recién afeitado y bien alimentado, le dice:

—Espero que haya podido descansar, Vitali Abalákov. Continuemos.

Sucede lo mismo el 11 de febrero, el 14 y el 15, a juzgar por su expediente. Vitali debe confirmar los cargos falsos contra él, pero también hacer otros. Ese es el principio fundamental del Terror: la delación en cadena. Como en el juego surrealista del cadáver exquisito, entre varios, de manera improvisada, se urde un asunto sin pies ni cabeza. Las purgas también son puro surrealismo, sin duda alguna. En la página 25 de sus declaraciones manuscritas, Vitali reconoce que lo reclutaron Semenovski y Lev Barkhash en la primavera de 1936. El primero, como sabemos, ya está entre rejas. El segundo es otro bolchevique amante del alpinismo, que mantiene una estrecha relación con Krylenko y todavía está libre. Vitali lo acusa de su nombramiento en la escuela de instructores con el objetivo de malversar fondos, aflojar la disciplina o reclutar a otros miembros para la Organización.

En el Cáucaso, debatía con otros alpinistas qué iba a ocurrir si Stalin desaparecía. En la página 28, reconoce haber acudido a un lugar llamado Usovo, con el propósito de ver si se podía llevar a cabo algún acto terrorista. Por desgracia, la Organización carecía de armas, añade de manera inconexa. En la página 30, admite haber transmitido información sobre el Pamir al ucranio Saritschjak, a un tal Regel, que lo formó en verano de 1936, a otro tal Volf e incluso a Lorenz Saladin. Todos esos nombres corresponden a alpinistas procedentes de Alemania, Austria, Suiza o Galitzia. Los supuestos conciliábulos, precisa Vitali, tenían lugar

en su tienda de campaña, en medio de una pradera.

En la página 31, completa las confesiones del 5 de febrero explicando sus motivaciones. Su amigo Lorenz Saladin le había hablado de la democracia en Suiza y en América, del confort material que comportaba. También dice haber actuado contra el poder soviético a causa de la limitación de las libertades individuales y de expresión, o porque «los altos cargos están copados por incompetentes». Sin embargo, una vez publicada la Constitución de Stalin se arrepintió, afirma. Acto seguido, a bocajarro: «Creé unos grupos terroristas en Leningrado y en Moscú». En la página 37, entre la gente a quien reclutó, cita a un tal Solomon Slutskin, que le proporcionaba información topográfica, a Rusanovitch, que fue quien lo acusó, y hasta a su amigo Dadiomov… En algunos casos, los reclutó durante la famosa fiesta de Nochevieja. En cambio, a Rojdesvenski (que le reveló información sobre los aviones de caza y los bombarderos, precisa en la página 41), así como a los alpinistas Döberl, Gorbachov y Zakharov, los utilizó «sin que se enteraran», explica Vitali.

Acabé perdiéndome en esas listas sin fin de presos y en esa maquinación mal atada. ¿Cómo llega Vitali a escribir esos embustes? El miedo es una gran musa. Le dan el argumento y a él le corresponde llenarlo de detalles. Nadie logra resistir a los métodos del NKVD. Vitali lo reconoce todo, reconoce todo lo que no se hubiera imaginado siquiera: haber alistado a Oleg Korzun y haber planificado con él el atentado en la Plaza Roja. Mientras desfilaban con una cuerda a la espalda y empuñando un piolet, su objetivo era la tribuna oficial, por orden de la Gestapo. Porque, literalmente, se declara «al servicio de los alemanes», para quienes se dedicaba a «neutralizar a los mejores alpinistas del país». Sin duda, cuando firma como «V. Aba», sabe que el gulag es el único perdón que pueden concederle sus confesores.

En cuanto a su conciencia, encuentra cierto alivio, dentro de su desdicha. Como forma parte de la última hornada de detenidos, procura citar a hombres ya detenidos e incluso condenados. Si él está allí es por culpa de sus calumnias, no al contrario. Es una cuestión de cronología. Con todo, cabe suponer que sus

declaraciones contribuyen a la encarcelación de sus camaradas Mijaíl Dadiomov y Georgi Kharlampiev. También debieron de precipitar la detención de ese tal Lev Barkhash, quien, por cierto, será juzgado a la vez que Vitali Abalákov.

Esa clase de cosas buscaba yo en el expediente. Detalles sobre la sucesión de detenciones, sobre el inmenso juego de dominó, en el que cada mujik abatido debía hacer caer a otros dos. Esa parodia burocrática y ese incomprensible afán por documentar asuntos disparatados tienen algo vertiginoso, abismal. Aunque todo era arbitrario, desde el encarcelamiento hasta la ejecución o la deportación, el poder trataba de guardar las apariencias de un procedimiento, Dios sabe por qué. Sin embargo, todos, invariablemente, eran condenados por un único artículo del código penal, el número 58: terrorismo, espionaje y sabotaje.

Todo se derrumba

Tras la caída de la URSS, con la apertura de los archivos, las familias pudieron zambullirse en esos documentos trágicos. Los hijos de entonces, convertidos en adultos de cierta edad, descubrieron las inverosímiles ficciones jurídicas que habían urdido los puntillosos comisarios. Contemplaron el perfil en blanco y negro de sus padres condenados, manchados por el sello del NKVD. Ardieron de cólera al conocer la identidad de quienes los habían denunciado y al leer sus confesiones forzadas.

Vitali no cita a su hermano en ningún momento de la instrucción. Cabe pensar que el NKVD, que suele diezmar a familias enteras, tampoco se lo ordena. Yevgueni había frecuentado los mismos campos de entreno, había escalado en las mismas cordadas, con austríacos también, con Saladin. Yevgueni es de esas personas que siempre salen indemnes de todo, aunque se niega a abandonar a su hermano mayor. Hace cola ante las puertas de la cárcel de Tagan, adonde han trasladado a Vitali. Pese a que el drama del Khan Tengri haya desbaratado su complicidad, siguen siendo hermanos de sangre. Entre la muchedumbre desesperada, ante los miserables soldados, Yevgueni —el conquistador del pico Stalin, el intocable, al parecer— se desvive por hacerle llegar paquetes y cartas.

Tras los primeros interrogatorios, tienen a Vitali en ascuas en la cárcel durante semanas enteras, ensimismado en su dolor, tal vez en sus remordimientos. Creo que se encuentra en la cárcel de Tagan, pero quizá pasa por otros establecimientos. Desde luego, cárceles no faltan: Sokólniki, Butyrka, Lefórtovo… Calabozos abarrotados, donde duermen por turnos, organizados por los propios detenidos, según el derecho común. Solo pueden enfrentarse a su suerte armándose de paciencia. Constantemente

les asaltan mil hipótesis, que se desvanecen al instante. ¿Acaso Vitali teme que lo deporten a su Siberia natal? ¿Sabe que, entretanto, a finales de febrero, han trasladado a veinticinco kilómetros al sur de Moscú al desdichado de Oleg Korzun, que lo denunció, junto con otros quinientos condenados? Entre ellos, los alpinistas Semenovski y Rozenczveig. Los ejecutan como a perros en un lugar llamado Butovo, una fosa común que no se descubrió hasta 1991, con la apertura de los archivos, gracias a la determinación de la sociedad civil rusa.

Todas las noches, centenares de ejecuciones diezman las filas. Los desdichados recorren los corredores por última vez, en medio de un concierto de puños que aporrean las puertas de las celdas. Estoy convencido de que Vitali también golpea su puerta, a modo de elogio fúnebre. Sabe perfectamente que alguna noche le llegará su turno. No es de los que creen en un error. No es de los que consideran a sus vecinos auténticos traidores, con el íntimo convencimiento de que ellos son víctimas de un malentendido. El mismísimo Stalin lo aclarará y les dirán: «¡Era para poner a prueba su fidelidad al Partido!». No, de niño, Vitali ya presenció cómo la Guardia Roja embarcaba a su tío durante la guerra civil, por no hablar de todos los alpinistas desaparecidos antes que él. Hombres con quienes había convivido a una gran altura, en circunstancias reveladoras, en la alta montaña. Hombres cuyo valor conocía de sobra.

No creo que Vitali profesara nunca una fe desmesurada en la Revolución de Octubre, a diferencia de Valentina, de quien cuentan que se apresuró a repudiarlo. Los «elementos políticamente dudosos» cubren de oprobio a sus parejas sentimentales y a sus hijos; toda su familia se considera responsable. La mujer de un preso político sufre el desprecio inmediato de los demás, la gente de su entorno deja de saludarla, la ignora. Sea por convicción ideológica o por instinto de supervivencia, muchas mujeres prefieren renegar oficialmente de su marido. Redactan declaraciones exaltadas desvinculándose de los supuestos propósitos terroristas de su marido. Juran una fidelidad renovada al Partido, prometiendo que en adelante

demostrarán una «vigilancia bolchevique» en sus amores. Eso no les garantiza ni escaparse del NKVD ni recuperar la normalidad, pero al menos lo intentan.

El 22 de marzo, detienen a Georgi Kharlampiev, quien confirma las acusaciones contra él por parte de Vitali Abalákov. No le queda más remedio que devolver los cumplidos. Los amigos más fieles se han convertido en feroces delatores. La cordada se rompe bajo tortura. Con Kharlampiev, Vitali había compartido magníficas excursiones por la montaña. Kharlampiev lo había acogido en la estación de Moscú, estando Vitali herido, al regresar del Khan Tengri. Los dos habían devuelto los carretes de Lorenz Saladin a su hermano, que había acudido desde Suiza acompañado por Annemarie Schwarzenbach. Kharlampiev era un gran amante de la fotografía. Proveía a las revistas de montaña soviéticas de vistas de los picos nevados y de alpinistas funámbulos. El hermano de Saladin le había regalado la Leica como muestra de agradecimiento por su amistad. Y resulta que el dichoso aparato figura entre las recriminaciones del NKVD. Kharlampiev tuvo demasiado trato con las cordadas helvéticas o muniquesas. Las fotografías de esos equipos internacionales se erigen en pruebas irrefutables. Pese a que todos esos occidentales disponían de visados debidamente sellados por las autoridades, fusilan a Kharlampiev un mes después. «Agente del extranjero.»

El 31 de marzo, le entregan a Vitali un informe del interrogatorio para que lo firme. El documento recoge todas las revelaciones falsas que le arrancaron durante las primeras noches. El meollo de la acusación es el hecho de que Lorenz Saladin reclutara a Vitali. «Hablábamos de política a menudo. Yo expresaba mi aversión al poder soviético. Saladin elogiaba los países capitalistas. Me convenció de que actuara y de que reuniera información sobre la defensa.» Eso es, literalmente, lo que el comisario pretende que firme Vitali. Aunque no es todo, por supuesto. Solo puedo transcribir algunos fragmentos significativos.

—Me enroló el alemán Regel a finales de 1936 —afirma Vitali.

—¿Y a quién reclutó usted a su vez? —lo interroga el

comisario.

—A Oleg Korzun, en el piso de Vasiliev, en la fiesta de Nochevieja de 1936; a Rusanovitch, en Adyl-Su. En primavera de 1937, en casa de Semenovski, este me habló de la Organización, de Guettier, de Garf, de Saritschjak...

—¡Cuéntenos cómo fue la preparación del ataque terrorista contra la dirección del Partido Comunista Pansoviético Bolchevique!

—A principios de abril de 1937, a través de Regel, el espionaje alemán me asignó la misión de llevar a cabo un acto terrorista el primero de mayo en la Plaza Roja. Solo conseguí reclutar a Korzun, así que aborté la operación. Hubo que postergar el atentado al desfile del 7 de noviembre. Recluté a Rusanovitch, pero entonces detuvieron a Korzun.

El embrollo de nombres y de fechas contradictorias resulta ininteligible. Mi voluntad de aclararlo todo acabó estrellándose contra la ausencia de verdad. Al sumergirme en los archivos del Terror, no podía creerme lo que leía, hasta el extremo de dudar de mi dominio del ruso. A menudo me parecía que mi traducción era tan absurda que a la fuerza debía de haber cometido algún error de interpretación. Pero no. Cuando lo comprobaba, todo era exacto. Todo: los burdos engaños, las acusaciones ridículas, los veredictos irrefutables.

El informe en cuestión no logra el consentimiento de Vitali. De haberlo firmado, lo más probable es que hubiera firmado también su sentencia de muerte. Esta vez, una gran serenidad interior le permite plantarle cara al comisario a cargo de la instrucción. Vitali Abalákov ha decidido luchar por la vida. Redacta una queja denunciando los métodos de investigación. Las autoridades permiten despiadadamente a los detenidos que rebatan su acta oficial, les brindan la ilusión de un recurso, la tortura de la esperanza. Por esta vez, el representante del NKVD rasga su informe, iracundo, antes de arrojarlo a la papelera.

No todos los detenidos tienen esa fuerza interior. Mijaíl Dadiomov, el colega de fábrica de Vitali, su compañero de desdichas en el Khan Tengri, su camarada de convalecencia, con

veinte falanges amputadas, acaba aceptando ratificar una falsa declaración. Lo obligan a retratar a Vitali como un antisoviético que lamenta amargamente que el Partido no apoye el alpinismo, a diferencia de los países fascistas. Asimismo, Dadiomov «afirma» que le transmitió a Saladin información estratégica sobre las guarniciones fronterizas en la región del Inylchek. Aunque esas guarniciones jamás existieron, tal y como subrayará Vitali en su juicio, «cosa que fue un problema para nuestros sabañones». Además, ¿cómo iba Lorenz a necesitar información sobre una expedición en la que él también participaba?

Al NKVD no le preocupan lo más mínimo los razonamientos lógicos, pero, en abril de ese mismo año, organiza una confrontación entre Vitali y Dadiomov. En 1933, habían compartido un espléndido recorrido por las cumbres más altas del macizo de Altái; en 1935, habían llevado a cabo juntos unas prospecciones por toda la cordillera del Turquestán. Por no hablar de los múltiples ascensos al Cáucaso, de los sufrimientos compartidos, de la euforia de las cimas. Cuando se reencuentran por primera vez, en una celda, ¿se miran a los ojos? ¿O acaso bajan la mirada púdicamente? Según Vitali, el comisario no formula ninguna pregunta, sino que redacta un diálogo imaginario entre ambos en medio de un silencio ensordecedor. Mejor así, sin duda. Acto seguido, les exige que lo firmen. Abalákov se niega en redondo. Dadiomov sí que lo suscribe y entonces lo trasladan de inmediato al campo de tránsito de Vladivostok, a nueve mil kilómetros de distancia. Allí se cruzará con el poeta Ósip Mandelshtam, antes de embarcar, con otros tres mil condenados, hacia la isla de Sajalín, antiguo presidio zarista. Según Dadiomov, solo regresaron vivos trescientos, una vez cumplida su pena. A continuación, lo destierran al Kazajistán, donde retoma el camino de las cumbres. Dadiomov siempre afirmará que la experiencia del alpinismo lo había salvado del gulag.

Sentado a una mesita de los archivos nacionales, empiezo a divagar. En el expediente II-81-55 hay tantas pistas en las que me gustaría indagar, tantos destinos que habría que reconstruir, tantos comunistas eliminados por otros comunistas… El 7 de abril, en los

albores de la primavera, fusilan a Solomon Slutskin. Era el representante del Partido en la Sociedad de Turismo Proletario. Como tal, proponía debates ideológicos en la falda de la montaña, organizaba lecturas públicas de los periódicos propagandísticos o escenificaba la adhesión de nuevos miembros en las alturas. En 1925 ya lo habían detenido por pertenecer a una organización sionista. Esta vez lo acusan de haber transmitido secretos a la Organización de Alpinistas Contrarrevolucionarios.

En junio, fusilan al joven Ganetski, de apenas veinticinco años, a quien Yevgueni Abalákov había tenido que salvar en el pico Lenin. El 29 de julio, su protector, Nikolái Krylenko, también muere como un perro, fusilado por el mismísimo presidente del Colegio Militar de la Corte Suprema de la URSS, tras un juicio relámpago de veinte minutos. A decir verdad, Krylenko tampoco era un santo; había dirigido y justificado represiones varias. No se hacía ilusiones de sobrevivir. Pero su nombre pervive en un collado cerca del pico Lenin y en dos cumbres de 6.000 metros en el Pamir. En lo más remoto de las montañas, la toponimia jamás siguió el ritmo de las ejecuciones y de las desgracias del Kremlin. En cambio, sí que borraron enseguida a Krylenko de sus propios relatos de las expediciones; si no los hubiera coescrito, habrían pasado a la posteridad como completamente anónimos. Los autores condenados desaparecían por completo de sus propias obras, cuando no retiraban las obras en cuestión de los estantes de las bibliotecas. Los periódicos mostraban una amnesia súbita.

Esas masacres tienen lugar en medio del calor del verano continental. Vuelve a ser verano. Ya hace un año que empezó el Terror. Las diezmadas secciones de alpinismo emprenden de nuevo la ruta del Cáucaso. La vida continúa, aunque nunca se recuerde a los desaparecidos. «Se están dando un hartón de aire puro en Siberia», susurran a propósito de ellos. No existe mejor policía que el miedo. Según los cronistas soviéticos, en 1938, treinta mil personas recorren los macizos de la URSS; en su mayoría, principiantes, candidatos a la insignia «alpinista de la URSS», en la que aparece el volcán Elbrús. Se consigue tras veinte días de aprendizaje básico, tras pasar un collado y completar un ascenso

leve.

Ese año, Vitali no dirige ninguna escuela. Se pudre en una celda, en Butyrka, al parecer: una cárcel histórica, que sigue abierta, por la que han pasado un sinfín de condenados famosos: Shalámov, Ginzburg, Koroliov, Mandelshtam, Solzhenitsyn... En *Archipiélago Gulag*, este cuenta que una sala diseñada para veinticinco detenidos podía albergar hasta ciento cuarenta. Las noches transcurrían bajo la luz de las lámparas, con la prohibición de taparse los ojos, los cuerpos sudados sobre tablas irregulares y las caderas doloridas por la imposibilidad de apoyar la espalda. Y, al amanecer, registros corporales, orinales apestosos, piojos campando a sus anchas y un ojo que te vigila incesantemente por la mirilla desde el corredor. En la escudilla, te dan gachas de trigo sarraceno y un mendrugo de pan negro, mientras que los afortunados que reciben dinero del exterior a veces pueden conseguir azúcar o jabón. Durante unos minutos al día, un paseo con las manos detrás te lleva bajo un cielo hacia el cual está prohibido alzar la mirada. ¿Cómo puede soportar todos esos muros Vitali Abalákov, acostumbrado a andar tan cerca del cielo? Todo —o casi todo— está prohibido. Al menos en una ocasión, acaba confinado por haber hecho gimnasia en su celda. Todavía tiene una vitalidad extraordinaria. Al igual que en el hospital, conserva la voluntad de ejercitar el cuerpo. No ha perdido la esperanza de regresar a las montañas.

Ese verano, su hermano Yevgueni completa la primera travesía del Koshtan-Tau al Dij-Tau, una arista de unos doce kilómetros, un recorrido peligrosísimo, a una altitud de más de 5.000 metros. El ascenso está dedicado al vigésimo aniversario del Komsomol, aunque él nunca haya sido miembro de esa organización de jóvenes leninistas, que es el brazo juvenil del Partido. Por otra parte, ¿cómo se pueden celebrar las efemérides de un régimen que tiene presos a tu hermano y a numerosos compañeros de cordada? ¿Dónde están? ¿En los gulags de Kolimá, de los Urales o de Kazajistán? Durante las semanas necesarias para reunir los víveres o mientras hace el funambulista en el cielo, Yevgueni no deja de pensar en todos los ausentes, sin los cuales el

Cáucaso parece vacío. Para colmo, hasta han borrado su memoria de los anales. Sus proezas ya no se mencionan en ninguna parte. Por grotesco que pueda parecer, sobre el papel, algunas cumbres vuelven a ser vírgenes. Oficialmente, nadie las ha conquistado jamás. Así, se considera a Yevgueni el primero en atravesar el Ushba, aunque lo habían precedido unos alemanes. Además, los tres alpinistas que lo acompañaron han sido víctimas de las purgas, de manera que, según el discurso oficial, llevó a cabo solo ese temerario ascenso. A los otros les arrebatan la posteridad.

Con todo, creo que ese año Yevgueni recorre las cimas cubiertas de hielo y las paredes inaccesibles sintiendo un inmenso alivio. «Hemos perdido el modelo de la libertad —escribió Solzhenitsyn—. Ya nada determina dónde empieza y dónde termina.» Tal vez la alta montaña fuera una rara certeza para él, la de ser inalcanzable durante un tiempo. De regreso al campamento base, le atenazaba el temor a una redada o a recibir noticias funestas. Pero nadie espera nunca a Yevgueni al pie de las cumbres para detenerlo. Resulta casi bochornoso que todos los demás se esfumen como si nunca hubieran existido en la faz de la Tierra, mientras que él todavía disfruta del aire libre.

Artículo 58

En septiembre de 1938, Nikolái Gorbunov, que había ordenado la expedición al pico Stalin y había puesto a Yevgueni en el camino de la gloria, es fusilado en el polígono de Kommunarka. Hasta que lo detienen una noche de febrero, poco después que a Vitali, desempeña el cargo de secretario de la prestigiosa Academia de Ciencias de la URSS. Su mujer, encarcelada también y liberada poco después de milagro, escribe una carta al camarada Stalin que resulta desconcertante por su ingenuidad. Se queja de que le hayan confiscado el piso, de su extrema pobreza y del destino de su marido, a quien se imagina cándidamente en uno de los gulags que había contribuido a fundar.[1] Al igual que todas las esposas de condenados, ya no tiene nada. Ya no es nadie. Tal vez Valentina no ande tan desencaminada al reprobar públicamente a Vitali. Así al menos puede continuar siendo profesora de cultura física y de gimnasia, lo que le permite dar de comer a su hijo y no acabar en la calle con la legión de parias de la sociedad soviética.

Desde el comienzo de esas grandes purgas (porque también hubo «pequeñas»), varios centenares de miles de presos políticos han sido ejecutados o deportados, muriendo en el camino o una vez en el gulag. En las grandes ciudades como Moscú, se dispara el número de huérfanos y de ciudadanas —o ciudadanos— privados de sus derechos más fundamentales a causa de esos destierros. Sin embargo, todavía se profesa una admiración ciega a Stalin. Un sol terrible, una hipnosis colectiva. En noviembre de 1938, nombra a Lavrenti Beria al mando del NKVD. Este ordena ejecutar a su predecesor, Yezhov, que también había ordenado fusilar a su antecesor (Yagoda), quien, a su vez, había mandado encarcelar a Menzhinski… El Partido Comunista es caníbal, se devora a sí mismo. La sociedad soviética también. Pero Beria tiene el cometido

de poner punto final, al menos temporalmente, a esa carnicería. Por fin terminan las detenciones en masa.

En las profundidades de la cárcel, Vitali Abalákov ha sobrevivido a ese baile de comisarios del pueblo. Ha aguantado pacientemente las rondas de preguntas y tal vez ha acabado agotando a sus torturadores. Entre primavera y finales de otoño de 1938, ningún nuevo documento viene a engrosar su expediente. De hecho, un detalle significativo lo exculpa parcialmente: el académico de origen alemán Regel, fusilado por espionaje, jamás citó a Abalákov en sus «confesiones», aunque gran parte de la acusación repose en él. Se suponía que este debía transmitir la información de Vitali sobre las escuelas de alpinistas militares, sus programas de formación y su «conciencia política» a los servicios de Hitler. Para colmo, supuestamente fue el desdichado de Regel quien le había dado la orden de que cometiera un atentado contra los dirigentes soviéticos en la Plaza Roja.

Tras esos interminables meses de reclusión, de silencio, de olvido, casi, la instrucción vuelve a precipitarse. En enero de 1939, se encadenan las confrontaciones. El día 4, Vitali se encuentra cara a cara con Vasiliev, el anfitrión de la fiesta de Nochevieja de 1936, el amigo de su hermano Yevgueni. Vasiliev asegura haber oído declaraciones antisoviéticas por parte de Vitali. Le echa en cara sus amistades austríacas. Vitali lo niega categóricamente. El informe, muy fiel, recoge las intervenciones de los dos hombres. Es la primera vez, desde las noches posteriores a su detención, que Vitali firma un documento, es la primera vez que puede expresar su verdad. Esa misma noche, debe enfrentarse con otros alpinistas: Baikov y Radel, figuras marginales, pero ¿cómo iba a ser de otro modo? Los protagonistas claves llevan tiempo criando malvas. Vitali sigue negando todas las acusaciones sin vacilar. En el documento, cambia el nombre del comisario a cargo de la instrucción: el nuevo se llama Vinogradov. ¿Acaso sus predecesores también han caído ante un pelotón de fusilamiento?

En primavera (¿en la cárcel se distingue el paso de las estaciones?), se da por zanjada la instrucción N5434, en el marco de la «liquidación de la Organización Contrarrevolucionaria

Terrorista de Alpinistas». Un año después de que lo encarcelaran, acusan definitivamente a Vitali de espionaje en beneficio de Suiza y Alemania. Le aplican los inevitables artículos 58-6 (espionaje), 58-7 (sabotaje), 58-8 (terrorismo) y 58-11 (actividad contrarrevolucionaria). El 22 de marzo de 1939, el tribunal militar de Moscú se dispone a hacerse cargo de su expediente, cuando el fiscal recibe una revelación trascendente por parte del NKVD de Krasnoyarsk: Vitali Abalákov desciende de una familia de mercaderes y de propietarios de minas de oro. La nota precisa que su padre, Mijaíl Abalákov, explotaba minas en la región del Yeniséi. ¡Conque Vitali había ocultado que es hijo de un enemigo del pueblo!

Ese repentino desenmascaramiento de los orígenes burgueses de los Abalákov resulta de lo más preocupante, dado que podría poner a Yevgueni en el punto de mira de las autoridades. Entretanto, Yevgueni vive en una burbuja. Es la estrella absoluta en la exposición pansoviética de los Komsomol: presenta sus esculturas en bronce (*Pushkin* y *El esquiador*) realizadas durante sus estudios en el Instituto Superior de Arte y recibe el segundo premio por su retrato esculpido del torneador Ivanov, un estajanovista de la fábrica automovilística de Moscú. Sus modelos tienen un porte heroico; cualquier otra postura sería propia del arte degenerado. Yevgueni Abalákov es un artista de su tiempo. Poco después, hace una estatua del corredor de fondo Pugachovski, del escritor Tíjonov o del profesor Letavet, con quien explora el Tian Shan del norte en el verano de 1939. En la expedición también participa Leonid Gutman, recuperado del traumatismo sufrido en el Khan Tengri, uno de los poquísimos alpinistas que sigue en libertad y no aparece en ningún expediente, como Yevgueni.

Así era la URSS entonces: la vida seguía su curso, pese a todo. Pese a la creciente suspicacia, pese a las bromas que ya nadie se atrevía a hacer. Convivían dos universos que nunca se cruzaban: el de los ciudadanos en libertad frente al de los campos de trabajo, las cárceles y las fosas comunes. Vitali se encuentra en el segundo, del que raras veces se regresa. Sigue pudriéndose en la cárcel durante meses. Meses de extrema soledad, sin noticias del mundo,

sin poder comunicarse con nadie del exterior, sin demasiadas razones para albergar esperanzas. Desde la noche que lo detuvieron, no sabe nada de la actualidad. Supongo que se dedica a rememorar el pasado, que vuelve la vista atrás, que recuerda melancólicamente la taiga invernal de su infancia, la Siberia sin fin y sin relieve, salvo por los Stolby...

Entonces lo asalta un recuerdo: en un peñasco, destacaba la palabra «Libertad», escrita en grandes mayúsculas blancas, pintadas una y otra vez contra viento y marea por los anarquistas revolucionarios. En aquella época, había que luchar contra el yugo del zar. Tal vez Vitali piense que la palabra «libertad» siempre está en boga. Simplemente va cambiando de adversarios. Perdura a lo largo de los siglos sin perder ni un ápice de actualidad. La Revolución de Octubre desembocó en una dictadura comunista y vuelta a empezar. Sucede lo mismo con la palabra «libertad»: aguanta los regímenes y el dominio de los tiranos sin envejecer. Es un símbolo inmarcesible. Todavía hoy se puede leer «libertad» en los peñascos de los Stolby, que algunos interpretan como una muestra de oposición a la Rusia de Putin.

Desde luego, son meras elucubraciones. Si algo me quita el sueño a la hora de reconstruir esta historia, que en algunos puntos parece inverosímil, es el afán de exactitud. El expediente Abalákov que se puede consultar en los archivos solo contiene documentos elaborados por la policía, sumamente impersonales y diligentes. Ni media palabra de su cotidianidad, de lo que ocurre entre los interrogatorios. Una vez más, espigué algunos retazos de sus años en la cárcel en un número antiguo de *El trabajador de Krasnoyarsk*.

Se trata de un testimonio indirecto, por parte de una anciana abandonada a su suerte. Recuerda las palabras de un tal Boris Garf, amante del alpinismo a quien, una noche, meten a empujones en la enésima celda, en uno de los frecuentes cambios de cárcel que padecían los presidiarios. En el suelo, yacen varios cuerpos enflaquecidos. Algunos pies descalzos sobresalen de las mantas gastadas. Garf observa que uno de los pies tiene unos cuantos dedos amputados. De repente, reconoce a Vitali Abalákov. Por un instante, los dos se sonríen. Los obligaron a denunciarse el uno al

otro en sus respectivas declaraciones, pero eso no enturbia su reencuentro. Al ingeniero Garf lo detuvieron por supuesto espionaje en beneficio del «fascista» Umberto Nobile, un constructor de zepelines italiano que fue el primero en sobrevolar el Polo Norte. Pero esa es otra historia. Otra de tantas.

¿Durante cuánto tiempo comparten celda Boris Garf y Vitali Abalákov? Transcurre otro verano, luego el otoño y en pleno invierno, el 16 de febrero de 1940, Vitali abandona la cárcel de Butyrka, escoltado. ¿Acaso sabe adónde lo llevan? Creo que sí. Deben de haberle informado de su traslado al tribunal militar: el desenlace de tantos años en las cárceles de Stalin. Su juicio es muy parecido al de los otros dos acusados a quienes juzgan a la vez, no se sabe exactamente por qué. El primero es un tal Ivanov, antiguo miembro del ejército imperial, razón por la cual ha sufrido en varias ocasiones la justicia soviética. Trabajaba en la cantina de un puerto del canal del Volga. Aunque apenas había practicado el alpinismo, lo acusan de pertenecer a la Organización Contrarrevolucionaria. En su falsa confesión, se ensaña con Vitali. En cuanto al segundo, no es otro que Lev Barkhash, aparecido anteriormente, al que Vitali no tiene más remedio que implicar, a su vez. Es la mano derecha de Nikolái Krylenko, impulsor del alpinismo en masa, a quien ya habían detenido en la década de 1920 por su supuesta confabulación con los bandidos basmachís o por haberse comprometido con los ingleses en lo relativo a la frontera con la India británica.

Su juicio (o eso parece la sesión celebrada) tiene lugar a puerta cerrada. Da la impresión de que Vitali es el único que cuenta con la defensa de un abogado, quien pone el dedo en la llaga, al exigir la presencia de los testigos clave del caso: Semenovski, Rozenczveig, Dadiomov… El requerimiento es rechazado. «Ya los juzgaron», explica el tribunal con sus eufemismos característicos. En otras palabras, todos ellos fueron fusilados o deportados a Siberia. Los acusados aceptan que empiece la audiencia, pese a los ausentes. El fiscal propone que escuchen el testimonio del profesor Letavet o de Irina Korzun, quien, a diferencia de su hermano, firmó ante el NKVD una declaración

elogiosa respecto a Vitali.

Al principio, Vitali se muestra preocupado por los descubrimientos del NKVD de Krasnoyarsk sobre sus orígenes burgueses. Sabe perfectamente que la genealogía es una de las obsesiones de la lucha de clases. Por primera vez, hace un llamamiento a Yevgueni, rogándole que le provea de algún acta que demuestre lo contrario. Sin embargo, el tribunal rechaza su petición con negligencia: el juez argumenta que «ese elemento no es tan importante». Reconozco que, al leerlo, me quedé boquiabierto. ¡Si perseguían a miles de personas por su origen familiar! ¿Por qué de repente ya no era «tan importante»? Inexplicablemente, a partir de entonces, a lo largo de todo el juicio, se presenta a Vitali como hijo de campesinos. Este no reconoce ninguno de los cargos, no se siente culpable de nada, o solo en la misma medida que los demás detenidos. Niega sistemáticamente todas las acusaciones, asegurando que siempre ha trabajado de manera honesta. Tacha a Oleg Korzun, su denunciante, de «fanfarrón de lo más inútil como alpinista, cosa que puede confirmar todo el mundo, empezando por su hermana», que está presente, en la sala o en el corredor.

A continuación, Vitali se queja de que dos años antes el NKVD lo sometiera a semejante maltrato. Declara que la noche del 4 de febrero de 1938, pese a los golpes que le infligieron los agentes, él no «habló». «Solo hice confesiones falsas porque eran fáciles de rebatir —explica—. La mayoría de ellas me las dictó el propio comisario.» «Lo de que yo recluté a Korzun, Dadiomov y Rusanovitch es pura invención.» Asimismo, desmiente que, en uno de los ascensos al Cáucaso, golpeara a un niño bálkaro que pedía más dinero del que habían negociado. De hecho, se trata de una nimiedad que no vuelve a mencionarse en su expediente. Elogia a Lorenz Saladin, al que presenta como un hombre íntegro, que había viajado a la URSS con el consentimiento de las autoridades, y cuyas fotografías y películas había visionado el NKVD. A decir verdad, «[Saladin] no tenía ninguna necesidad de reclutarme, ya estaba allí», replica Vitali, poniendo de manifiesto lo absurdo de la acusación.

Desde luego, es un juicio extrañísimo. De pronto, la mayoría de los delatores empiezan a alabar a Vitali. Los escasos testigos presentes (Vasiliev e Ivanov) se retractan llegado el momento de su audiencia. Era «muy pausado», «se volcó en la formación», era un hombre «de fiar», «no era nada antisoviético». De pronto describen a Vitali como una verdadera autoridad. Es más, ¡justifican que criticara la mediocridad del material soviético «porque era verdad»! Se trataba de una constatación necesaria, cuyo objetivo era mejorarlo. Por su parte, el profesor Letavet elogia la eficacia del amortiguador de cuerda diseñado por el ingeniero Abalákov.

Todos prefieren denunciar los errores de Nikolái Krylenko. ¡Ojalá su muerte les sirva para salvar el pellejo! Vitali también se ensaña con el antiguo jefe del ascenso al pico Lenin. «Escribió muchos libros promocionándose, pero apenas trepó.» Y, más adelante, sin rodeos: «Sus libros sobre técnicas alpinistas son pésimos». Antes de remacharlo: «Krylenko insistía para llevar a cabo expediciones por el Pamir, mientras que yo era partidario de formar a los altos mandos en los campos de entrenamiento». Poco después, revela que, en la mentada fiesta de Nochevieja, todos los presentes se burlaron del comisario del pueblo de Justicia, ¡una prueba incontestable de su inocencia!

Las comparecencias, trufadas de anécdotas ridículas y absurdas, se alargan durante varios días. No solo juzgan a Abalákov. El caso de Ivanov y de Barkhash también lleva su tiempo. Pero Vitali empieza a albergar cierta esperanza. Tal vez no lo condenen. Todo parece amañado para justificar una pena razonable. Algo ha cambiado en los arcanos del NKVD. El 19 de febrero, entre las cuatro y las seis de la tarde, hacen una pausa, antes de retomar la audiencia. «¿Cómo se puede sabotear el alpinismo mientras se trabaja en su desarrollo?», pregunta el abogado de Vitali, que lo retrata como un soviético ejemplar. A las once y treinta y cinco de la noche, según el informe oficial —que creo que presenta varias incoherencias—, se levanta la sesión.

La retoman el 20 de febrero a las diez y media de la mañana. A las doce y cuarenta, el tribunal se retira para deliberar. A las dos menos cinco, regresa para dictar sentencia respecto a Lev

Barkhash. Los testigos lo habían criticado mucho. Además, era un ayudante fiel de Krylenko y, como tal, un blanco fácil. Los guardias se lo llevan de inmediato para deportarlo al gulag de Ujtá, en la parte polar de los Urales.

A raíz de su condena, Vitali Abalákov e Ivanov vuelven a proclamar su inocencia.

A las dos y diez, nueva deliberación.

A las cinco y treinta y cinco, emiten el veredicto: Vitali Abalákov es puesto en libertad por «acusaciones no demostradas». El tribunal militar «ha tenido en cuenta las contradicciones y las retracciones». Ivanov también es puesto en libertad, pero será perseguido por falsas declaraciones, dado que repite las confesiones que le dictaron los comisarios. ¡El colmo!

Así, el 20 de febrero de 1940, Vitali Abalákov sale a la calle. Al principio, supuse que nadie lo esperaba. ¿Cómo iban a saberlo? ¿Quién sigue esperando el regreso de ese alpinista a quien no se puede ni mencionar siquiera? Lleva casi dos años desaparecido. Después descubrí que Yevgueni y Valentina estaban al corriente de todo. Al parecer, fueron ellos quienes, siguiendo sabios consejos, contrataron a un abogado para defender a Vitali y fueron a visitar a Irina Korzun para que ejerciera de testigo de descargo. El magistrado ya preveía la retractación de los otros veinticuatro testigos; sabía que Vitali saldría airoso del juicio. Por su parte, Yevgueni y Valentina estaban en la sala del tribunal o bien esperaban en el corredor. De ahí que los tres bajen juntos por las escaleras, camino de la libertad, de la calle indiferente.

Yo también salí a la calle, un poco aturdido. Los archivos iban a cerrar. Eran las cinco de la tarde. Tenía que devolver el expediente. Llevaba todo el día tirando de un sinfín de hilos sin comer ni beber. Di unos pasos por la acera. Me senté en un bar lleno de ciudadanos risueños. Hoy en día, los moscovitas viven sumidos en la despreocupación y el olvido. Como los ciudadanos de París, de Nueva York o de Italia. No les importan lo más mínimo aquellos muchachos que, en esas mismas calles, con una pesada mochila a la espalda, iban a cartografiar Eurasia entera, con caravanas de camellos, por glaciares infernales. No quieren saber

nada de su vida segada por el Terror. Prefieren gozar del aburrido confort del siglo XXI. Entre dos sorbos de vino y algún bocado, siempre hay alguien que interrumpe la evocación de esos fantasmas con un tajante «Era otra época». Para continuar bebiendo.

El frente del Cáucaso

Los hermanos Abalákov son muy afortunados. Se han escapado de una verdadera hecatombe. ¿Qué ha sido de sus compañeros de expedición? Gorbunov, fusilado; Guettier, fusilado; Kharlampiev, fusilado; Dadiomov se encuentra en el gulag, y Romm, el cronista del ascenso al pico Stalin, pronto será deportado a un campo de trabajo en Kazajistán. Por no hablar de los demás. Desconozco las cifras, pero me parece razonable aventurar que más de la mitad de la élite del alpinismo soviético fue purgada. Aunque Vitali acabe inválido y maltrecho tras los años de detención, es un verdadero milagro que sobreviva. Casi nadie salía con vida de las mazmorras del NKVD.

Por lo demás, eso despierta cierta suspicacia. ¿Cómo es posible que aguantara dos años allí, cuando todos los alpinistas «contrarrevolucionarios» fueron ejecutados o deportados durante los meses posteriores a su encarcelamiento? Corren rumores de que aceptó colaborar con el NKVD. Los *zek* —tal y como llaman a los presidiarios— no siempre inspiran compasión. Vitali forma parte de los rarísimos «regresos», uno entre miles, a quienes Solzhenitsyn denomina «kopeks devueltos por un rublo».[1]Prácticamente nadie salía por las puertas de la cárcel y, dado el caso, era para ser desterrado al extranjero. Ese mismo año, en 1940, la URSS entrega a la Alemania nazi a todos los alpinistas austríacos de la Internacional, junto a miles de comunistas. La militante Margarete Buber-Neumann, que viajaba en uno de esos trenes, se acuerda perfectamente: «Los antiguos miembros de la Republikanischer Schutzbund (la Liga de Defensa Republicana), que apenas eran tres o cuatro, cantaban a voz en grito: “¡Eh! Camaradas de la montaña... nada nos tumbará”. [...] Se envalentonaban recordando excursiones de esquí». Cualquier cosa con tal de darse ánimos antes

de que los recibiera la Gestapo. En el Pamir, los picos Komintern y Schutzbund cambiaron de nombre.

No se sabe nada del reencuentro de Vitali y Valentina. Supongo que ella cuida a ese marido lisiado y destrozado que aparece como un fantasma en su casa de Perlovka, donde los agentes del NKVD lo habían detenido dos años antes. Me imagino que abundan las lágrimas y los gestos entre ellos, dos seres que se reencuentran tan abruptamente como se separaron. Que yo sepa, Vitali no dejó ningún texto, ningún cuaderno, ningún relato de esos instantes en que todos los músculos del rostro se estremecen, en que los labios trémulos ya no obedecen al pensamiento. En un apunte de su dietario íntimo, Valentina confiesa que, cuando detuvieron a Vitali, a punto estaban de separarse otra vez. Sin embargo, jamás renegó de su destino. Hizo todo lo que pudo por liberar al padre de su hijo. Oleg ya tiene seis primaveras. ¿Qué le han contado para justificar la ausencia de Vitali? Desde luego, que era un cabrón contrarrevolucionario, no. ¿Que estaba en una expedición en el lejano país del hielo?

Cuando Vitali Abalákov se sienta a escribir, redacta manuales de referencia. *Las bases del alpinismo*, por ejemplo, una obra pedagógica que analiza las principales técnicas de la época. Como ya no puede practicar el alpinismo, se convierte en un teórico de la montaña, además de disertar sobre la metodología. Los médicos le comunican unánimemente que renuncie a las cumbres, pero Vitali, para sus adentros, alberga esperanzas. Poco a poco, retoma el ejercicio físico. Por su parte, todo ha sido, es y será puro sacrificio. Se trata de un rasgo definitorio de ese hombre, al que a partir de entonces se describe a menudo como intratable y en muchos sentidos detestable.

Como todos los años, en cuanto llega el buen tiempo, su hermano se va a recorrer el Cáucaso. El abismo entre los dos muchachos de Krasnoyarsk sigue agrandándose. La vida los separa con su injusticia. Sin embargo, las épicas expediciones a Asia Central ya son cosa del pasado. Los políticos que las organizaban han sido fusilados y los que participaban en ellas se encuentran en el gulag. Ahora las autoridades conciben el alpinismo como una

forma de «preparar» a las masas. En Europa, ha estallado la guerra. Francia ya ha capitulado. Los ascensos lejanos han dejado de ser una prioridad nacional. En cuanto a los piolets, ese verano, la prensa de todo el mundo solo habla del empleado para asesinar a Trotski, en México.

A Yevgueni lo reclutan para que dé clase de alpinismo en varios centros del Cáucaso. Solo se escapa para llevar a cabo una travesía por algunos picos que me permito citar por la hermosura de su nombre: Tsurungal, Ailama y Nuam-Kuam. Entretanto, en Moscú, Anna está embarazada. El niño se llama Alexéi Yevguenivitch Abalákov y nace exactamente el mismo día que su padre, el 17 de febrero, pero del año 1941. El pacto germano-soviético se ha suspendido. Esa generación, nacida en los albores de un conflicto desmesurado, está condenada a crecer con el padre ausente. Mientras espera que lo llamen a filas, Yevgueni se dedica a esculpir en su taller. Ha ganado un concurso para crear un monumento a Chkálov, el famoso aviador que voló de Moscú a la península de Kamchatka sin escalas y realizó el primer vuelo transpolar. Chkálov es un auténtico héroe soviético, un pionero, un conquistador. ¡Chkálov por Abalákov! Me pregunto cuál de los dos, si el artista o el modelo, es más venerado por las masas en la época.

Yevgueni nunca llegará a completar el encargo. El 22 de junio de 1941, Hitler pone en marcha la Operación Barbarroja. La fecha está grabada en la memoria de los ciudadanos de la antigua URSS, porque marca la movilización de todos los hombres, que van derechos al infierno. Los hermanos Abalákov siguen el desastre a través de los periódicos y de la radio. Los aviones que divisan en el cielo siempre son del enemigo, mientras que las bajas siempre son soviéticas. La *Blitzkrieg*[2]avanza desde el mar Negro hasta el Ártico, arrasando Ucrania, cuyos campos de trigo quedan destrozados. Con los carros de asalto sucede lo mismo que con los crampones para el hielo: el material nazi es infinitamente superior. El Ejército Rojo, decapitado por los procesos estalinistas, enseguida vacila.

Ha llegado el momento de cambiar los piolets por los fusiles-ametralladoras. Creo que los hermanos Abalákov se habían librado

del servicio militar gracias al caos de la Revolución de Octubre. Conocen el ejército, dado que han guiado «alpiniadas» de regimientos enteros, pero ya no se trata de llevar a cabo ascensos en uniforme, empuñando una pistola, con una salva y exclamaciones al alcanzar la cumbre. Hitler ha injuriado a la raza eslava. En el frente del Este, que acaba de abrirse, se libra una guerra total, genocida, ignorando por completo a los civiles, en la que la piedad se considera una tara. No es una guerra cualquiera, sino la guerra, sin rendición, sin armisticio posible. En la URSS, será conocida como la Gran Guerra Patriótica; en el estribillo del himno de la resistencia, se la define como una «guerra santa».

Apenas he encontrado datos sobre los cuatro años siguientes. Un agujero negro en su biografía. Solo sé que Vitali solicita partir al frente, antes de que lo den de baja por invalidez. Permanece en la retaguardia, pues. Por su parte, Yevgueni se presenta en el estadio Dinamo de Moscú, muy cerca de su casa, a finales de junio de 1941. Allí se moviliza un batallón bastante particular, bajo el mando del NKVD, el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos que tanto había atormentado a su hermano. El reclutamiento tiene lugar en un recinto deportivo, ya que, además de agentes de los servicios secretos y de algunos combatientes de la Internacional Socialista (austríacos que han sobrevivido a las purgas, veteranos de la guerra civil española, polacos), la unidad se nutre de miembros del Instituto Central de Cultura Física.

Así, varios campeones del CSKA y del Dinamo, dos clubes de fútbol moscovitas, se incorporan a filas en la unidad del NKVD: boxeadores, saltadores de pértiga, futbolistas… y alpinistas. En la actualidad, una placa colocada en la tribuna norte del estadio recuerda que «aquí, el 27 de junio de 1941, se formaron los primeros batallones del OMSBON, que batalló heroicamente», etc. OMSBON es un acrónimo imposible que significa brigada motorizada de fusileros. Su jefe directo es Lavrenti Beria, el nuevo comisario del pueblo de Interior.

A partir de entonces, lo único que sé de Yevgueni es lo que he leído a propósito de su unidad. Primero se detiene en Púshkino, al norte de Moscú, cerca del domicilio de Vitali. La capital cuenta con

tres cinturones de defensa. La movilización es general. Hasta repatrían tropas destacadas en Siberia o en Extremo Oriente, donde el imperio japonés se compromete a mantener el *statu quo*. Pero todo falla, todo se desmorona, los enemigos abren brecha, las tropas soviéticas caen en la trampa, mientras la Luftwaffe campa a sus anchas por el cielo. El ejército alemán avanza, exterminando a los judíos y a los comunistas. Desconozco las operaciones en las que participa Yevgueni. La misión oficial del OMSBON es descubrir a los espías, confundir al enemigo y reconocer la posición de su artillería. Me imagino a Yevgueni vagando por grandes bosques nevados, donde a veces los tanques Panzer se atascan un instante, dándoles una pequeña tregua.

Los hermanos Abalákov se funden con la gran historia. A fin de defender Moscú, Stalin llama al mariscal Zhúkov, que estaba en Leningrado, ciudad también asediada. Se cuenta que allí unos escaladores han tapado la parte dorada de las flechas de la Fortaleza de San Pedro y San Pablo para que no llamen la atención desde el cielo. Como todos los soviéticos, los alpinistas se desloman por defender su patria. Apenas son unos cuantos entre los millones de hombres que luchan alborozados, pese a que la muerte les pisa los talones. La capital de los sóviets se atrinchera. Desalojan la sede del Partido Comunista. Tal vez Anna Kazakova construya barricadas. Se sabe que Valentina trabaja en una fábrica de minas, además de dar clase de esquí a los reclutas. Probablemente Vitali también, a no ser que ejerza de ingeniero en alguna fábrica reconvertida en cadena de producción de municiones. Eso suponiendo que los alemanes no hayan ocupado su casa, obligándolos a emprender el camino del éxodo.

El 7 de noviembre de 1941, aniversario de la Revolución de Octubre, los defensores de la patria desfilan con orgullo por la Plaza Roja. Las columnas en posición de guardia saludan enardecidas antes de dirigirse al frente. La revista a las tropas se convierte en la antesala de la muerte, en la despedida de aquellos a quienes sacrifican. Gracias al hielo, los vehículos blindados ya pueden recorrer las carreteras. Los combates se vuelven más devastadores que nunca. Centenares de miles de mujiks yacen sin

vida o han caído prisioneros. A principios de diciembre, algunas unidades alemanas consiguen llegar a las afueras de Moscú, a la última parada de las líneas de tranvía.

Durante esas semanas, el cuerpo de infantería motorizado al que pertenece Yevgueni se instala en los pisos superiores de GUM, los grandes almacenes nacionalizados, que se encuentran en la Plaza Roja. El batallón, entre estantes y vitrinas, forma un último escudo contra el enemigo, protegiendo el Kremlin, donde se esconde Iósif Stalin. Cabe suponer que, como unidad de élite, no se expone en vano a los cañones del enemigo. A los atletas y a los agentes del NKVD no los mandan a la primera línea del frente. Me pregunto si Yevgueni logra conocer a su hijo recién nacido y visitar a Anna aprovechando alguna tregua. Quiero pensar que, en medio del estruendo y del silencio de la guerra, sigue soñando con los ascensos que ha tenido que postergar. Se encuentra en un lugar que recuerda vagamente a las alturas. La temperatura se ha desplomado hasta –50 ºC. El general Invierno congela a los alemanes, cuyos sabañones les ennegrecen los dedos, frenándoles cualquier mecanismo.

¡Moscú se ha salvado! En enero empieza el contraataque. La URSS no solo resiste gracias al clima, sino también a innumerables filas de hombres y de vehículos blindados. En verano de 1942 se abre otro capítulo: a Hitler se le ocurre atacar los campos petrolíferos azerbaiyanos. La Wehrmacht asedia Stalingrado y trata de acortar por los elevados collados del Cáucaso. Es la llamada Operación Edelweiss, que desafía directamente a los alpinistas soviéticos. Sin embargo, estos están dispersos por todos los cuerpos del ejército y los distintos frentes, desde los macizos de Irán hasta las monótonas llanuras del Volga. El Estado Mayor soviético jamás se había enfrentado a una guerra del vértigo. A fin de cuentas, las «alpiniadas» militares siempre fueron ascensos ocasionales. El Ejército Rojo carece de tropas de montaña.

En la URSS, esa ofensiva de los *Gebirgsjäger*, los cazadores alpinos nazis,[3] se vive como una auténtica puñalada en la espalda, porque, cosa extraña, el ocupante encuentra sus propias marcas en el Cáucaso. ¡Con razón! En tiempos de paz, algunos alemanes

habían compartido cordada con los rusos. Todavía conservan los mapas trazados durante esas expediciones fraternales. «Ese muchacho alemán, que antes de la guerra escalaba por estas cuestas a tu lado» y que «ahora prepara su arma para la batalla», cantará más tarde Vladímir Vysotski, con este estribillo: «¡Porque son nuestras montañas, nos van a ayudar!». Antes de entrar en combate, los soviéticos no gritan «¡Por Stalin!», sino *«Za ródinu»*, es decir, «¡Por la tierra natal!», «¡Por la madre patria!».

Los *Gebirgsjäger* avanzan aún más deprisa de lo previsto porque los pueblos caucásicos, vacunados contra el bolchevismo y el estalinismo, los acogen con los brazos abiertos, hecho que, al cabo de unos años, les valdrá crueles deportaciones. Mientras tanto, miles de civiles huyen a pie hacia el sur de la cordillera. Mujeres, niños y ancianos, formando largas columnas, franquean los altos collados en dirección a Georgia. La resistencia se organiza desde Svanetia, donde la ciudad de Mestia se llama entonces Beria. Los Jäger dominan el terreno hasta tal punto que, en agosto de 1942, incluso coronan el Elbrús. Para la generación de los hermanos Abalákov, resulta humillante. Una bandera nazi ondea en el techo de Europa, que los invasores quieren rebautizar como monte Hitler, mientras en Berlín la propaganda de Goebbels pregona la conquista del Cáucaso.

Sin noticias de Yevgueni. Le he perdido la pista. ¿Acaso Anna tiene alguna carta clandestina, que lee febrilmente? Los soviéticos, heridos en su orgullo, reaccionan en otoño. En las faldas del monte Elbrús, a más de 4.000 metros de altitud, tienen lugar varias batallas, convirtiéndose en el frente más alto de la segunda guerra mundial. Los alemanes cuentan con la ventaja de la posición. Ocupan el refugio de montaña de ciento veinte plazas construido recientemente. Los asaltantes soviéticos, simples reclutas movilizados con urgencia, sin material y sin experiencia alguna, pierden la vida en las pendientes llenas de grietas de los glaciares, que todavía hoy escupen armas, uniformes, osamentas y granadas herrumbrosas. Sé que Yevgueni no participa en esas ofensivas desesperadas. Sé que está sano y salvo. Lo sé porque en Bakuriani, en Georgia, se inaugura precipitadamente una escuela de alpinismo

militar. Y el intendente de tercer rango Abalákov debe dirigir la instrucción. Lo acompañan todos los escaladores que siguen vivos de entre los destacados en el frente del Cáucaso.

De esos años, solo se conserva un texto de Yevgueni, publicado en 1943 en una gaceta del ejército, titulado sin rodeos «Cómo desencadenar avalanchas sobre la cabeza de los fascistas». ¡Menudo programa! También encontré una fotografía en la que Yevgueni aparece uniformado, caminando junto a su caballo por un valle reverdecido. Desconozco si participa en las batallas, si «desencadena avalanchas sobre la cabeza de los fascistas» o si a veces sube hasta los collados o los desfiladeros fortificados. Al fin hay una línea que aguanta, la de las crestas. La Wehrmacht no consigue subir por la vertiente sur. «El Elbrús en llamas», escribirá uno de los protagonistas. Una pérdida de tiempo que se cobra muchas vidas. Los soviéticos nunca vencerán a los Jäger, que retroceden por sí solos, improvisando la retirada. El Ejército Rojo se proclama vencedor en Stalingrado. Amenaza con sitiar el Cáucaso. Reconquista el valle del Elbrús por abandono de las posiciones enemigas. En pleno mes de febrero, manda a un escuadrón para arrancar los símbolos nazis que maculan la cumbre del vertiginoso volcán. Me habría encantado que Yevgueni Abalákov formara parte de él, que se abriera paso entre los últimos soldados confundidos de la Wehrmacht. Las temperaturas han alcanzado los –40 ºC y, en algunos lugares, aparecen cadáveres congelados. Pero Yevgueni no pertenece a ese grupo militar calzado con botas de fieltro, que una noche cristalina escala hacia la estrella polar. Cualquier alpinista soviético cree que brilla justo encima de la cumbre principal. A 5.642 metros de altitud, todo está congelado por un frío cósmico. Antes de que la bandera púrpura de la URSS empiece a restallar a causa de las ráfagas de viento, deben romper el hielo que petrifica la cruz gamada. En medio del aire enrarecido y de los alaridos del viento, los hombres —y una mujer— disparan con sus pistolas Nagant mientras gritan hurra a voz en cuello.

Yevgueni Abalákov no era uno de ellos. En una fotografía, posa con otros oficiales en unos pastos. Lo han promocionado a

capitán. Los enfrentamientos ya quedan lejos. A los soldados a quienes Yevgueni enseña el arte de luchar en la montaña los envían a los Cárpatos, los Balcanes, los Tatras… El frente se desplaza hacia el oeste. Yevgueni no lo sigue. Sus compañeros sí que se marchan, como Ferdinand Kropf, un alpinista austríaco nacionalizado soviético pero a quien el NKVD estuvo a punto de fusilar porque no dominaba el ruso. Lo lanzan en paracaídas en los Alpes y las cadenas montañosas de Yugoslavia con la misión de que organice los movimientos de los guerrilleros.

No sé si Yevgueni se siente aliviado o frustrado por no ir hacia Berlín. A fin de cuentas, debe obedecer las órdenes. Y, en 1943, recibe la de regresar a las alturas en compañía de otros dos instructores. Su misión consiste en recorrer todo el macizo de Dzhuguturliuchat con el fin de celebrar como es debido el vigésimo aniversario del alpinismo soviético. La idea parece absurda. «Mientras el Ejército Rojo se desangra en el este de Europa, unos oficiales dedican ocho días a unos ascensos propagandísticos», lo ridiculiza la prensa inglesa. Según otras fuentes, el ascenso en cuestión no se lleva a cabo hasta octubre de 1944. En cualquier caso, la travesía del Dzhuguturliuchat resulta tan ardua como pronunciar el nombre del macizo. El caso es que marca el regreso de Yevgueni Abalákov al alpinismo. Sus compañeros de cordada se quedan atónitos al verlo escalar, con la punta de los dedos, encontrando siempre algún agarre invisible.

La guerra ha demostrado que Yevgueni no es tanto un combatiente como el escalador estrella de un nuevo mundo, nacido de un big bang revolucionario cuyos aniversarios y efemérides se celebran por todo lo alto. Su cometido es conquistar las cumbres más vertiginosas de la URSS por la gloria del comunismo naciente. Resulta que, justo entonces, en Asia Central, en lo más remoto del macizo del Tian Shan, una expedición de topógrafos militares acaba de identificar una imponente montaña cuya altura parece comparable a la del pico Stalin. La Alemania nazi está capitulando. La cima que, según sus cálculos, culmina a 7.439 metros de altura es bautizada de inmediato como pico Pobedy, es decir, pico de la Victoria. Todavía harán falta casi veinte años y cadáveres que no

se pueden contar con los dedos de una mano para que un tal Abalákov logre coronar ese gigante cubierto por nieves eternas.

¡Hacia el Himalaya!

El pueblo idolatra a los soldados progresivamente desmovilizados. Durante la guerra, Vitali ha permanecido en la retaguardia junto con los ancianos, las mujeres y los inválidos, aunque muchas mujeres han luchado contra los nazis. ¿Qué valor tiene en la URSS un hombre que no ha combatido en el frente? A los millones de muertos los esconden bajo la alfombra púrpura de una victoria que consolida las repúblicas soviéticas. Moscú sigue despachando a rusos a Europa, y allí, sorprendentemente, he encontrado a Vitali en 1945. Acude a la Baja Austria, al sector ocupado por el Ejército Rojo. Desde luego, ¡qué misión tan extraña, la del antiguo presidiario, de viaje por los alrededores de Viena! Solo se me ocurre una razón: la búsqueda de la tecnología del Reich. Los vencedores americanos y soviéticos se apoderan de los inventos más diversos. Sin embargo, allí hay cohetes V2 y secretos balísticos, no cuerdas ni crampones de alpinismo...

Vitali es empleado del VNIIFK, uno de esos acrónimos exagerados que abundan en ruso, que significa Instituto de Investigación para la Cultura Física. En particular, trabaja en el Laboratorio Central del Inventario, diseñando aparatos para reeducar a los inválidos mutilados por las bombas. Se dedica a perfeccionar prótesis que palíen las amputaciones y los muñones. En realidad, a través de la ingeniería médica, intenta superar su propia discapacidad. Ya han transcurrido casi nueve años desde la catástrofe del Khan Tengri. Por fin empieza a ver la luz tras el largo túnel del hospital, la cárcel y la guerra: una convalecencia en el infierno.

En 1946, Valentina Cheredova vuelve a dar a luz, esta vez a una niña, hecho que trasluce su resurrección íntima y cierta felicidad conyugal. Parece un nacimiento propio de un *baby boom*,

aunque en la URSS no hay ningún pico de natalidad. Llaman a la bebé Galina, Galina Vitálievna Abalákova, y la familia sigue viviendo en Perlovka, a treinta kilómetros de la Plaza Roja. Ocupan la mitad de una casa rodeada de un huerto con árboles frutales. Valentina lleva la casa, mientras que a Vitali le gusta ir a cazar y a pescar con su hijo. A veces, Yevgueni va a visitarlos con su propia familia, en su dacha de Taininka. Juntos saborean la paz recobrada y los encantos de la región de Moscú. En casa de Yevgueni, los años de posguerra también son muy dichosos. Anna festeja el regreso de su marido y su hijo Alexéi por fin conoce a su padre, un verdadero héroe.

Una vez más, los Abalákov pueden sentirse afortunados. La inmensa mayoría de los soviéticos han perdido a su esposo, a todos sus hijos o a su madre. La encarnizada defensa de la patria se ha cobrado la astronómica cifra de veinte millones de muertos. En el círculo de los alpinistas, hacen un llamamiento a los supervivientes. Los que habían salido indemnes del Terror esta vez no han tenido la misma suerte. Gutman ha ardido en el interior de un tanque frente a Leningrado, otro ha caído en la batalla de Stalingrado, otro se ha hundido en el Báltico a bordo de un submarino. ¡Un desastre! Los soviéticos, que antes de la guerra alardeaban de ser el país con más alpinistas que habían alcanzado los 7.000 metros, ya solo tienen una lista de mártires.

Los supervivientes vuelven a encaminarse hacia las cumbres, aunque en su mayoría tengan una mano amputada o un ojo menos. Aquellos que no han sufrido la carnicería del frente han regresado del gulag bastante maltrechos. Se reencuentran en el Cáucaso. Entonan cantos militares, se cuentan sus años de guerra, se atreven a soñar de nuevo con las montañas, que al menos siguen allí. Pero ni rastro del pastor circasiano que se cruzaban siempre al pie del níveo Bezengi. Deben de haberlo deportado a las gélidas estepas del Kazajistán. Nunca más volverán a verlo mientras duerme sobre unas pieles de cordero, mordisquea pan de maíz o vigila el rebaño.

Las infraestructuras han quedado destruidas. Hay que

reconstruirlo todo. Los cronistas soviéticos hablan de la «recuperación» del alpinismo, como si se tratara de la producción de acero o de máquinas agrícolas. Aportan datos estadísticos del crecimiento exponencial e inevitable de la «masa» de practicantes. En las «repúblicas montañosas», los campos de entrenamiento vuelven a abrir poco a poco. En Osetia o en Azerbaiyán, los alpinistas retoman la práctica con un entusiasmo renovado; centenares de cordadas conquistan las cumbres.

Por su parte, Yevgueni cree que dispone de los medios necesarios para hacer realidad sus ambiciones. Cuenta con el apoyo de las instituciones deportivas y de la Academia de Ciencias. Cuando regresa a casa, una vez desmovilizado bastante tardíamente, ya tiene nuevos proyectos de partida. «Siempre desaparecía para participar en alguna expedición», recuerda su hijo, un poco dolido por sus repetidas ausencias. Pero el Terror y Hitler han postergado durante demasiado tiempo las aspiraciones de ese alpinista sin parangón. Sueña despierto con el pico de la Victoria, descubierto durante los últimos años de la guerra, que al parecer es el punto más elevado del Tian Shan.

Yevgueni es convocado al minucioso examen de los datos trigonométricos obtenidos por los topógrafos militares, que midieron y fotografiaron el pico de la Victoria desde varios puntos panorámicos, mientras un avión cuadriculaba la zona. El profesor Letavet se ha encargado de contrastar rigurosamente las fotografías, las escalas y los recuerdos de cada cual. A continuación, la Academia de Ciencias proclama el descubrimiento en una sesión solemne, que sume al público en el estupor. «A los escaladores que se habían deslomado para conquistar el Khan Tengri, considerado hasta entonces la principal cumbre de la URSS, les costaba relegarlo a un segundo puesto», explica un autor.

Yevgueni quisiera plantar cuanto antes la bandera roja de los sóviets en lo alto del nuevo coloso, pero el Comité Pansoviético para la Cultura Física tiene otros proyectos para él. La exploración del Pamir queda inconclusa, pues. En 1946, le encargan una expedición de reconocimiento del territorio del corredor de Waján, en la frontera de Afganistán, muy codiciado por Moscú. El pico de

la Victoria deberá esperar.

En sus cuadernos, Yevgueni confiesa que no logra reunir el material necesario. Recorre el Moscú de posguerra. Hay tal escasez que debe aplazar la partida en dos ocasiones. Su mujer, su hijo y sus allegados, que apenas lo han visto unos meses, han organizado una fiesta de despedida, pero Yevgueni no tiene tiempo, así que la familia se precipita a la estación abarrotada. Una vez en el vagón, Yevgueni escribe que empieza la «calma chicha». Días enteros navegando hacia el mar de Aral, las riberas del Sir Daria, Taskent, Osh. Los miembros de la expedición se entregan a la ociosidad de los viajes en tren, tumbados en las literas, con una sonrisa en los labios. Aparte del incombustible profesor Letavet, el resto —o casi— son nuevos.

Yevgueni reconoce los perfumes olvidados de Asia Central. Llevaba diez años sin ir. Diez años de purgas y de batallas. Los nazis no llegaron a esos confines continentales, pero evacuaron a centenares de miles de civiles y fábricas enteras. Ahora producen en cadena el futuro radiante del socialismo en medio de las estepas desérticas. La expedición toma la inevitable carretera M-41 y atraviesa todo el altiplano del Pamir hasta Khorugh, un puesto avanzado del comunismo frente al Afganistán feudal. En sus cuadernos, Yevgueni cuenta que, tras tantos días de traqueteo, le duele la espalda. Se recupera bañándose con sus camaradas en el río Panj, frente a los pueblos llenos de burkas azules. ¡Por fin han llegado a una de las fronteras de la inmensa URSS! Más allá de ese caudaloso torrente, el Himalaya, Buda, los dioses hindúes y las diosas con mil brazos reñidas con Alá.

El objeto de estudio de Yevgueni es el titánico relieve de ese límite de la civilización. Al norte, el progreso acaba de sustituir el opio de las religiones ancestrales. Los soviéticos erigen presas, fábricas y centrales eléctricas. Las mujeres se quitan el velo. Al sur, la Edad Media islámica y el yugo colonial británico. Yevgueni y sus camaradas son los embajadores del siglo moderno en un universo de piedra, de polvo y de oasis. Sus cuadernos describen en detalle esas semanas tan palpitantes para él como fastidiosas para su lector. La expedición lleva a cabo un sinfín de observaciones

meteorológicas, de levantamiento de planos y arduos ascensos que no hacen menguar su determinación. «Los alpinistas soviéticos apoyan la ciencia incluso en ocasiones en que sus homólogos occidentales estarían demasiado agotados como para sostener un termómetro o realizar un simple croquis», alardea Yevgueni.

Un buen día, un anciano les señala la «yurta blanca» de un pico llamado Patkhor. Poco después, doce alpinistas emprenden el ascenso de esa cumbre virgen de 6.080 metros. ¡Doce! En su cuaderno, Yevgueni se enorgullece del número: «¡Ningún país capitalista puede jactarse de ello!», asegura. Sin embargo, lo más destacado de la expedición sigue siendo el primer ascenso al pico Karl Marx,[1] de 6.726 metros. En efecto, es la cumbre soviética más alta de esa frontera, además de centinela del Pamir frente al Hindukush. Vela por una Afganistán tribal y piadosa. Por desgracia, el cielo está encapotado y Yevgueni se lamenta de no poder trazar esquemas topográficos. «Nos negamos a practicar un alpinismo que no aporte nada a la ciencia. Nos disgusta no haber podido hacer fotos ni haber medido el azimut», explica arrepentido otro miembro, frustrado también por los caprichos del cielo.

Yevgueni Abalákov se disculpa por «únicamente» haber conquistado el pico Karl Marx. Pero miente, por supuesto. Es evidente que sueña con las proezas más vanas, con los 8.000 metros que erizan la cordillera de las cordilleras, muy cerca de allí, al sureste, entre las nubes. Está el K2, con el que soñaban él y Lorenz Saladin. Y también el Everest, más lejos aún, todavía virgen… ¿Qué reto le queda en la vida, aparte de ese famoso pico de nueve kilómetros en vertical? ¿Cómo iba a renunciar al Himalaya? Nunca había estado tan cerca…

Como de costumbre, regresa a Moscú con la tez curtida y el equipaje lleno de acuarelas y de fotografías exóticas. En los últimos andenes de Asia Central, compra jugosas uvas y un melón blanco para obsequiar a Anna y Alexéi. ¿Le cuenta sus viajes a Anna o bien ella asiste a los congresos de geografía de la URSS, para escucharle presentar los resultados de su expedición? En el estrado, Yevgueni se muestra tan a gusto como si estuviera escalando paredes. Expone en detalle las observaciones que ha hecho en el

corredor de Waján. Acto seguido, lo nombran Maestro Emérito del Deporte en Alpinismo. Un prestigioso profesor declara que es ni más ni menos el paradigma de las cualidades físicas, el rasero por el que medir a todos los demás. Por no hablar de sus virtudes morales.

Yevgueni nunca deja de causar sensación ni de repetir sus ambiciones. En un artículo publicado en *Smena*, evoca sin tapujos su afán de conquistar un pico de 8.000 metros: «Al pie del K2, en la falda de un lento glaciar, veo numerosas cordadas. Representantes de varios países han ido a resolver un viejo debate: ¿cuál será la primera nación en alcanzar una cumbre que supera los 8.000 metros? Una de esas expediciones es soviética. Todos los pueblos de nuestra madre patria siguen el ascenso paso a paso. ¡No fantaseo, no! No está lejos el momento en que...».

En el periódico *Ogoniok* de ese mismo año, 1946, leo lo siguiente: «Ahora mismo se está preparando para subir al pico de la Victoria (7.434 metros), todavía virgen. Con todo, su verdadero anhelo es coronar el Himalaya y el Everest —el pico más alto del mundo—. Los ingleses han intentado conquistarlo varias veces, en vano. Quién sabe, ¡tal vez Yevgueni Abalákov esté destinado a ser el primero en alcanzar el techo del mundo!».

No obstante, en 1947 vuelve a dirigirse, por enésima vez, a Tayikistán. La URSS, en plena posguerra, no dispone de los recursos necesarios para financiar una incierta epopeya himalaya. Stalin desea enseñar las bondades del comunismo a Afganistán, de ahí que el Pamir se haya convertido en la nueva *frontier* de la Internacional.

Hasta el último momento, Yevgueni no sabe si podrá marcharse. Debe presentar su estatua *El guerrillero* al jurado de la exposición pansoviética que celebra el trigésimo aniversario de la Revolución de Octubre. La seleccionan *in extremis* el 27 de julio y, ese mismo día, Yevgueni embarca a la carrera con el profesor Letavet en un avión que los lleva a Stalinabad (hoy Dusambé). Durante todo el verano, se dedican a explorar y cartografiar la cordillera Pedro I, uno de los escasos topónimos imperiales que se han conservado. El macizo se va elevando desde el oeste por medio

de una retahíla de cimas hasta el pico Stalin. Entre julio y agosto, llevan a cabo multitud de peripecias en las alturas y originales bautizos, como los del pico de las Crónicas Cinematográficas o los Treinta Años de la URSS.

En este último, a 6.640 metros de altura, termina la temporada de alpinismo. La temperatura es particularmente gélida, subraya Yevgueni. Ha alcanzado la cumbre en compañía de dos camaradas, con uno de los cuales entabló una estrecha amistad durante la guerra. Otra montaña, otra. En el Pamir, que se pierde de vista en el horizonte, hay un sinfín. Muy cerca de ellos se alza el majestuoso pico Moscú, todavía virgen, que Yevgueni estima —equivocadamente— que alcanza los 7.000 metros. Ese detalle demuestra que la exploración de la vertical, esa dimensión estéril y descuidada, queda inconclusa.

En los archivos fotográficos apenas hay fotografías suyas, pero se conserva un retrato de Yevgueni en la cima del pico de los Treinta Años de la URSS, sosteniendo con las manos desenguantadas una bandera soviética atada de cualquier manera al mango de un piolet. A sus pies reposa una estatuilla de Stalin, que ha transportado en la mochila. Yevgueni lleva un sombrero de fieltro y clava la mirada en el objetivo, como si estuviera impaciente por terminar ese ritual absurdo. La escena en la que se inmortaliza al vencedor, rodeado de toda la simbología soviética, se repite en cualquier ascenso estalinista. ¿Qué piensa para sus adentros de ese hombre bigotudo para quien recorre todos los macizos de la URSS? Yevgueni nunca sonríe, parece que frunza los labios; debe de estar aterido.

Los autores soviéticos se detienen más que de costumbre en el pico de los Treinta Años de la URSS. Yo también, aunque la cima no tiene nada especial. Las frases se alargan, se encadenan sin aportar nada nuevo. Se demoran. Como si los tres hombres se hubieran pasado una eternidad allí arriba, contemplando el paisaje inmaculado, deleitándose con el sol de las alturas. En realidad, debieron de darse bastante prisa, ante la perspectiva de que se

desencadenaran los elementos, porque Yevgueni apunta en su cuaderno que desde hace hacía varios días el tiempo era horroroso. Y, pese a todo, en los relatos posteriores se empeñan en que entrevió fugazmente, entre dos nubes, el altísimo pico Stalin, la montaña que le dio la fama quince años antes.

Lo dudo, pero de acuerdo. Aunque solo sea por razones poéticas.

Fue su último ascenso.

¿Un crimen o un accidente?

El 22 de marzo de 1948, en la Casa de la Ciencia, Yevgueni presenta ante un nutrido público sus hallazgos en la cordillera Pedro I. Le encantaba la geografía. Su época le brindaba las alegrías de la exploración, del estudio básico de los glaciares y de las remotas cordilleras. En su conferencia, describe el austero y desconocido Pamir. No descarta descubrir algún otro pico de 7.000 metros. Queda tanto territorio por prospectar... Sin embargo, ha llegado el momento —¡albricias!— de emprender una expedición al pico de la Victoria. Al día siguiente, la Federación Pansoviética de Alpinismo le encarga la misión solemnemente. Le ordenan que vaya a plantar la bandera roja. A Yevgueni, esa expedición le parece la antesala del Himalaya. Si lo consigue, Moscú por fin lo enviará a la conquista de un pico de 8.000 metros.

Pero nunca sucede.

Al amanecer del 24 de marzo, encuentran el cuerpo inanimado del alpinista Yevgueni Abalákov.

Yace en un piso de la calle Izvóznaia (llamada hoy Studéncheskaia), cerca de la estación de Kiev; una vivienda comunitaria de tres habitaciones, en la que vivían dos familias, en un edificio que sigue en pie. Junto a él se hallaba otro cadáver, el de un camarada suyo del ejército recién llegado de Tiflis. Yevgueni lo había retratado durante una tregua en el frente del Cáucaso. Aquella noche festejaban su reencuentro.

En los archivos sociopolíticos de Moscú consulté las conclusiones de la investigación policial. Establecen que, hacia medianoche, tras el acto en la Federación Pansoviética de Alpinismo, los dos amigos se dirigen a la estación de metro de Biblioteca-Lenin. A continuación, van a casa de un conocido, el doctor Belikov, con domicilio en la calle Izvóznaia número 36b,

piso 13. Allí, según cuenta el informe, que insiste en la alcoholemia sin precisar jamás la tasa, todos beben alegremente: un litro y medio de vino tinto georgiano, para ser exactos.

Según la declaración del doctor Belikov, hacia las cuatro de la madrugada sus dos amigos le dicen que les apetece darse una ducha. Él se acuesta y más tarde, como no encuentra a sus invitados en la cama, los halla sin vida en el cuarto de baño. Intenta reanimarlos por boca a boca, despierta a su mujer y luego envía a la vecina —es decir, a la coinquilina— a pedir auxilio. La vecina en cuestión solo recuerda, en su testimonio, haber ido al baño una sola vez durante la noche. El aire estaba enrarecido. Al echar un vistazo por el tragaluz roto que da al cuarto de baño, vio vapor y agua que caía.

Un médico certifica su muerte a las 5.12. La investigación concluye que la causa del fallecimiento es la inhalación de monóxido de carbono, debida a un calentador de agua sobrecargado, sumado a una ventilación deficiente. Al final del documento también se mencionan las numerosas quejas a la fiscalía por parte de Anna Kazakova. La viuda de Yevgueni Abalákov jamás aceptó la tesis del accidente. Nunca se conformó con la sentencia mecanografiada el 25 de septiembre de 1948, dictada por un comisario: «No cabe duda alguna sobre la intoxicación. En ausencia de otros elementos, cerramos la investigación». A su juicio y al de tantos otros, era impensable que el héroe del pico Stalin hubiera sucumbido a una simple intoxicación de gas, en la bañera de un piso comunitario.

En 2003, el doctor Belikov, ya anciano, vuelve a contestar a las preguntas del periódico *Parlámentskaia Gazeta*. En 2003, la gente ya no tiene miedo. La URSS queda lejos. Pero el viejo médico no revela nada. La noche del 23 al 24 de marzo de 1948, hacia la una de la madrugada, cuando se disponía a acostarse con su mujer, llamaron al timbre. Yevgueni y su camarada traían vino, un tinto seco de Georgia. Se sentaron a charlar, tomaron una copa y después quisieron ducharse. El médico cuenta que oyó el agua correr durante mucho rato. Cuando se decidió a levantarse, ya se había inundado el suelo de la cocina. La llama del calentador

estaba apagada. Al parecer, era una noche gélida y ventosa. Las instalaciones de entonces eran deficientes, y el gas, más mortífero que el de hoy en día.

Recuerdo que, en Ucrania, donde viví varios años, una empleada municipal se dedicaba a pasar regularmente por los bloques de viviendas y, en cada rellano, recordaba a los vecinos que ventilaran bien el cuarto de baño y dejaran la puerta entreabierta. A continuación, había que firmar un documento conforme uno había sido avisado. Eso debía de ser habitual en la URSS, si todavía hay empleados con ese trabajo. Por otra parte, no hace falta contar cómo acaban las borracheras de los rusos, especialmente con antiguos compañeros del ejército. Ningún elemento llegó a cuestionar jamás las conclusiones de la policía moscovita.

El hijo de Yevgueni, Alexéi, que por aquel entonces tenía siete años, durante toda su vida ha intentado demostrar que fue un asesinato. Aduce las marcas azuladas de los cadáveres y los rastros de lucha. Asimismo, cita la reacción de su tío Vitali, quien al parecer enseguida exclamó: «¡Eso no se sostiene de ninguna manera!». Al profesor Letavet también le sorprendió que las otras personas que se encontraban en el piso en ese momento salieran indemnes. «El gas no elige», sentenció, antes de acatar sabiamente la versión de la fiscalía. En cuanto a Anna Kazakova, solo vio un cuerpo medio mutilado, sin caja torácica ni estómago. Por mi parte, si tuviera que expresar mis dudas sobre la versión oficial, diría que Yevgueni ya se había enfrentado al riesgo de asfixia en numerosas ocasiones, cuando una tormenta lo había sepultado en grutas de nieve, donde escaseaba el oxígeno. Y siempre había intuido el peligro del aire enrarecido y había reaccionado al instante.

La prensa soviética lloró la muerte del héroe Abalákov sin inmutarse. La noticia no se anunció hasta el día del funeral, pese a que la BBC se había hecho eco el mismo día de la «muerte del mejor alpinista y explorador soviético, Yevgueni Abalakoff». El mito de la montaña comunista había caído. Según su hijo, conservaron su corazón en el Instituto Médico y enterraron su

cuerpo en el prestigioso cementerio de Novodévichi. Se conservan unas fotografías del difunto en el ataúd, vestido con un traje negro, yaciendo en medio de flores, rodeado por sus allegados. Tuvieron que sujetar a Anna Kazakova, que se tambaleaba, entre llantos desgarradores y música de violines. Según los testigos, a Vitali se le saltaron las lágrimas por primera y última vez en la vida. Vera Mújina, la ilustre escultora y antigua profesora de Yevgueni, declaró: «Su muerte ha resonado como un trueno en un cielo sin nubes».

Fue un día negro, después del cual la muchedumbre compasiva y triste se disipó. Anna se quedó sola con su hijo. Durante el resto de su existencia, luchó con denuedo por la memoria de su marido. En los archivos leí una larga carta a Jrushchov, el primer secretario del Partido Comunista, suplicándole, al cabo de los años, que aclarara las circunstancias de la muerte de Yevgueni. Una desgarradora petición de una mujer que ya no sabe a qué *apparátchik* dirigirse. Con su escritura clara y elegante, se extraña ingenuamente de la brillante carrera del doctor Belikov después de ese caso. Se lamenta de que la investigación empezara demasiado tarde y habla sin tapujos de «asesinato». Un crimen con «profundas raíces», en el que ve la mano de los servicios secretos extranjeros. «Abalákov era un elemento clave de la defensa de las fronteras montañosas», afirma, antes de profetizar en condicional pospretérito que «debería haber conquistado el Everest»...

¿Cómo aceptar que un hombre así se muera en el cuarto de baño, en la cumbre de su gloria, cuando miles de visitantes contemplaban su obra expuesta en el Museo de Bellas Artes? Anna Kazakova jamás logró hacerse a la idea. No podía aceptar aquel final digno de un suceso para un alpinista acostumbrado a aparecer en las primeras páginas de los periódicos. Lo que más me conmovió de sus incansables quejas manuscritas es su manera de presentarse como remitente. En la parte superior derecha de la página, indicaba con orgullo: «De parte de la viuda del explorador de la subestratosfera y de las regiones más altas de la URSS, de parte de la mujer del campeón del mundo Y. Abalákov». Todo

estaba dicho en esas pocas palabras: su deslumbramiento, su veneración y su desesperanza atroz. ¡La «subestratosfera»! Su difunto esposo era un conquistador del cielo, un astronauta *avant la lettre*. ¿Acaso Nikita Jrushchov era consciente de ello? El primer secretario de la URSS ordena de manera lapidaria: «Que se aclare este asunto y me informen».

Anna Kazakova resulta ser una viuda cargante. El Comité para la Cultura Física desea crear un premio Yevgueni Abalákov que se conceda anualmente a los escaladores más destacados. Pero, ya en 1949, ella escribe varias cartas protestando porque el Comité se niega a que la estatuilla sea una reproducción de la escultura *El alpinista*, con la que Yevgueni se había consagrado en la exposición pansoviética. En efecto, *El alpinista* representa a un hombre y una mujer bajando con prudencia por una pendiente muy abrupta. Sin embargo, el Comité prefiere ¡una alegoría más contundente! Anna Kazakova se indigna. Se desahoga violentamente, durante páginas enteras. Firma como «Anna Abalákova», aunque hasta entonces siempre se había apellidado «Kazakova». Se lamenta amargamente de que «todo se haga para borrar la memoria de Abalákov y de sus proezas». Le responden a máquina, de manera cortés pero tajante. Hasta el camarada Vitali Abalákov se expresa en contra de la viuda públicamente.

Entonces el Comité encarga a un antiguo colega de Yevgueni una figurita titulada *Abalákov en la cumbre*. La réplica de Anna Kazakova no se hace esperar: critica la «caricatura» y la «discriminación» de su legado artístico. Pide el apoyo de todas las personalidades que trataron a Yevgueni, ese dios soviético de quien los hombres se disponen a abjurar. Sin embargo, sus esculturas están en todas partes, en la Universidad de Moscú, en el museo central del ejército, en el Cáucaso… Hay réplicas de *El alpinista* en la entrada del zoológico de Moscú, en el estadio o incluso en la columnata decorada con trigo y en las fuentes de ninfas de la exposición de los logros de la URSS. De hecho, yo fui a admirar *El alpinista* allí un hermoso día de otoño, frente a un pabellón neoclásico con multitud de bajorrelieves. Aunque la estatua fue restaurada, se ha roto un piolet y una de las rodillas tiene un

rasguño, como si hubiera sufrido una caída.

En 1957, el Comité para la Cultura Física incluso encarga una reproducción en bronce de *El alpinista*, que hace colocar encima de la tumba de Yevgueni. Setenta años después de su muerte, fui al cementerio de Novodévichi, situado junto a un monasterio de monjas, en pleno corazón de Moscú. Allí se encuentran, sin orden ni concierto, las estelas de generales del Ejército Rojo, de Jrushchov, de Gógol, de Chéjov, de actrices soviéticas caídas en el olvido o del ingeniero Túpolev. Aparecen nombres de algunos torturadores de las persecuciones estalinistas, pese a que sus víctimas llenan las fosas comunes. En el mapa del cementerio, «Abalákov Yevgueni» es el primero por orden alfabético. Sin embargo, los grupos de turistas chinos prefieren fotografiar los mármoles lisos de los mandamases del Partido Comunista, presas de la admiración en la que se han criado.

La estela de Yevgueni se reconoce enseguida porque está presidida por *El alpinista*. Junto a él, se alza otra estatua que representa a una viuda desconsolada y a un niño agarrado a su vestido. Los dos miran a Yevgueni con tristeza. Supongo que son obra de su hijo Alexéi, escultor como su padre, que enterró a su madre junto a él en 1992. También debió de ser él quien, tras la caída de la URSS, hizo grabar el epitafio que se puede leer hoy entre la sepultura de sus padres: «Yevgueni Abalákov, asesinado por el régimen de Moscú el 24 de marzo de 1948» y «Anna Nikolaevna, perseguida durante cuarenta años de Terror, habiendo llevado su cruz y su aflicción».

Detrás había una regadera y un estuche con herramientas de jardinería, pero incluso las flores de plástico parecían mustias. Nadie había visitado la tumba desde hacía tiempo. ¿Seguía vivo Alexéi? Había leído su libro, *El misterio del asesinato del legendario alpinista Yevgueni Abalákov*, que habla de todo menos de la montaña. Alexéi acusa casi explícitamente a su tío Vitali de estar devorado por unos celos criminales. Señala la responsabilidad del NKVD o de los servicios secretos británicos, que temían que Yevgueni conquistara el Everest… También cita a Papanin, doble héroe de la URSS y celebérrimo explorador polar: «Alcanzar y

explorar la cumbre más alta de la Tierra, el Everest, que nadie ha pisado todavía, solo está al alcance de la fuerza de Yevgueni Abalákov».

A pesar de todas esas teorías descabelladas, quise ir a visitarlo. Conseguí su número de teléfono y enseguida me invitó a su casa. Yo me esperaba un hombre apremiante y vehemente. Conocí a un anciano con los ojos del color del lago Baikal, de salud frágil y derrotado por su combate contra el olvido. Cuando nos encontramos en una calle de Moscú, iba vestido con una dignidad que solo muestra la gente mayor. Me recibió en su piso, semejante a miles de pisos, situado en lo alto de un edificio de la época de Jrushchov, con alfombras y muebles *made in USSR*, la sempiterna cocina de gas, paredes desconchadas y un sistema eléctrico que desafía todas las normas. Su escasa pensión no le permite renovar nada. De hecho, las viejas generaciones soviéticas borran a regañadientes su cotidianidad de antaño.

Nada más entrar en el piso, al ver la decoración, se me hizo un nudo en la garganta. El salón principal era un auténtico memorial. Las paredes y el suelo estaban repletos de miles de objetos, estatuillas, fotografías y recortes de periódicos. En la vitrina del pasillo, destacaba la máscara mortuoria de Yevgueni Abalákov. Por todas partes colgaban sus óleos y acuarelas: el glaciar Fedchenko, el Registán de Samarcanda, el Khan Tengri, el propio Alexéi retratado por su padre... ¡El padre! ¡Por todas partes el recuerdo del padre! Ante mí había un niño de setenta y siete años, que aún parecía esperar que su padre regresara de alguna expedición exótica, cargado de sandías compradas tras arduas negociaciones en el andén de alguna estación uzbeka.

Entonces contemplé los cuadros durante mucho rato. Si conoces la historia del pintor, aún te parecen más hermosos. «Nadie los quiere —me confesó Alexéi—. Estoy buscando una galería, no tengo hijos. Debo colocar su obra antes de morirme.» También están las imponentes esculturas almacenadas en un taller del extrarradio que le ha prestado la Unión de Artistas. Toneladas de metal con las que Alexéi no sabe qué hacer. Esa es la última misión del anciano, su «deber sagrado» y su «incesante dolor».

Desde luego, queda la casa natal de Krasnoyarsk, que todavía sigue en pie, pero desde que los bolcheviques la confiscaron durante la revolución, pertenece al municipio. Alexéi propuso convertirla en un museo, depositando allí el archivo familiar. Hubo recepciones oficiales y grandes declaraciones, pero luego la Rusia de los compromisos volvió a las andadas. De hecho, el inmenso patio de antaño ha desaparecido bajo nuevas construcciones. Solo queda una estrecha esquina, donde Alexéi instaló un busto de Yevgueni, pero no de Vitali. Al menos las autoridades locales lo aceptaron. A fin de cuentas, un busto expuesto a la intemperie no molesta a nadie.

Él nunca ha ido a la montaña. Se ha dedicado a moldear —por todas partes, por encargo— monumentos en honor del socialismo. Obras institucionales, pesadas, en el más puro estilo realista, memoriales, obreros con los músculos marcados, soldados marchando. Una de ellas, titulada *Los pioneros del vértigo*, reúne en una misma obra al piloto Chkálov, al astronauta Gagarin y… al alpinista Abalákov. A su juicio, representan la trinidad de los conquistadores rojos, los héroes más importantes que ha alumbrado la URSS. Alexéi pone a su padre a la misma altura que el primer hombre que fue al espacio. En su fuero interno conviven la aversión al régimen comunista y la nostalgia de la URSS.

Conversamos en su diminuta cocina, tomando un té negro, con el ruido de fondo de la vieja nevera y los sabores de algunos dulces rusos. Alexéi es un profano en alpinismo; comete errores de bulto respecto a las cumbres y las lejanas cordilleras que no ha visitado jamás. No me enseña nada al respecto. No le interesa lo más mínimo. Su idea, que lleva toda la vida persiguiéndolo, es que su padre era un hombre sin parangón y que fue eliminado, así que, tras la caída de la URSS, acudió a los archivos del NKVD, recién abiertos. Solo encontró lo mismo que yo consulté veinticinco años después, con la diferencia de que él sigue convencido de la existencia de un expediente secreto.

Fui a visitarlo por no tener cargo de conciencia. ¿Qué iba a decirme, aparte de contarme la historia embellecida de Yevgueni, abatido en pleno vuelo, frente a Vitali, el hermano envidioso de sus

asombrosos éxitos? El libro que publicó Alexéi se pierde en delirios conspirativos y antisemitas. Acusa a su tío de haber escalado únicamente en compañía de Moiséievich y otros Iósifovich, judíos declarados, enemigos atávicos de la gran Rusia. Cree haber reconocido el *modus operandi* del asesinato de su padre viendo un programa sensacionalista sobre la supuesta muerte de un político georgiano. Conocí a un hombre atormentado por preguntas irresolubles y una época que se prestaba a las sospechas más disparatadas. La profunda amargura de Alexéi Abalákov me dejó perplejo. Lleva décadas reescribiendo la historia con *«yesly by»*, es decir, «¿y si…».

Antes de marcharme, volví a admirar discretamente las fotografías de su madre. Los dos se dirigieron a todas las instancias habidas y por haber, que les cerraron todas las puertas. Ella vivía en la calle Balákirevski, en un cuarto pequeñísimo. Creía que la vigilaban, así que solo llamaba desde el teléfono de sus amigos. Según Alexéi, fue ella quien reunió los cuadernos de Yevgueni para que se publicaran. Sin embargo, su nombre no figura en ninguna parte, observé yo. El supuesto «editor» es el profesor Letavet. A él le correspondió la laboriosa tarea de suprimir pasajes enteros del original; Dios sabe qué llegó a cortar… Pero Alexéi insistió en la fecha de la primera edición: 1963. ¿Por qué hubo que esperar quince años, tras la muerte de Stalin, para publicar ese dietario que no tiene nada de subversivo? Por todos los nombres de fusilados y de deportados que abundan en sus páginas, supuse yo. Alexéi era de otro parecer.

Anna Kazakova intentó suicidarse una vez, al menos. Su existencia se había reducido a su condición de viuda; solo deseaba cultivar el recuerdo de su marido. Siempre entregaba el premio Yevgueni Abalákov en Moscú o en los Stolby de Krasnoyarsk. También era miembro de honor del club Abalákovets en la república socialista soviética de Ucrania, cuya divisa sigue siendo en la actualidad «Llevamos su nombre como una antorcha». Allí se puede pedir que te dejen visitar el pequeño museo adyacente y

observar en una vitrina el sombrero que llevaba Yevgueni durante el ascenso al pico Stalin.

Esa mujer a la que solo conocí a través de su hijo me conmovió profundamente. Por su soledad, por el estupor que causa al morir de manera tan banal un hombre como Yevgueni Abalákov. Quisiera narrar aquí una última escena, aunque no puedo responder por completo de su veracidad. Tal vez se la inventara alguien, aunque nada impide que la anécdota no sea cierta. El caso es que, por su estatus, de vez en cuando Anna Kazakova coincidía con mandamases del gobierno soviético. Se cuenta que siempre les rogaba que le revelaran la verdad. Un día, mientras le aseguraba a Yuri Andrópov que no creía que la muerte de Yevgueni Abalákov hubiera sido un accidente, este replicó tajantemente:

—¡Pues nosotros sí que lo creemos!

Parte III
VITALI ABALÁKOV

El Spartak de Moscú

Hasta entonces, Abalákov era un nombre cuya gloria estaba mal repartida. Durante los primeros cuarenta años de su existencia, Yevgueni eclipsó a Vitali. La vida le ofreció todos los dones al primero y le impuso infinidad de pruebas y de suplicios al segundo. Mientras que las masas adulaban al hermano menor, al mayor apenas lo conocían. Yevgueni era más talentoso, más fuerte, más carismático. Y, cuando regresaba a Moscú, se ponía su traje de artista y brillaba con otra luz.

Tras su muerte, unos amigos suyos llevan su efigie hasta un pico bautizado en su honor, en pleno Pamir. El nombre de Yevgueni Abalákov, pues, está grabado en el mapa para la eternidad soviética. La memoria colectiva conserva la imagen de un héroe en su plenitud, siempre sonriente. Por su parte, Vitali anda en la cuarentena, tiene el cuerpo mutilado y se ha quedado completamente calvo. Ha perdido diez de sus mejores años digiriendo su discapacidad. Tiene el rictus característico de la gente con una gran fuerza de voluntad, pero ¿quién se apostaría un kopek por su futuro como escalador? A nadie se le ocurre que el ingeniero de equipos deportivos pueda volver a experimentar el vértigo de las paredes.

Sin embargo, para la sorpresa general, Vitali escribirá la continuación de la leyenda Abalákov, una continuación brillante. Desde hace dos temporadas, ha retomado el camino de las cumbres del Cáucaso. El alpinismo lo obliga a superarse, a vivir plenamente en lugar de arrastrar su dolor por Moscú. «Había regresado a la montaña para no quedarse inválido», explica uno de sus compañeros de cordada. En los senderos, lo reconocen por sus andares saltarines. Las falanges amputadas le impiden apoyar por completo la planta del pie. Frente a la habilidad innata de su

hermano, Vitali Abalákov encarna lo conseguido con fórceps: una diferencia abismal.

Como tanta gente, mientras leía e investigaba acerca de los Abalákov, no tenía demasiadas afinidades con Vitali, tal vez porque, como no escribió diarios, no había podido entrever su intimidad. Sin embargo, acabó despertándome una admiración sorda, imponiéndome su renacimiento decidido y tozudo, justo tras la desaparición de su hermano. Aunque Vitali y Yevgueni apenas se llevaban un año de diferencia, se sucedieron en el tiempo. Contra todo pronóstico, la era del mayor empezó a una edad avanzada.

Abalákov ha muerto, ¡viva Abalákov! El traspaso de poderes resulta evidente. Vitali acaba de publicar un libro tan impersonal y metódico como todos los que escribe: *Nueva técnica del alpinismo*. Asimismo, acaba de fundar la sección de alpinismo del Spartak, que también dirige. Se trata de un centro polideportivo para científicos, que en la actualidad es famoso por su equipo de fútbol. Pero en la URSS, fascinada entonces por la Antigüedad, se celebraba la cultura física en todas sus formas. Espartaco fue un esclavo que se rebeló contra el imperio romano, a quien Karl Marx consideraba un auténtico héroe proletario.

El Spartak de Vitali empieza a abrir audaces vías en las paredes más hermosas del Cáucaso. No hace falta citarlas todas. Solo diré que, recorriendo el filo del muro de Bezengi, Vitali encuentra el mensaje que habían dejado él y su hermano en 1932. En ese momento, no habían podido completar esa travesía pionera, pero esta vez Vitali y sus cordadas terminan el itinerario en once días, pese a que cae una tormenta. En 1949, lleva a cabo otra ruta de altos vuelos, del Koshtan-Tau al Dij-Tau, batallando durante dieciséis días. Vitali y sus compañeros avanzan en dirección contraria a las huellas de Yevgueni, que había inaugurado esa travesía en 1938, mientras Vitali se pudría en la cárcel. La orientación que elige el Spartak dificulta enormemente su avance. Algunos lo interpretan como un homenaje de Vitali a Yevgueni, pero un homenaje en forma de réplica y de revancha.

En varias ocasiones, por esa clase de proezas, el Spartak consigue el primer puesto en los campeonatos de la URSS. El

Comité Central Pansoviético para la Cultura Física acaba de instaurar un sistema de competiciones, aunque no lleve este nombre. ¡Quién lo hubiera dicho! ¡El alpinismo «útil» convertido en un simple deporte, organizado en secciones que se enfrentan por un trofeo! El propio Vitali había denunciado en un prólogo «la carrera desenfrenada por los récords». Desde luego, se trata de un vuelco ideológico. Un jurado elige los ascensos más espectaculares del año según tres criterios: la técnica, la altitud y la travesía. Esa emulación se vuelve vital en la URSS de posguerra, donde prácticamente se da por concluido el reconocimiento del territorio. Los progresos técnicos no tardarán en «domar» a los escaladores comunistas, así como a los aventureros en general. Apenas quedan cumbres vírgenes por conquistar, hecho que da paso al «alpinismo de vía», itinerarios extremos que se bastan a sí mismos.

Vitali Abalákov es el hombre paradigmático de esa época. Si su hermano menor fue el explorador del cielo, él es el técnico de las grandes paredes. El Spartak se lleva todas las medallas. En pocos años, Vitali se convierte en el líder de la montaña soviética; ya nadie llama al Spartak así, sino «el equipo de Abalákov». Su ilustre patronímico sigue reinando en las cimas, aunque con otro estilo, completamente distinto. Vitali es un hombre más austero. Cree a ciegas en un marco sumamente rígido, en el método, el dominio y el orden. Algunos escaladores no aguantan su dureza, su frialdad y sus costumbres espartanas. Ir a la montaña con él era «un castigo», recuerda apesadumbrado uno de los nuevos miembros de su equipo. Por la mañana, cuando sus compañeros todavía remolonean dentro del saco de dormir, él ya corre descalzo por la nieve, aseándose. Al igual que en la taiga de su infancia, le basta con comer cualquier cosa. Algunos lo apodan «el cojo de hierro»...

«El alpinismo soviético se basa en el colectivismo y la solidaridad, y en un entreno estricto, enemigo del individualismo pequeñoburgués y del egoísmo deportivo», pontifica Vitali. Así son los textos que ha dejado a la posteridad. De hecho, de un «maestro del deporte» bajo Stalin solo cabía esperar que proclamara la fraseología marxista-leninista, sobre todo habiendo sido acusado de

lo contrario por el NKVD. En público, Vitali Abalákov es un verdadero *homo sovieticus*. A través de la prensa de la época, descubrí que era más comunista que un secretario del Partido. La guerra fría acaba de empezar en todas partes: en Vietnam, en Corea, en Berlín... «La carne de cañón de ejércitos agresivos» se dispone a «llenar las montañas de espías, disfrazados de excursionistas», escribe en otra parte, recurriendo a fórmulas convencionales.

Vitali tiene la costumbre de reunir a su círculo en la sede del Spartak, en la calle Kúibyshev. Allí debaten largo y tendido sobre los objetivos de la temporada. El núcleo duro se compone de algunos supervivientes de la década de 1930, entre ellos, Nikolái Gusak, que en 1943 dirigió la reconquista invernal del Elbrús. También está Valentina, su compañera de vida, que es la primera mujer en ser nombrada «maestra del deporte en alpinismo». En las fotografías de la época, su cara destaca entre las caras curtidas y barbudas, aunque ella también tiene el rostro surcado por la alta montaña. Lleva el pelo corto, es ancha de cara, iluminada por una sonrisa franca y, por una cuestión de orgullo, jamás acepta la ayuda de sus camaradas.

¿Sobre qué discuten esos miembros del Spartak? ¿Hablan con plena libertad? No tengo la menor idea. La única pista que he encontrado son las declaraciones de Vitali, de las que se imprimen miles de ejemplares, en las cuales arremete severamente contra el alpinismo occidental, que considera «aventurista» y pervertido por una práctica solitaria y suicida, recorriendo «vías que, a cuantos más escaladores hayan matado, más atractivas resultan». A la moral soviética le parece indignante. El virtuoso ciudadano de la URSS recurre a la cultura física para desarrollarse, no para multiplicar «las víctimas inútiles y el sensacionalismo comercial». ¡Ni «para alejar a la juventud de los problemas políticos cada vez más graves»!

¿Vitali Abalákov se cree realmente las peroratas que publica? Occidente ha entrado en la abundancia de los llamados «treinta gloriosos»,[1] mientras que en la URSS solo hay privaciones. La revolución todavía no ha alumbrado el comunismo, cuyo

advenimiento se va postergando. Durante esos últimos años del estalinismo, la retórica se vuelve implacable. El montañismo es como el resto de la sociedad, doctrinal y constreñido por las restricciones individuales. Sin duda alguna, con esos artículos, Vitali se asegura de que nadie le cuestione y de que el Estado siga encargándole patentes. Cita todo lo fundamental y atribuye cualquier avance al panteón socialista. Cualquier texto, trate sobre física nuclear o sobre fauna altaica, se concibe como el desarrollo ulterior del fulgor de Lenin y sus camaradas. Mucha gente ha sido fusilada por quebrantar ese principio mortífero, así que Vitali hace lo mismo que todo el mundo. Se admira ante el primer ascenso —supuestamente— del Kazbek por parte de un georgiano, un cuarto de siglo antes de que Jacques Balmat subiera al Mont Blanc, e invoca al general Suvórov, que cruzó los Alpes con su ejército, para demostrar la incontestable primacía rusa en materia de alpinismo.

Vitali también denuncia el disparate de que en Occidente esté permitido trepar por donde uno quiera. Los alpinistas soviéticos solo pueden abandonar el campamento con una autorización debidamente firmada por una vía bien determinada. Las escuelas de alpinismo —para las cuales hace falta un vale— se rigen por comisiones, cuotas, visitas médicas e informes. En nombre de la seguridad, el libre albedrío se limita al máximo. El ascenso empieza siendo burocrático y, posteriormente, todo está codificado por los preceptos de un manual clave: Reglas del alpinismo en la URSS. No en vano, la URSS necesita una juventud sana, sometida a una férrea disciplina, en lugar de libertinos que gocen de una libertad prohibida en las alturas.

Inevitablemente, ese sistema genera situaciones absurdas. En ocasiones, no se contabilizan escaladas audaces por carencias administrativas, o se da el caso de que degraden a maestros en alpinismo por haber superado «el tiempo de control» después del cual se ponen en marcha operaciones de socorro. Asimismo, a veces se asignan tareas de lo más prosaicas a alpinistas que sueñan con las altas cumbres. Leí en algún lugar que, un buen día, hicieron subir a todos los escaladores a un camión, que fue derecho a un collado donde durante dos semanas tuvieron que transportar la

chatarra necesaria para construir un monumento a los soldados caídos en el Cáucaso. Así los responsables se ahorraban accidentes y quebraderos de cabeza.

Sin embargo, cuando a Gustav Döberl, un austríaco que había regresado manco tras diez años deportado en Kolimá, le denegaron el permiso para subir al Ushba a causa de su brazo amputado, Vitali hace alarde de su autoridad. Su estatus le permite hacer algunos favores ilícitos. ¿Conque Döberl, el último superviviente —o casi— de los comunistas de la Republikanischer Schutzbund, desea ir al Ushba? ¡Pues Abalákov le da permiso! ¿Acaso no comparten el peso de la discapacidad y las cicatrices del Terror? En Rusia, desde la noche de los tiempos, la crueldad convive con los grandes gestos de corazón, y la burocracia inflexible con los acuerdos entre amigos. Los horrores del estalinismo o de la guerra no impiden la conmoción de Vitali cuando, en 1950, una cordada estudiantil de Leningrado se cae por una pendiente. «El alpinismo socialista no reserva la asistencia a los privilegiados», promete en no sé qué texto. En la URSS, auxilian de inmediato al «capital humano». Pero, en esa ocasión, ya es demasiado tarde. Los cuerpos inanimados cuelgan atrozmente de la punta de la cuerda detenida por un saliente. Así permanecerán hasta la próxima temporada, conservados por el frío en invierno, descompuestos por el sol en primavera, antes de que Vitali y otro camarada vayan a descolgar los cadáveres.

La gente se cree que, por el mero hecho de que eran soviéticos, los sacrificaban a las tormentas y a las grietas, que la conquista de los picos más altos de la Tierra por parte del comunismo estaba por encima de la vida. La realidad resulta contraria a los tópicos occidentales. Si Vitali suscribe algún punto en particular del discurso oficial, es el de la seguridad. Se convierte en su lema y su obsesión. Se cree en la obligación de minimizar los riesgos y, con ese fin, el ingeniero Vitali colabora estrechamente con el alpinista Abalákov. La URSS está hundida en la miseria. Ante la imposibilidad de procurarse material extranjero, los

practicantes deben arreglar el suyo con los medios de que disponen. Así, recuperan cascos de obra, gafas de soldador y ropa de fábrica. La producción nacional es de mala calidad, escasa o —simple y llanamente— inexistente. Entonces Vitali perfecciona pitones, ganchos o incluso los famosos sacos de dormir colectivos para cuatro personas, una variante de altura de la vivienda colectiva. En esa época, la mejora más nimia puede cambiar realmente la situación. No son simples caprichos de escaladores ávidos de innovaciones superfluas, como hoy en día.

En el laboratorio central de equipamiento deportivo, en un pequeño taller, Vitali ejerce de *konstrúktor*. Entre sus prototipos, se encuentra un ancestro del puño bloqueador,[2] del que es el precursor olvidado, y distintos sistemas de aseguramiento. Añade puntas a los crampones o entiende la utilidad de los piolets cortos, a los que se puede adaptar una pala para excavar un refugio. Diseña las Shackleton,[3] unas botas de abrigo adaptadas para las alturas que en el Khan Tengri le hubieran salvado el pie. Por no hablar de los programas de aclimatación o de los menús. Vitali se convirtió en el cerebro de la montaña socialista. «Novator!» es el título de un artículo sobre él publicado en el periódico *Ogoniok* del 20 de enero de 1952.

En realidad, todo el material soviético —o casi todo— lleva el sello «Abalákov». Ese nombre, que ya era una leyenda, también se convierte en una marca. Su producto estrella es la mochila «Abalákov», que aprieta los hombros de millones de senderistas y de pescadores de todas las repúblicas. Una mochila de lona gruesa, un poco redondeada, que la gente sigue asociando con sus recuerdos de paseos lejanos. Es tal la omnipresencia del material «Abalákov» que, en el Cáucaso, acaba siendo objeto de chanzas. Para designar cualquier objeto (una sombrilla, una tienda de campaña, un pitón, qué sé yo), los senderistas y los amantes de la escalada siempre añaden, a carcajadas: «¡Abalákov!». No hay otra opción, es un verdadero monopolio, y si Vitali hubiera vivido en Occidente, tal vez se habría hecho de oro. Aunque su mochila sea muy parecida a las de los cazadores alpinos alemanes...

El deshielo

Con motivo del setenta aniversario de Iósif Dzhugashvili, llamado también Stalin, la revista anual *Cumbres vencidas* le dedica la mayor parte de su número de unas seiscientas páginas. El dosier se titula «De los Cárpatos al Tian Shan» y los artículos disertan sucesivamente sobre el pico Stalin, la cordillera Stalin, el glaciar Stalin, el pico Constitución de Stalin, Stalin en los Tatras eslovacos, Stalin en los montes de Bulgaria… «Los cuarenta mejores alpinistas búlgaros llevaron un busto del gran Stalin por los macizos y más allá de las cordilleras, con el objetivo de colocarlo en el punto culminante del país. Esa cumbre lleva el nombre de Stalin, el liberador del pueblo búlgaro.» Una lectura muy ardua, de la que me costó recuperarme.

La introducción compara el comunismo con una montaña que se debe subir. Desarrolla la metáfora del ascenso hacia un mundo mejor, siguiendo a los «geniales guías» Lenin y Stalin. «Y una vez superados los abismos, las paredes y las crestas, cuando el mundo se extiende a los pies de los alpinistas victoriosos, ¡su primer pensamiento es para Stalin!» Al igual que los mineros del carbón y los campesinos de los koljós, los alpinistas dedican a coro sus éxitos al menudo padre. «Los pueblos de las democracias populares saben perfectamente a quién deben su libertad y su felicidad.» Me alivia no haber encontrado ningún texto de Vitali Abalákov en ese número.

La montaña —como todo— nunca había estado tan politizada. Se podría tomar a risa, si no fuera porque se van sucediendo anécdotas dramáticas. Esos años, una cordada se enfrenta a una tormenta pertinaz en una pendiente del Elbrús, cargando un pesado busto de Stalin. ¡Qué dilema! ¿Deben soltar lastre, dejando la estatuilla, o bien seguir con ella a cuestas,

aunque su vida corra peligro? Por común acuerdo, los alpinistas deciden abandonar provisionalmente el bulto (perdón, el «gran Stalin»). Prometen, eso sí, que irán a recuperarlo en cuanto despeje un poco y cumplirán así la misión. Dejan el busto bien resguardado y señalizado. La cordada vuelve a bajar para refugiarse. Les cae una condena de diez años en un campo de trabajo.

Otro suceso, también en el Elbrús, durante un invierno gélido. Un valeroso comisario político que acaba de llegar a la cima se quita los guantes para sacar un busto de Lenin de la mochila. Las temperaturas son glaciales y, mientras el militante del Partido fija la estatuilla fetiche lo más cerca posible del cielo, los dedos se le quedan sin sangre. En las horas posteriores, los sabañones se le van extendiendo por las manos. En cuanto regresa al valle, tienen que amputárselas.

Todos esos desdichados deberían haber mentido descaradamente. Según algunas confesiones postsoviéticas que aún me inspiran más credibilidad por lo divertidas que me parecen, eso es lo que hizo un tal Beletski en 1937, durante las celebraciones del vigésimo aniversario de la Revolución de Octubre. Nadie había vuelto a subir al pico Stalin desde que Yevgueni lo conquistó en 1933; urgía colocar un busto del «gran Stalin», así como un ejemplar de la Constitución de Stalin. Sin embargo, en el tramo final, el jefe de la expedición resbaló y desapareció por el abismo. Hubo que abortar la misión. Entonces todos juraron por la cabeza de Marx (eso es una licencia que me tomo) que comunicarían a las autoridades que su cometido había sido un éxito absoluto. Nunca se encontró el busto en cuestión. Quiero creer que lo arrojaron por algún precipicio. Por su parte, Beletski publicó un libro entero sobre esa heroica celebración de la revolución bolchevique. He releído varias veces el pasaje sobre la cima. Es una obra maestra. Logra eludirlo todo con suma habilidad. Más adelante volveré a hablar de ese alpinista tan singular.

Ya iba siendo hora de que Stalin estirara la pata. En el año 1952, el equipo Abalákov conquista y bautiza el pico del XIX Congreso del Partido Comunista, en el Pamir. El último pico coronado en vida del dictador. En marzo del año siguiente, el

locutor de Moscú anuncia su muerte con voz desolada. Las masas lloran a lágrima viva. La muchedumbre acompaña al féretro del menudo padre de los pueblos, mientras toda Eurasia respira aliviada. Desde el Ártico hasta el Kazajistán, los presidiarios del gulag dan saltos de alegría en el aire primaveral. Su muerte no resucitará a los camaradas fusilados, pero marca el inicio de una nueva era.

Sin duda alguna, Vitali es de los que no se lamentan ni lloran. Jamás ha sido miembro del Partido Comunista. Aunque hubiera querido afiliarse, sus orígenes burgueses se lo habrían impedido. Pese a que goza de cierto prestigio, no forma parte de la aristocracia roja que gobierna las masas. No es digno de ser un comunista. Nunca lo será, ¡mejor! Como cantará más tarde un «bardo»: «Resultó que nuestro menudo padre no lo era. No era más que un canalla».

De todas formas, en 1953, Vitali tiene otras preocupaciones. Sir Edmund Hillary ha alcanzado la cumbre del Everest. El grial del alpinismo mundial ha caído. En la URSS, tardan bastante tiempo en difundir la noticia. La hazaña de ese neozelandés —que para colmo posee un título nobiliario— resulta un poco incómoda, así que la presentan con su retórica habitual. Los imperialistas británicos han explotado al pobre sherpa Tenzing Norgay, así como a docenas de culis analfabetos. Los pueblos de Asia deben liberarse de la tiranía capitalista gracias a las bondades del comunismo. Así, Moscú solo invoca la descolonización ante la asombrosa conquista del «Chomolungma», el nombre tibetano del Everest, que los soviéticos emplean a propósito para demostrar su respeto por el folclore local. Como si ellos no hubieran sembrado las montañas de la URSS de topónimos bolcheviques.

Ya en 1950, a raíz del primer ascenso al Annapurna por parte de unos franceses, Vitali Abalákov critica a los occidentales que no se preocupan en absoluto por la vida de sus compañeros y menos aún por la de sus entregados porteadores de «razas inferiores». Por no hablar de que el Annapurna es «uno de los 8.000 más fáciles del mundo», añade, desmereciendo la hazaña. ¡Pobres alpinistas soviéticos! Para ellos, el Himalaya sigue siendo un lugar

desesperantemente prohibido. Vitali, por su parte, no deja de denunciar el aislamiento «organizado por los países capitalistas». «Los soviéticos —argumenta— deberían unirse con los chinos, que son gente laboriosa y colectiva, a fin de izar la bandera de la paz en el tejado del mundo.» Conviene decir que el Ejército Popular chino acaba de «liberar» el Tíbet. Los maoístas ocupan Lhasa. La vertiente norte del Everest está controlada por un país hermano. La continuación de la historia aparece en la prensa inglesa de la época, que en varias ocasiones cuenta que unas misteriosas expediciones soviéticas han desaparecido de la faz de la Tierra en el Chomolungma. La idea de que la bandera roja de la URSS pueda ondear a 8.848 metros de altura parece exaltar a los periódicos británicos: «Al parecer, Moscú tiene la intención de erigir estatuas de Lenin y de Stalin en la cumbre del Everest», informa mordazmente uno de los artículos. ¡Ojalá fuera verdad! ¡Cuánto me gustaría creer por una vez a los tabloides y que Vitali fuera al Himalaya! Por desgracia, se trata de una exclusiva sin fundamento. La URSS no lo contempla, para desesperación de los rusos. La triste realidad es que el alpinismo soviético continúa en una burbuja: sus montañas, sus competiciones, sus campeones…

Por lo demás, a Vitali no parecen interesarle demasiado las grandes alturas. El Spartak —que dirige en solitario— desdeña hasta los últimos 7.000 vírgenes de la URSS, como el pico Korzhenevskaya, que poco después conquista un equipo de la competencia. De hecho, ¡el pico Korzhenevskaya es un milagro! La señora Korzhenevskaya no era ni bolchevique, ni comisaria del pueblo, ni general del Ejército Rojo. Solo era la esposa del geógrafo imperial que, en 1910, dedicó su descubrimiento a su amada. Curiosamente, la revolución jamás destituyó a esa zarista desconocida cuyo nombre todavía destaca en el mapa, entre los Voroshílov y otros Kalinin. Creo que ese prodigio solo se puede explicar por la legendaria galantería del hombre eslavo.

El Spartak prefiere el Cáucaso, pues. Supongo que, tras la tragedia del Khan Tengri, Vitali teme los gigantes de Asia Central. En 1953, su equipo acomete la cara norte del pico Schúrovski, una cumbre de 4.259 metros, situado junto al Ushba, que tiene grandes

paredes que recuerdan a las de Chamonix. Alpinismo en mayúsculas para la época: las cordadas se dejan la piel durante tres días, en un cuerpo a cuerpo con la roca y el hielo. Pasan las noches sentados en los escalones tallados con el piolet, sumidos en un duermevela alucinado. Allí, en esas acampadas a la intemperie, Vitali se abre un poco. Suele ser parco en palabras. Hasta con sus mejores amigos, solo se sincera en las alturas, recordando algunas canciones de los Stolby. Un tal Vladímir Kizel lo retrata como un apasionado de la poesía, que ante las nieves eternas recita versos de Yesenin, Blok o Tiútchev…

Quisiera presentar brevemente a Kizel, el más fiel de entre los fieles, que ora le ofrece los hombros para franquear un pasaje clave, ora cocina en una cornisa, con el hornillo de gas sujeto entre las rodillas, suspendido en el vacío. Su libro *Vencedores del destino* narra los años de expedición del equipo Abalákov. Es un luminoso testimonio cuya sencillez y homenaje he saboreado especialmente. El «vencedor del destino» no es sino Vitali, el escalador contra viento y marea, pese a las amputaciones, pese a la cárcel. Sin embargo, esa definición también sería aplicable a su autor. Vladímir Kizel, físico de profesión, había luchado en las cordilleras iraníes del Elbrús y Kopet Dag. Allí, en la frontera con Turkmenistán, lo detienen en 1943 por ascendencia burguesa, únicamente por su filiación. Su padre ya había sido fusilado por propaganda contrarrevolucionaria y su madre, deportada al gulag. Desde Irán lo trasladaron a los campos siberianos de Kuznetsk y posteriormente de Norilsk, que no abandona hasta 1950, como vencedor del destino…

Con esa nueva vía hacia el pico Schúrovski, el Spartak logra el primer puesto en «dificultad técnica». Asimismo, el equipo es galardonado con el premio Yevgueni Abalákov, que tantos debates y protestas por parte de Anna Kazakova había generado. Desde luego, resulta de lo más extraño que Abalákov reciba el premio Abalákov, una estatuilla que representa a su difunto hermano escalando a una cima. Se sospecha que, en secreto, Vitali sentía celos del hombre con quien había crecido y que se había transformado en un trofeo que suponía una consagración. Intuyo

que el premio le causa una mezcla de alegría y de duelo, de recuerdos espléndidos entremezclados con un rencor infinito. Reminiscencias que se calla. Al parecer, Vitali jamás hablaba de Yevgueni.

Vitali pasa todos los veranos en el Cáucaso, que se convierte en su segunda casa, en su jardín, en sus aposentos. Ahorrémonos la cronología de esos innumerables ascensos sin contratiempos, sin dramas, sin intriga... Renuncio a consignar exhaustivamente la lista de expediciones dirigidas a la perfección. Con él, todos sus compañeros viven en una especie de rutina magnífica. «Desde hacía tiempo, ya no nos maravillábamos como cuando éramos jóvenes. Mirábamos el paisaje como profesionales», recuerda Kizel, cuyas memorias destilan serenidad y razón. El equipo Abalákov funciona con «reglas no escritas». Me da la impresión de que esa cuadrilla de hombres maduros escalan para salvarse interiormente. Muchos de ellos han sufrido detenciones arbitrarias y la carnicería de los combates, además de haber perdido a numerosos camaradas. Aunque su manera de practicar el alpinismo no esté desprovista de patriotismo, creo que es una manera de refugiarse en las ciudadelas minerales, donde la lengua se va soltado a medida que aumenta la altitud. Y, al anochecer, sobre un mar de nubes, como en el cielo, se explayan con esa fórmulas rusas carentes de traducción dado que las palabras que las componen no significan nada para quienes no están marcados a fuego por ellas.

Detengámonos, eso sí, en la cara norte del Dij-Tau. Vitali vuelve por enésima vez al asalto de esa montaña que conoce en todos sus repliegues. Eso es precisamente el «alpinismo de vía», el vértigo de las paredes en lugar de la embriaguez de las cimas, la elección del camino más arduo. Kizel cuenta que Vitali siempre iba a inspeccionar el terreno para «escuchar las cumbres», midiendo sus movimientos, no dejando caer ni un guijarro. No permitía que nadie le adelantara, solo él podía encabezar la marcha. Para no perder la confianza en sí mismo, para enfrentarse a los obstáculos, para arriesgarse en lugar de los otros, tal vez. Las falanges amputadas le impiden agarrarse bien al escalar, y el dolor que siente en el pie se adivina cada vez que debe tallar un escalón en el

hielo. Sin embargo, en el Dij-Tau, pese a llevar el carnet de invalidez en el bolsillo, guía a su cordada hacia el enésimo éxito.

El Spartak ya ha perdido la cuenta de las medallas que ha ganado. Recorre las grandes caras del Cáucaso. Su tierra prometida se llama Ushba, Shkhelda, Tikhtengen, Chatynau, la cara norte del Shkhara o el muro de Bezengi, nombres tan míticos en la URSS como desconocidos en Europa. Allí viven «libres». El ruso cuenta con dos palabras para designar este concepto que, en Occidente, nos parece que solo tiene un significado. Uno para la libertad entendida como oposición a un poder castrante: *svoboda*. Y otra para quien no alberga esperanza alguna de cambiar la sociedad, de manera que prefiere huir lejos de cualquier autoridad y vivir bajo el yugo más clemente del aire libre. Esa clase de libertad se llama *volia*. Significa «estar en libertad», en la nieve, lejos de las jaulas de los pisos comunitarios y de los regímenes de toda clase.

Sin embargo, el mundo de abajo se va suavizando poco a poco. El ascenso al poder de Jrushchov es sinónimo de un deshielo ponderado pero tangible. Su discurso es más moderado; su tono, menos marcial. Las intervenciones de Vitali en la prensa van perdiendo su mala fe. Por ejemplo, ya no niega el éxito del ascenso alemán de 1928 al pico Lenin. La URSS va saliendo de su aislamiento. Hasta se publica una traducción al ruso del relato de la conquista del Everest por parte de sir John Hunt,[1] antes de que este visite Moscú.

En 1954, en la embajada británica, pronuncia un discurso ante un público selecto. Vitali Abalákov no es uno de los elegidos, creo. Tampoco forma parte de la delegación invitada al Alpine Club de Londres en los meses posteriores. Eligen a Yevgueni Beletski por su condición proletaria, el mismo Beletski que en 1937 había arrojado el busto del «genial Stalin» al vacío. Cuando no escala, Beletski es obrero, torneador en la fábrica Koriv de Leningrado, y está casado con una ayudante de la misma fábrica. Encarna el ascenso de las masas laboriosas a una vida emocionante, además del modelo de trabajador que el Partido Comunista desea mostrar al mundo. A diferencia de Vitali, Beletski participó en la guerra, persiguiendo a los esquiadores finlandeses y

luchando denodadamente contra los nazis, hasta el punto de arrancar la bandera hitleriana de la cumbre del Elbrús, en pleno invierno.

Aún así, tantas virtudes no impidieron que el NKVD detuviera a Beletski durante las purgas. La ejemplaridad no inmunizaba en absoluto, pero, al igual que Vitali, Beletski había tenido la fortaleza de aguantar hasta el final el baile de comisarios del pueblo de Interior, a finales de 1938. Había salido del juicio libre de cualquier sospecha y oficialmente «rehabilitado». No es un detalle baladí. Porque Vitali no está «rehabilitado». Lo liberan por «acusaciones no demostradas», pero, pese a las alegaciones de su abogado, no lo rehabilitan. Por esta razón, sin duda alguna, las autoridades no lo consideran presentable. De ahí que siga desesperantemente «arrestado» en la URSS, bajo la prohibición explícita de salir de su territorio.

Por tanto, quien viaja a Inglaterra ese año es Beletski, como emisario de los montes de la URSS en «la pérfida Albión». Deshaciéndose en sonrisas, protagoniza la primera salida mundana del alpinismo ruso. Domina a la perfección la retórica pomposa, alaba las alturas vertiginosas del Cáucaso y del Pamir, ante un país llano inundado por la lluvia. Al final de su estancia, sir John Hunt obsequia diplomáticamente a la delegación soviética con una cuerda de nailon. Me apostaría lo que fuera a que el regalo acaba en el taller del ingeniero Abalákov. Los soviéticos todavía escalaban con cuerdas rígidas.

Victoria (pico de la)

Vitali solo concebía regresar a las alturas como la culminación de un largo proceso de estricta preparación. En 1955, el equipo del Spartak por fin está listo. Pone rumbo al Pamir y a la inevitable M-41, donde, al pasar por una aldea, Kizel apunta: «A la izquierda, el KGB; a la derecha, la cárcel». Apenas una referencia a una triste realidad, diluida entre consideraciones sobre la polvareda de las pistas, los vados de los ríos y los lugareños. A continuación, tal y como recuerda Kizel, se pasan diez días bebiendo y charlando con un viejo karavan bashi. Pese a las décadas de socialismo, las costumbres de antaño siguen vivas. Vitali, Kizel y los demás conversan durante horas, comentando las cosechas, los rebaños de ovejas, los caprichos del cielo… El tercer día, cuenta Kizel, por fin llegan a un acuerdo: les prestarán camellos y otras bestias de carga para aproximarse a su meta.

Ese mismo año, el equipo Abalákov sigue un itinerario de altos vuelos, desde el pico Muzjilga (6.376 metros) hasta el pico Sandal (6.072). «En materia de travesías, los soviéticos son los mejores del mundo», asegura Vitali. De hecho, es su gran especialidad; todo va de maravilla. En la expedición no ocurre nada digno de comentar. Es desesperante. Por poco Vitali no permite a sus hombres celebrar esa nueva proeza con una mezcla de alcohol medicinal y espino amarillo recogido en los arbustos al pie del glaciar. Abalákov ha prohibido cualquier bebida alcohólica; hasta ve con malos ojos la glotonería. No obstante, con la excusa de que el vodka ayuda a aclimatarse, se acostumbra a igualar los grados de la bebida con los de la pendiente.

El equipo Abalákov acaba de superar de manera brillante su examen de alturas. Ya tiene derecho a soñar con el Himalaya. Más al este, los chinos abren la meseta del Tíbet «reunificado» a sus

hermanos mayores en comunismo. En 1956, una expedición sinosoviética holla las nieves del Muztagh Ata (7.546 metros), donde los ingleses se habían estrellado, cosa que le añade gracia al asunto. Es la cumbre más alta conquistada por la URSS. Pero la cosa no se detiene ahí. Una vez en el techo del mundo, los soviéticos guían magistralmente a sus aprendices maoístas hasta otro 7.000 virgen, el Kongur Tagh; un tipo de montañas escasas en la URSS, pero que abundan en el Tíbet. Un puñado de cimas vertiginosas que superan con creces el pico Stalin. ¡Los rusos nunca habían estado a semejante altura!

Sí, pero Vitali Abalákov no forma parte de esa expedición. Ni Kizel, ni nadie del Spartak. Durante mucho tiempo me pregunté por qué. Primero pensé que el equipo era el decano frente a las decenas de secciones que habían aparecido en toda la URSS: Lokomotiv, Dynamo, CSKA, con efectivos renovados y vigorosos. Sin embargo, en esa época todavía describen a Vitali como un hombre enjuto y musculoso, que adelanta a muchos jóvenes cuando practica esquí de fondo. Por no hablar de que Beletski, el obrero ejemplar, que también se acerca a los cincuenta, había dirigido la campaña tibetana. Supongo que el hecho de que Vitali no vaya al Himalaya se debe, una vez más, al hecho de que no ha sido rehabilitado, una secuela judicial que Vitali arrastra como una mácula, que ni siquiera su aura puede purificar.

En febrero se ha celebrado el XX Congreso del Partido Comunista. Nikita Jrushchov ha denunciado el culto a la personalidad y los «excesos» del estalinismo. Una lítote histórica que abre la puerta a la revisión de todos los veredictos arbitrarios dictados durante el Terror. Los antiguos detenidos podrán recurrir a sus juicios y denunciar los maltratos sufridos. Solo por una cuestión de honor, desde luego, porque ni se contemplan las compensaciones; únicamente se tendrán en cuenta las penas en campos de trabajo a la hora de calcular las míseras pensiones. No obstante, para centenares de miles de ciudadanos, la perspectiva de lavar su reputación a ojos de la sociedad y de toda clase de autoridades es como un rayo de sol en un cielo encapotado.

Vitali no dejó nada escrito sobre esa desgracia que sigue

sufriendo. Suponiendo que haya iniciado los trámites necesarios, todavía no han dado fruto. Los complicados procesos judiciales resultan interminables. Semejante pasado penal no se resuelve en un abrir y cerrar de ojos. Además, si se rehabilita a las víctimas, ¿significa eso que se debe condenar a los torturadores? ¿Acaso Vitali tiene la tentación, como tantos otros, de tomarse la justicia por su mano, persiguiendo a los comisarios que lo torturaron? Creo que estos ya crían malvas desde hace tiempo. Vitali se resigna a su destino estalinista. Aunque los restos del menudo padre de los pueblos reposen en el mausoleo de Lenin, Vitali, al igual que millones de compatriotas suyos, sigue marcado a fuego por él. Está condenado a recorrer los macizos montañosos de la URSS sin permiso para traspasar las fronteras. No solo debe soportar una época, un régimen y una ideología, sino también una geografía. Quiera o no, siempre será un alpinista de Stalin.

Entonces Vitali decide rematar su carrera acometiendo el último pico del Tian Shan que se resistía. Retoma por su cuenta la misión que anhelaba su hermano en vísperas de su muerte: el pico de la Victoria, el segundo punto más alto de un territorio que no puede abandonar. Esa cumbre temible y recóndita, identificada por los topógrafos militares al final de la guerra, es la última de 7.000 metros virgen. Ya va siendo hora de conquistar esa cima rebelde, situada en la frontera entre la república socialista kirguí y la China de Mao. Ya va siendo hora de coronar el mito Abalákov.

En la época, los soviéticos consideran que el pico de la Victoria es la montaña devoradora de hombres. La llaman «el congelador» por sus abominables temperaturas. Junto con el Khan Tengri, frente al cual se alza, es la montaña más septentrional de la Tierra. Trece hombres ya han desaparecido bajo las poderosas avalanchas que barren su pared inmaculada, a no ser que se hayan muerto de frío, bloqueados en la ladera por los elementos desencadenados. Todas las tentativas de conquistarlo han fracasado.

Se trata de un enorme desafío para Vitali. La prensa de todas las repúblicas seguirá este asalto como ningún otro. El gran público no comprende las dificultades técnicas; solo se admira ante su gran

altura. El pico de la Victoria es perfecto para la propaganda, habida cuenta de que todo el mundo sabe que, veinte años atrás, Vitali Abalákov perdió varias falanges en el vecino Khan Tengri. Supone el regreso de un superviviente, la segunda parte: algo con que salpimentar un poco esos ascensos que no siempre ofrecen algo atractivo a los corresponsales.

Ha llovido mucho desde entonces. En 1936, eran jóvenes, temerarios, impetuosos... Ya no es cuestión de improvisar. La caravana que emprende el viaje cuenta con veinte alpinistas, sesenta équidos, veinticinco corderos para ir sacrificando y un perro llamado Spartak. Por la mañana, Vitali se lava en los torrentes del glaciar que se pierden en los desiertos chinos. ¿No aconseja en sus libros pescar sentado en un banco de hielo para acostumbrarse al frío? El itinerario está señalizado con hitos colocados a cierta distancia en las morrenas, o bien con «una línea de puntos roja, que es el rastro de las patas ensangrentadas de los caballos», cuenta el cronista de la expedición. Las bestias resbalan y tropiezan; los caravaneros kirguís tienen que gritar para que franqueen las grietas.

El grupo seleccionado es una mezcla de la vieja guardia y del relevo del Spartak. Un plantel extraordinario que incluye desde un minero de Karagandá hasta un físico moscovita, pasando por un carpintero. También participan en la expedición algunos kazajos, entre ellos el imbatible Ural Usenov,[1] superviviente de milagro, que por tercera vez acomete el asalto al pico de la Victoria. La segunda vez regresa prácticamente solo, salvado *in extremis* de alguna grieta por alpinistas uzbekos o habiendo abandonado a sus compañeros en la eternidad del infierno blanco.

En cuanto al jefe, es Vitali Abalákov, por supuesto. Leo que manda «bastón en mano, vestido con un holgado abrigo plateado que flota al viento y una tela anudada a modo de turbante». Los autores soviéticos siempre están inspirados. A fuerza de leerlos, he acabado identificando el estilo de cada cual. Este en particular suele tener arrebatos líricos, es políticamente correcto en extremo, tedioso como cualquier escritor apreciado en tiempos de Jrushchov. Espero no haberme contagiado de su estilo.

Una vez en lo alto del glaciar Inylchek, Vitali contempla con amargura la pirámide del Khan Tengri, que reina majestuosamente, como veinte años atrás. Acto seguido, vuelve la mirada hacia el sureste, hacia el pico de la Victoria, esa ancha muralla que gotea hielo y cierra el horizonte. ¡Es altísimo, desde luego! ¿Cómo pudieron no distinguirlo su hermano y él? Creyendo que se alzaba en territorio chino, se concentraron en su situación desesperada. Vitali manda de vuelta a la caravana. A 4.150 metros de altitud, montan una aldea de lona, flanqueada por una inevitable estación meteorológica, por la causa de la ciencia. Se va estableciendo una rutina. Todas las mañanas, se ponen en fila para hacer ejercicio; al atardecer, por la radio escuchan a los *poliárniks* que se encuentran en la Antártida. En todas partes, los seres humanos están terminando de explorar la Tierra. El pico de la Victoria es la última cumbre de 7.000 metros virgen de la URSS.

O casi virgen, de hecho. En 1938, tres komsomol, entre ellos Leonid Gutman, subieron a tientas, en medio de la niebla, hasta una antecima oriental, donde dejaron un retrato de Stalin. Abalákov ni siquiera se plantea seguir sus huellas. No, el jefe del Spartak ha elegido un camino muy recto por la monstruosa cara blanca de la montaña, entre seracs y avalanchas. El campamento 1 se instala a toda velocidad a 5.300 metros, en un rellano. Según la táctica soviética, consiste en una caverna de nieve, un refugio más seguro que las tiendas de lona. Un trabajo agotador, con la ayuda de palas y de sierras, antes de poder almacenar allí el material y los víveres que los hombres han cargado como hormigas.

A 5.600 metros, el perro Spartak, que hasta entonces los seguía sin dificultad, se planta, cegado, negándose a que le pongan unas gafas de sol. ¡Él se lo pierde! ¡No pasará a la posteridad como Laika! Sus dueños jalonan regularmente la pared de los campamentos: 5.800 metros, después 6.300 y, por último, 6.500. Abalákov supervisa los trabajos con unos prismáticos. No deja nada al azar. Llegado el momento, encabeza la expedición hasta los 7.000 metros. Por medio de un sistema de cerillas de magnesio y un código de colores, desde abajo les indican si se acerca una depresión. En tal caso, el equipo de asalto puede replegarse y

encerrarse con ladrillos de hielo en la caverna del campamento situado a 6.500 metros.

Se acerca finales de agosto; todos rezan por que no signifique la llegada del invierno. La nieve cae en abundancia. Refugiados de una tormenta que causa estragos, juegan a las cartas. En los hornillos Gazoapparat, siempre hay té hirviendo. Al cabo de cuatro días, la tormenta amaina. Tienen que esperar a que salga el sol, porque todo está helado, y entonces se lanzan hacia la cima. Las cordadas se pierden de vista a causa de las ráfagas de viento, que arrancan copos de las crestas que sobresalen. La cumbre todavía queda lejos por la cresta. Vitali es el primero en alcanzarla, claro está. El 30 de agosto de 1956. Victoria sobre el pico de la Victoria. Victoria sobre el propio destino.

En total, once hombres, incluido el kazajo Ural Usenov, hollan la cima. ¡No como esos capitalistas que se contentan con un líder y un sherpa para vanagloriarse ante el mundo entero! El sistema Abalákov ha alcanzado su apogeo. Se trata de un éxito bien engrasado. Corren otros tiempos. Queda atrás la actitud de aficionados pioneros, los retratos de Stalin y «La Internacional» entonada en la cima. Uno de los miembros de la expedición deja un juguete de su hija, una cabra de caucho, en lugar de las reliquias comunistas de antaño. Solo ondea al viento el escudo del Spartak; ni rastro de la bandera soviética. El deshielo político a –40 ºC.

Más tarde, se alzarán algunas voces acusando a Abalákov de no haber llegado exactamente a la cima. En realidad, el pico de la Victoria no es un solo pico, sino una larga cresta de tres kilómetros por encima de los 7.000 metros hasta una eminencia mal identificada en la época. Rencillas entre alpinistas, que no impidieron que la expedición obtuviera toda clase de premios y que Vitali fuera condecorado con la orden de Lenin.

Y, tras ellos, la hecatombe. En los tres años posteriores, el pico de la Victoria se cobró la vida de diecisiete valerosos soviéticos.

La cara norte del Everest

El verano de 1957 es un fiasco. La cara norte del Chatyn, en el Cáucaso, resulta impracticable, pese a la incorporación al equipo Abalákov de la nueva estrella de la escalada rusa, el georgiano Mijaíl Khergiani, hijo de un pastor y campeón de escalada en la URSS, que demuestra que la abolición de las clases sociales es una realidad indiscutible. Pero el tiempo es desapacible y faltan provisiones. Aunque, antes de morir, Stalin dejó un mandato favorable a los guías-instructores, los permisos no pueden prorrogarse. El equipo del Spartak debe regresar a Moscú. Todos vuelven a la fábrica, al taller o al despacho. Un verano tan desastroso que es digno de mencionar.

En otoño, algunos tienen la alegría de viajar a Italia para asistir al Festival de Cine de Montaña de Trento. La delegación rusa presenta el cortometraje *Si las montañas hablaran* a un público que, en su mayoría, asocia la URSS con los *Sputnik* y los misiles intercontinentales, y no tanto con las alturas. Así, por medio de la cámara, descubren un mundo tan hermético para los extranjeros como la prohibición de cruzar el Telón de Acero que sufre Vitali Abalákov. Su ausencia es una lástima, habida cuenta de que toda la flor y nata del alpinismo ha acudido al encuentro: el inglés John Hunt, el francés Lionel Terray y el italiano Riccardo Cassin, entre otros. Mientras van sirviendo vodka, los soviéticos se dan cuenta del retraso que llevan en la conquista del Himalaya.

También está presente Tenzing Norgay, el sherpa del primer ascenso al Everest. El nepalí se muestra discreto entre los *sahib*, aunque estos le tratan de manera amistosa, tal y como observa Kizel, que acaba de ser «completamente rehabilitado» por el poder. Allí está, en Italia, exultante, afable, charlando con los ases del alpinismo mundial. ¿Acaso esos europeos bien alimentados intuyen

que el hombre que tienen delante ha sufrido años de gulag y de relegación en Siberia?

Aunque Vitali no haya podido viajar a Trento, el caso es que el proceso de rehabilitación de los condenados se va afianzando. Reabren los expedientes uno a uno. Ese mismo año, en 1957, el tío de los hermanos Abalákov es disculpado *post mortem*. Me gusta pensar que el artífice de esas gestiones ante el fiscal militar no es otro que Vitali, el huérfano agradecido. En un documento con el membrete decorado con una estrella roja, el tribunal, magnánimo, reconoce la «ausencia de crimen tipificado» y anula la sentencia. Sin embargo, el tío Abalákov lleva una eternidad muerto. ¿Acaso le envían una copia al purgatorio, para que pueda hacer valer sus derechos en el paraíso?

No tardan en convocar a Vitali a la sede de la seguridad del Estado. Veinte años después de su detención, se dirige a Lubianka, que antaño era la primera cárcel de todos los detenidos. Desde entonces, el NKVD se ha transformado en el KGB, como si bastara con un nuevo acrónimo para lograr la absolución. Esta vez, Vitali entra por su propio pie, como ciudadano libre. Vuelve a ver los corredores, los despachos, los uniformes. Por fuerza, deben de asaltarlo recuerdos y fantasmas. Al igual que en 1938, le dan papel y una pluma para que ponga por escrito sus declaraciones, pero esta vez los agentes se muestran amables. Le ruegan que solo escriba la verdad; Vitali redacta dieciséis páginas manuscritas reconstruyendo los hechos, su dignidad y las de sus camaradas purgados.

Tras esa reunión, por fin Vitali Abalákov es rehabilitado. Los relegados van volviendo a su ciudad, donde las estatuas del menudo padre han desaparecido del paisaje. Solo se conservan las de Lenin. Poco a poco, la URSS va saliendo de su estupor; en las crónicas alpinistas, para evocar a los desaparecidos, cuya ejecución se ocultaba hasta entonces, leo fórmulas como «muerto en tiempos del culto a la personalidad». Pero también leo que, con motivo del cuadragésimo aniversario de la Revolución de Octubre, el equipo Burevestnik, un club de estudiantes y de profesores rival del Spartak, abre una nueva vía hasta el pico Stalin. Una vez en la

cima, además de un banderín de su club, dejan un retrato del dictador y una nota: «El equipo se inclina ante el grandioso monumento al gran comunista». La desestalinización aún llevaría un tiempo.

En la época, el equipo Burevestnik está dirigido por un hombre a quien debo presentar: Kirill Kuzmin. Mil disculpas al lector cansado de tantos nombres cirílicos, pero el destino de Vitali Abalákov es tan extraordinario que se cruza con todos los grandes actores del siglo xx soviético. Kuzmin es una figura destacada de la posguerra. Como «alpinista industrial», trabaja colgado de cuerdas sobre las presas hidroeléctricas de los grandes ríos siberianos o se desplaza por las fachadas de las vertiginosas construcciones realistas socialistas. Demuestra la misma soltura en las obras de la naturaleza y su sección acostumbra a proclamarse campeona de la URSS, alternándose, temporada tras temporada, con el Spartak.

Kirill Kuzmin es el competidor de Vitali. Se trata de una rivalidad a distancia, cada cual en su montaña, cada cual en su pared, cada cual pendiente de la reputación del otro, aunque sin demostrarlo. Sin embargo, resulta que la historia les propone una unión sagrada. Desde hace años, los soviéticos ambicionan conquistar un pico de 8.000 metros. Nunca se habían sentido tan frustrados por el hecho de no poder escalar más alto. Se conocen al dedillo sus cordilleras y sus macizos; todas las cumbres más altas del Tian Shan y del Pamir han ido cayendo. Incluso emprendieron una misión muy seria en Asia Central en busca del yeti. ¡Hasta yo me desespero! ¿Acaso el alpinista más famoso de la URSS no irá al Himalaya?

Corre el año 1958, por fin se organiza una expedición sinosoviética a la cara norte y virgen del Chomolungma. ¡Una ocasión única para atraer los focos y la atención del Partido Comunista! El alpinismo apenas tiene eco. Cualquier partido de hockey o cualquier torneo de ajedrez tienen más impacto en la confrontación entre el Este y el Oeste que esas expediciones glaciares por lo más remoto de repúblicas desconocidas para Occidente e incluso para los moscovitas. Por no hablar del programa espacial que se está gestando. La gente ya solo tiene ojos

para el *Sputnik* y Laika. El espacio ha destronado el Pamir, se ha convertido en la nueva medida del heroísmo. Si en 1933 Yevgueni Abalákov protagonizó las portadas de los periódicos al conquistar el pico Stalin, ya no es el caso de esos escaladores técnicos, cuyas hazañas quedan en la confidencialidad. Ya no se colocan efigies de Lenin en las cumbres de la Tierra, sino en la superficie de la Luna.

Durante la primavera de 1958, las negociaciones con Beijing avanzan viento en popa. Convocan a la flor y nata del alpinismo soviético, procedente en su mayoría de los efectivos del Spartak y del Burevestnik, los dos clubes estrella. Todo el equipo Abalákov es movilizado. Su experiencia en el pico de la Victoria resultará de gran utilidad en el Himalaya. Por otra parte, Vitali tiene un gran peso institucional, pese a su supuesta fobia a los *plenum* y los Presidium. Algunos lo acusan de cierto autoritarismo y también de defender a los suyos ante todo. Lo nombran preparador físico y técnico, mientras que a Kirill Kuzmin le encargan dirigir la expedición. Los dos deberán complementarse, dejando de lado su animadversión. Tal vez compartan cordada hasta la cumbre.

De momento, deben preparar a los maoístas: un desafío muy distinto. Para poner a prueba a sus hermanos comunistas, Moscú ha elegido la vertiente sur del pico Lenin, menos transitada que la cara norte. Probablemente por discreción, dado que la expedición al Everest es un secreto de Estado. En verano, los cuarenta y un soviéticos y los cuarenta y cuatro maoístas —entre ellos, dos mujeres— llegan al altiplano del Pamir. A continuación, deben recorrer la ribera del lago Karakul y establecer el campamento base en el frente glaciar del Pico Revolución de Octubre. «Era la primera vez que Abalákov y Kuzmin se encontraban en la montaña. Se observaban de reojo», cuenta divertido Kizel, a quien no le divierte tanto la perspectiva de tener que enseñar a los chinos los rudimentos de la escalada por el hielo. Descubren horrorizados que estos apenas tienen experiencia en la montaña, por no hablar de su condición física. Al parecer, el único criterio de selección era su fidelidad al Partido.

«Entonces llegó el momento de la partida. Los chinos se apartaron y, durante mucho rato, gritaron algo, agitando las banderas. Resultó que le estaban jurando a Mao que subirían al pico del gran Lenin —escribe Kizel—. Eran gente modesta, obreros, mineros, soldados, que no leían la poesía de Li Bai o de Du Fu, aunque en ellos se intuía una cultura antiquísima del colectivismo.» Dividen la expedición en tres «columnas». Kuzmin, Abalákov y Beletski guían a un grupo homogéneo. Montan varios campamentos intermedios. Un oso saquea un depósito de comida y Beletski, que también relata ese ascenso binacional, fantasea con el yeti. Sin embargo, cuenta algo bastante más extraño. Sus cordadas se encuentran con una expedición de la república socialista soviética de Georgia, guiada por un tal Ivanishvili, que asimismo se está preparando para subir al Everest. Aparentemente, el rey de Nepal los había invitado, en una visita a Tiflis en 1957. No he logrado descubrir nada más al respecto.

Kuzmin, que dirige al grupo que encabeza la marcha, elige la misma vía que los alemanes en 1928, a través del collado de Krylenko. Los maoístas siguen a trancas y barrancas. A pesar de varios sustos cardíacos y otras enfermedades, exigen continuar incansablemente. Cuando están al borde de sus fuerzas, los soviéticos les ponen inyecciones de no sé qué. Kizel cuenta que, en una pendiente muy vertical, de repente un chino se lleva la mano al corazón, inclinándose hacia el vacío. Un ruso lo agarra de un salto, pero resulta que el chino solo sacaba del bolsillo la bandera de la República Popular China con el propósito de animar a sus agotados compatriotas.

Marx nunca había tenido discípulos tan devotos como los asiáticos. Se trata de un comunismo caricaturesco, que resulta apasionante descubrir a través de los ojos de los soviéticos. Estos, pese a su familiaridad con los excesos ideológicos, se quedan literalmente boquiabiertos ante el fanatizm de sus nuevos camaradas. «Enseguida se resintió la disciplina interna y la obediencia ciega de los chinos. Su estoicismo resulta envidiable. Por muy agotados que estuvieran, mantenían una expresión impenetrablemente serena», cuenta Kizel. «Burlarse de ellos sería

un pecado. ¿Cuántos años hemos vivido nosotros también bajo ese yugo?», reflexiona otro con indulgencia. Los rusos tienen una humanidad invencible que los asiáticos entierran en lo más hondo de su ser durante las páginas más sombrías de su historia. Algo indócil pese al autoritarismo de los gobiernos. Un caos reconfortante.

Escuchemos otra vez a Kizel: «La comida preparada era muy calórica, pero los chinos solo se alimentaban de arroz y de guisantes. Se negaban a tomar azúcar. Los entrenadores acabaron convenciéndolos de que cocinar arroz a 6.000 metros de altura, donde el agua hierve a 80 ºC, era muy complicado. A veces, cuando debían hacer esfuerzos sostenidos, se desmayaban. El intérprete Pen Shuli (sin duda, un agente del KGB) consiguió resolver el problema declarando que el padre Mao había ordenado que comieran los platos rusos, y todo arreglado».

Gracias a la fe inquebrantable en el pensamiento del Gran Timonel, diecisiete chinos logran seguir a los veintiún soviéticos hasta la cumbre del pico Lenin. Y esta es la primera vez que tanta gente asciende a la vez a una cima de 7.000 metros. Esa es la clase de proeza digna de admiración en los países comunistas. Se conserva una fotografía tomada en la cumbre, en la que Vitali Abalákov aparece en medio de sus camaradas maoístas y, de fondo, el busto que había erigido en 1934 y dos banderas rojas. Pero eso no es todo, añade Kizel: «En la arista sur, Kuzmin guía a cuatro chinos hasta una cima sin nombre de 6.852 metros. Queríamos bautizarla pico Mao. Se negaron en redondo, porque era más baja que el pico Lenin. Finalmente la llamamos pico Moscú-Beijing». Como en la canción que estaba tan de moda en la época:

Rusos y chinos, hermanos para la eternidad.
Stalin y Mao nos escuchan.
Moscú, Beijing.
En el Volga se oye el oleaje del Yangtsé.
Desde China, se ve resplandecer el Kremlin.

Sin embargo, el tercer grupo no alcanza la cumbre. Una china

ha sufrido un ataque al corazón. Una vez en el campamento, sus compatriotas la obligan a dormir al raso, ¡acusándola de no haber cumplido su promesa a Mao de encaramarse al pico Lenin! La pobre desdichada se queda sentada en el hielo, a punto de morirse de verdad, hasta que los soviéticos obligan a los chinos a aceptarla en una tienda, espetándoles «algunos improperios que los chinos habían aprendido a reconocer», cuenta Kizel. Aquellos que sepan ruso y conozcan sus incomparables juramentos se imaginarán perfectamente la escena.

El entrenamiento común resulta un éxito; en paralelo, las negociaciones con Beijing avanzan a buen ritmo. Deciden que en otoño, justo después de los monzones, llevarán a cabo un primer reconocimiento del Everest. El Comité Pansoviético para la Cultura Física elige a tres alpinistas, entre ellos, Beletski y un fiel del equipo Abalákov, Lev Filimónov. A Vitali le hubiera encantado participar en la misión, le dice por teléfono a Filimónov, pero no puede; debe encargarse de las bombonas de oxígeno. Los preparativos de la expedición «Everest 1959» avanzan a toda máquina.

Una vez en Beijing, el trío entrega diplomáticamente a los chinos una caja de clavijas y de mosquetones, diseñados por el ingeniero Abalákov. Tras la ceremonia de bienvenida, los maoístas equipan a los soviéticos con uniformes militares de invierno. La expedición «Everest 1959» sigue siendo secreta, de ahí que los moscovitas tengan que disfrazarse de elementos del Ejército Popular. Hasta les ofrecen armas, que rechazan educadamente. En el Tíbet, las escaramuzas con los fieles del dalái lama todavía son moneda corriente.

Contamos con el relato de Filimónov. Narra su descubrimiento de la China maoísta, su zambullida en el pasado estalinista, que creía finiquitado. Una caravana los lleva hasta Lhasa, donde los acogen unos funcionarios tibetanos. «La Edad Media en 1958», se exclama Filimónov, quien abraza —al menos en su texto— la visión maoísta de esa «liberación» del Tíbet. Hasta entonces, se justifica, los monjes gozaban de muchos privilegios, la sociedad era feudal y el clero, esclavista. La teocracia de los

sombreros amarillos también conocía la lucha de clases. Gracias al Gran Salto Adelante, el tejado del mundo ahora está en igualdad con las monótonas llanuras.

El 11 de noviembre, mientras hacen noche en Shigatse, la escolta se abalanza hacia las ametralladoras. Falsa alarma. La caravana vuelve a ponerse en marcha, flanqueada de guardias. En el monasterio de Rongbuk, encaramado a 5.000 metros de altura en la cara norte del Everest, se encuentran con setenta monjes budistas rodeados por chinos. A partir de allí, los rusos emprenden el reconocimiento del terreno. Se trata de establecer el itinerario que seguirá la expedición sinosoviética la primavera siguiente. Acompañados de unos soldados armados, ascienden por la rama oriental del glaciar de Rongbuk, hasta 6.500 metros de altura, fotografiándolo todo a diestro y siniestro. Disponen de un viejo mapa inglés para orientarse. Allí arriba, en la cresta de la cumbre, desaparecieron George Mallory y Andrew Irvine en 1924. Nadie había regresado a esa vertiente desde la última tentativa británica en 1938. ¡Ha llegado su turno de explorar los flancos del Chomolungma! La victoria parece asegurada por ese collado norte y esa cresta que conduce a la cima de las cimas. Filimónov acaba de narrar el reconocimiento con un breve análisis geopolítico. La situación parece estable, los rebeldes tibetanos están concentrados en el norte de Bután y en las riberas del Yarlung Zangbo, donde podrían aguantar unos cuatro meses. A partir de entonces, podría reanudarse el conflicto, predice.

A finales de diciembre de 1958, la dirección de la expedición acude a Beijing para terminar los preparativos. Durante todo ese año y el comienzo del siguiente, ningún miembro de la selección soviética trabaja en la fábrica, ni en el laboratorio, ni en ninguna parte. El Estado les paga su sueldo íntegro por entrenarse y rellenar las casillas de «Altitud 6.000», «Altitud 7.000», etc., que deben enviar a la República Popular China. Todo el material de la expedición será soviético, en su inmensa mayoría diseñado por Abalákov. Obligan a los miembros de «Everest 1959» a mentir a su entorno con el objetivo de que nadie conozca la existencia de ese proyecto inconfesable.

Durante todo el invierno, continúan los ejercicios a pie, esquiando, en Moscú y más tarde en el Cáucaso. Deben probar en condiciones los aparatos de oxígeno concebidos por el ingeniero Abalákov. ¿Prueban también sustancias químicas para atenuar los efectos de la altitud? Las expediciones francesas e inglesas al Annapurna recurren a anfetaminas. Es de sobras conocido que el VNIIFK, organismo del que dependía Vitali, elaboraba productos dopantes para los deportistas soviéticos. Pero no sé nada al respecto. En pleno mes de febrero, Vitali guía a las cordadas hasta la cima del Elbrús, donde las temperaturas de –40 ºC y los vientos huracanados los ayudan a prepararse para el Himalaya. Hace tantísimo frío que a algunos hasta se les congelan las córneas. Sin embargo, su voluntad no flaquea. La vieja guardia y los jóvenes acaban de curtirse para el punto culminante de su existencia. En el periódico *Ogoniok* del 18 de enero de 1959, Vitali profetiza: «Sí, nuestros alpinistas ya están en el lugar indicado. Junto con nuestros amigos chinos, están preparados para batir nuevos récords. Allí, desde la meseta del Tíbet, se alza el gigantesco macizo del Chomolungma. Nos llama. Espera a nuestros escaladores. ¡Ya llegan!». Todos aspiran a alcanzar el tejado del mundo. Para Vitali Abalákov, será la apoteosis. Durante esa larga aclimatación en el Cáucaso, cumple cincuenta y tres años. Hasta mediados de marzo, las cordadas no regresan a Moscú. Allí, un avión Túpolev 104 debe llevarlos hasta el campamento base del Everest.

Esa es su única razón de ser.

El día 18, el Comité Pansoviético para la Cultura Física convoca a toda la selección para dar las últimas consignas. El sueño de los alpinistas rusos está a punto de cumplirse. ¡Pronto la bandera con la hoz y el martillo ondeará a 8.848 metros! ¡El cuarto país en conquistar el Everest! En la solemne sala de juntas, todos esperan pacientemente la llegada de los dirigentes, dispuestos a embriagarse con un discurso largo y enardecido. Por fin llega un oficial, con más de una hora de retraso, acompañado de Kirill Kuzmin, el jefe de la expedición, que empieza su perorata con un espléndido «¡Camaradas alpinistas!».

Acto seguido, anuncia que la expedición «Everest 1959» se ha anulado. No da más explicaciones. Ya pueden volver a casa, con el rostro demudado y un sinfín de preguntas sin responder.

El público soviético jamás supo nada de ese proyecto abortado. Por su parte, Abalákov, Filimónov, Kuzmin, Beletski, Kizel, Khergani y toda la élite alpinista lo comprendieron al leer la prensa oficial. Esta informaba de que los «conservadores contrarrevolucionarios» se habían rebelado contra los maoístas, hecho que había desencadenado una masacre de miles de tibetanos por parte del Ejército Popular. En el tejado del mundo, pues, reinaba la ley marcial, los monjes eran ejecutados, el pueblo sometido y el decimocuarto dalái lama huía a la India con la ayuda de la CIA. En consecuencia, hubo que aplazar la conquista comunista del Everest. Azares del gran calendario de la Historia.

En 1960, la invitación china ya no estaba en pie. Entretanto, las relaciones entre Beijing y Moscú se habían complicado. La amistad entre ambos países quedaba atrás. Mao acusaba a Jrushchov de revisionismo. El abismo entre los nostálgicos de Stalin y aquellos que intentaba recuperarse de sus abusos era considerable. La Internacional Socialista se fracturaba. Los maoístas decidieron prescindir de sus guías rusos, aunque utilizaron descaradamente el material que estos habían enviado para la expedición abortada. La propaganda ignoró ese detalle, por supuesto. Prefirió destacar el hecho de que las fábricas chinas y sus obreros —en su tiempo libre, claro está— habían confeccionado sacos de dormir y toda clase de material.

El relato de ese primer ascenso chino parece pura fantasía. En las pendientes de la cara norte, escenificaron adhesiones al Partido. El alpinista Liu Lianman se sacrificó haciendo de escalera humana. El escalador Qu Yinhua se atrevió a quitarse las botas para subir descalzo una pared de tres metros. Por fin, ese mismo Qu Yinhua, Han Wang Fuzhou y el tibetano Gongbu alcanzaron la cumbre del

Everest, donde colocaron religiosamente el busto de Mao. O al menos eso cuenta la versión oficial.

La única certeza de todo ello es que Vitali Abalákov y sus camaradas conocían bien a Qu Yinhua y Han Wang Fuzhou.

Se lo habían enseñado todo.

El fracaso del *kommunizm*

El Himalaya continuaba siendo la inmensa frustración de varias generaciones de alpinistas rusos. Se percibe claramente en todos los relatos, en todos los artículos, incluso los sometidos a la censura y a la línea oficial. La imposibilidad política de conquistar un pico de 8.000 metros de altura generaba un sentimiento de deshonra. Salvo algunas raras salidas a los Alpes, los montañistas soviéticos están condenados a la reclusión —por llamarla de algún modo— en los gigantescos macizos de la URSS.

En sus dominios no se encuentran caballos de viento ni estupas budistas al pasar por altos collados. No, solo Asia Central, que es un asadero, y caravanas de camellos de algún sovjós[1]tayiko. De vez en cuando, degustan una marmota o un oso que han cazado por el camino. A veces, los caudalosos torrentes se llevan las monturas. Expedición tras expedición, incorporan a su jerga alguna palabra persa. Todavía hoy, los rusos que frecuentan los senderos de esas regiones llaman *ishak* a los asnos y *kishlaq* a los campamentos, como en Afganistán.

Tras la anulación del proyecto Everest, el equipo Abalákov regresa resignado al Pamir. El destino de Vitali, rehabilitado o no, transcurre en los estrictos límites de la geografía estalinista, formada por una sexta parte de las tierras del globo, al menos. Como consuelo, el Spartak emprende el asalto del pico Voroshílov (6.667 metros), en el corazón de la cordillera de la Academia de Ciencias. Como de costumbre, la expedición va de maravilla. Lo único que me parece interesante de ese ascenso dirigido con maestría es el itinerario de aproximación: exactamente el mismo que en 1933 condujo a Yevgueni al pie del pico Stalin, a través del glaciar Fedchenko. Durante varios días, Vitali recorre el mismo camino que había recorrido su hermano menor. ¿Está conmovido?

Desde el pico Voroshílov, puede contemplar a sus anchas el pico que propulsó a Yevgueni hacia la gloria. Por su parte, Vitali nunca ha intentado conquistarlo.

El equipo Abalákov decide enviar un telegrama al mismísimo Voroshílov: «¡De parte de los escaladores de su pico!». En la época, Kliment Voroshílov es el presidente del Presídium del Soviet Supremo de la URSS. Ha logrado sobrevivir al estalinismo, aliándose con Jrushchov. Desde siempre le ha interesado el alpinismo, especialmente el militar, que sigue de cerca. Al parecer, las famosas «alpiniadas» fueron una iniciativa suya. Vitali cuida la relación con esa autoridad política que también es mariscal. En los archivos encontré numerosos telegramas de Vitali, felicitándolo por su cumpleaños.

El Spartak consigue su enésimo primer premio en la categoría de altura y, de nuevo, el premio Yevgueni Abalákov, cosa que daba bastante que hablar. Acusaban a Vitali y a sus camaradas, en su mayoría volcados en las altas instancias, de concederse a sí mismos los trofeos. Aducían que no se galardonaba a otros que llevaban a cabo rutas más complicadas. Aprovechándose de su poder, Vitali censura el estilo alpino que cultivaban algunos, que consideraba peligroso. Desde su brillante éxito en el pico de la Victoria, nadie lograba convencerlo de que desistiera de las virtudes de una expedición bien organizada, con abundante equipamiento, numerosa, y con todo el verano por delante.

En 1960, regresa al pico Lenin por tercera vez. A sus cincuenta y cuatro años, completa la travesía integral con sus cordadas, mientras que Valentina guía magistralmente a los benjamines hasta la cumbre principal. Ella es al alpinismo femenino lo que su marido al masculino: una líder, una pionera. Entre los aprendices a quienes guía hasta el pico Lenin, se encuentra su hijo Oleg, que comparte la obsesión por la montaña de sus padres. Se convertirá en «maestro del deporte en alpinismo» antes de incorporarse al Centro Pansoviético de Material Deportivo, siguiendo los pasos de su padre. Su hermana Galina será esquiadora. La historia se va acercando a su fin, con la transmisión de su experiencia y el paso del relevo.

A Vitali solo le queda un último reto, una idea contenida durante mucho tiempo, tal vez, una manera magistral de poner fin a su interminable carrera. Hasta una edad avanzada, hasta el último momento de su vida como alpinista, no se decide a acometer el pico Stalin. Una forma de superar su complejo de inferioridad respecto a Yevgueni, pensé enseguida, de terminar donde había empezado todo, pero sin su hermano. De grabar su apellido, o más bien su nombre, en esa cima aureolada por el patronímico Abalákov desde hacía casi treinta años, treinta años durante los cuales Stalin impuso su voluntad a todo el continente, antes de que renegaran de él. El pico Stalin ya no se llama Stalin, sino pico Kommunizm.[2] Todo lo que recuerda al bigotudo georgiano ha desaparecido del mapa.

A principios de la temporada de 1962, el equipo del Spartak llega al pie del gigante. No se trata del campamento base que había conocido Yevgueni, sino del que se utiliza hoy en día, situado en otra vertiente. Vitali ha decidido abrir una línea en la cara sur, que en ese momento se considera «el problema» del Pamir, pues es una pared sin fin de roca veteada y de hielo nervado, que culmina a 7.000 metros de altura. Una pared infranqueable para un alpinismo de segunda generación, mientras que al equipo Abalákov se le conoce, desde hace tiempo, como el de los veteranos. Para compensar, Vitali convoca a su propio hijo, Oleg, y al campeón Mijaíl Khergiani, que sueña con desflorar esa monstruosa barrera. La expedición al pico Kommunizm se asemeja a un último combate.

Vitali tiene cincuenta y seis años. Durante su rica carrera, se ha mantenido alejado de esa cima, que descuella por encima de todas. La escuela soviética es, en gran parte, obra suya. Ha sido condecorado con la orden Lenin. Se ha convertido en el primer entrenador emérito de alpinismo de la URSS. A su palmarés solo le falta el pico Kommunizm. Dios sabe por qué ha esperado tanto... Tantísimo tiempo que hasta se encuentran a unos extranjeros en el campamento base. Por primera vez, unos occidentales van a escalar al sanctasanctórum de las montañas socialistas. Y qué occidentales: John Hunt, de nuevo, y sus compañeros.

No es la primera vez que unos alpinistas ingleses escalan en la URSS. En 1958, John Hunt ya había recorrido el Cáucaso con sus hombres. Fruto de la experiencia, publica un libro, *The Red Snows* (Las nieves rojas), en el que muestra su estupefacción ante el alpinismo gregario y casi militar de los soviéticos, hecho de gimnasia colectiva y de informes obligatorios. En esta ocasión, vuelven a asombrarse. Dan fe de la disciplina de hierro que impone Vitali Abalákov, definido como *legendary leader* y descrito como intratable. Abalákov les impresiona tanto como la cara norte que se disponen a subir. Cuentan que, una noche, Vitali rompe de un puñetazo la copa de vino que le ofrecía sir Hunt. No sé cómo debo interpretar esa anécdota.

El caso es que resulta muy placentero cotejar relatos cruzados. Los soviéticos observan que los británicos apenas prueban el kasha o el trigo sarraceno que les sirven. Se burlan un poco de que no están demasiado en forma, ironizando sobre el hecho de que, sin sherpas, el alpinismo es más agotador. En el socialismo no se explota a las masas, no se recurre a porteadores. Por su parte, los ingleses se sorprenden ante los lanzamientos en paracaídas de abastecimiento desde un avión. Asimismo, critican el material demasiado pesado que emplean los rusos o el hecho de que desmonten sistemáticamente los campamentos, argumentando que en el Himalaya conviene conservar refugios donde guarecerse en caso de que se desencadenen los elementos. Acaban reconociendo el aguante de sus anfitriones, salvo que se trate de simple resistencia al frío y a las privaciones. Los rusos se alborozan con los elogios, ávidos como están del aprecio por parte de los extranjeros, aunque no todo les entusiasme. En el número de *Cumbres vencidas* de 1961-1964, se cuenta que los británicos quedaron embelesados ante Dusambé, la capital de Tayikistán. ¡Con diferencia, lo mejor que han visto en Oriente! En cuanto a Hunt, parece que susurró diplomáticamente que «la bomba americana es una pérdida de energía», antes de rememorar su inolvidable encuentro con Yuri Gagarin en Londres, en el palacio de la reina de Inglaterra.

Como se trata de una expedición binacional, pronto plantan las banderas de los dos países en una cumbre anónima a la que

llaman pico de la Cooperación, siguiendo la gran tradición comunista. Desde luego, ¡eso sí que es ser buen anfitrión, reservar una cima virgen para los invitados![3] Sin embargo, en el siguiente ascenso, en el pico Garmo, dos británicos se caen por una pendiente y los ingleses acusan a sus huéspedes de negligencia, dado que estaban ocupados rodando una película propagandística.

Volvamos al Spartak. En el pico Kommunizm todo va de mal en peor. Oleg Abalákov ha enfermado gravemente hacia los 7.000 metros de altura. Deben llevar a cabo una operación de rescate que les resta un tiempo precioso. Esta vez, los participantes se molestan. La pared es dificilísima. Vitali empieza a sentir el peso de sus cincuenta y seis años y de la invalidez que sufre. El proyecto aborta, y allí, al pie de la montaña de su hermano menor, decide colgar los crampones y el piolet. No he encontrado más detalles al respecto. Tal vez diga alguna palabra, alguna frase o se le caiga una lágrima. Probablemente, una mueca, un fruncimiento y una última mirada, torciendo el cuello y con los ojos entrecerrados, hacia el pico inmaculado y el cielo…

Ese fue el final del mítico «equipo Abalákov», que durante dieciséis años realizó expediciones sin accidentes ni víctimas, que fue campeón de la URSS doce veces, que estaba dirigido por un antiguo preso político, a quien le habían amputado varias falanges veinticinco años atrás.

El patriarca

Estalló la crisis de los misiles de Cuba.[1] Luego llegaron la llamada *détente*[2] y Leonid Brézhnev. El nuevo secretario general del Partido Comunista escribió sus memorias, *Málaia Zemliá* (La pequeña tierra). Bautizaron un pico con el título y, en la cima, depositaron un ejemplar, en el interior de una cápsula.

Al margen de esas eternas manías comunistas, el alpinismo evoluciona. Los acantilados soleados de Crimea acogen auténticas competiciones de escalada. Aparecen los primeros muros de escalada artificial, con graduaciones, y, en la alta montaña, se crea una nueva categoría, muy reveladora de todas esas transformaciones: «altitud y técnica». Se consiguen franquear murallas hasta entonces vírgenes, en el pico Revolución de Octubre, en el de los Topógrafos de Guerra, en el pico Marx o en el pico de la Corea Libre (en homenaje al régimen de Pionyang). Todas las cordilleras están salpicadas de nombres bolcheviques: pico de los Comisarios Rojos, eslabón de los Partidarios de la Comuna, collado de la Prensa Soviética, pico del Reclutamiento Militar, pico Maurice Thorez,[3] pico del Komsomol...[4] Y me dejo muchos. ¿Cómo se puede pronunciar en medio del aire enrarecido «pico de la Primera Sesión del Consejo Superior de la República Socialista Soviética de Kirguistán»? Desde luego, ¡qué ilusión debía de hacerles a los obreros de San Petersburgo encontrar, durante sus vacaciones al aire libre, el nombre de su fábrica, Glavleningradstrói, en un mapa, atribuido a una montaña! Y aunque los bautizos en kirguí sean meras traducciones (pico Kyzyl-Asker: pico del Soldado del Ejército Rojo; pico Djoldach: pico de los Camaradas), ¡al menos parecen exóticos!

Desde el pico de los 26 Comisarios de Bakú hasta el de los Treinta Años de la República de Uzbekistán, pasando por el pico

Ordzhonikidze, todos esos topónimos no son sino un relato nacional inscrito en el paisaje. Sin embargo, en lo más remoto del Pamir, nadie se encarga de actualizar los nombres a raíz de las desgracias políticas. ¿Acaso Dzerzhinski y Yagoda no desaparecieron del atlas? Por supuesto, pero el aterrador acrónimo OGPU, antecesor del NKVD, sigue presente. También algunos topónimos alemanes lograron sobrevivir a la guerra. La posteridad es tan injusta como la vida.

En la ciudad, Vitali frecuenta esas referencias institucionales. Sigue viviendo en la calle Pograníchnaia, la «calle de la frontera», y está prácticamente seguro de que alguna cima de la URSS se llama igual. Vitali siempre ha residido allí, en medio del verde, en la linde de los bosques de la periferia de Moscú. Sin embargo, parece que, con la edad, su ascetismo va decayendo. Su casa está en mal estado y, en un telegrama dirigido a Voroshílov, que continúa siendo presidente del Sóviet Supremo, le pide ayuda para conseguir una *propiska* moscovita, es decir, algo así como una «domiciliación», muy difícil de lograr si no se pertenece a la *nomenklatura*. En la URSS, uno no se muda por propia voluntad, especialmente en la capital. Voroshílov da órdenes, pero le informan de que no se ha podido resolver el asunto porque Abalákov y toda su familia... ¡se encuentran en el Cáucaso!

El invierno siguiente, Vitali y Valentina invitan a la flor y nata del alpinismo y la política para celebrar por todo lo alto su sexagésimo aniversario. La pareja se conoce desde la infancia; y ha sufrido muchos altibajos. Valentina debe aguantar a un marido «despreciativo», a quien considera egocéntrico. Se refugia en el amor de sus hijos. Como Vitali no dejó nada escrito sobre este asunto ni otros, carece de defensa ante la posteridad. En la perorata que les suelta a los invitados, de pronto le da las gracias a Irina Korzun —que ha regresado de la deportación— por haberlo elogiado ante el NKVD durante las purgas. Han transcurrido casi treinta años desde entonces, pero el caso de los alpinistas contrarrevolucionarios y su detención todavía le corroe.

A los rusos les encantan los aniversarios. Al año siguiente, Vitali supervisa una monumental «alpiniada» internacional al pico

Lenin para celebrar el quincuagésimo aniversario de la Revolución de Octubre. Desde el campamento base, observa a trescientos soldados socialistas llegados de toda la galaxia roja alcanzando la cima que él conquistó en 1934, en el despojamiento más absoluto. Lo que antaño fue fruto de un «desbrozamiento» heroico se ha convertido en un clásico incontestable y en parte de un nuevo título, el de «leopardo de las nieves», que representa el triunfo de aquellos que suman todos los picos de más de 7.000 metros de la URSS a su palmarés. ¿Palmarés? ¿Alguna vez Vitali ha creído que el alpinismo es algo más que un deporte magnífico?

Sin duda alguna, tiene toda la razón cuando afirma que «las montañas no son un estadio o un ring», pero los soviéticos se obstinan —en vano— en encontrarles una razón de ser. En 1968, alguien tiene la brillante idea de lanzar a unos paracaidistas sobre la vasta cumbre del pico Lenin. Durante el salto, una corriente de aire de la altura impide que los militares caigan en la cima, de manera que se dispersan por las abruptas pendientes. Las operaciones de rescate se alargan durante varios días, a una enorme altitud y en unas condiciones meteorológicas gélidas. Los helicópteros inspeccionan los repliegues. Cuatro muertos. Para eso sirve el alpinismo, para salvar el pellejo a quienes se aventuran por allí arriba.

En un número de *Cumbres vencidas*, leo que se inventan una última misión para los «conquistadores de lo inútil». En 1973, unos expertos deciden que pueden contribuir al estudio del cosmos. La exploración del mundo está llegando a su fin. Los cohetes toman el relevo hacia nuevos universos. Los escaladores ya solo son paseantes del cielo, de los miradores de la Tierra. Unos miembros del equipo Burevestnik suben al pico Lenin para recoger un aparato de medición de los rayos cósmicos (¡de quinientos kilos!) lanzado en paracaídas a 7.000 metros. Al año siguiente, regresan con el objetivo de cambiar las cintas.

Vitali se va alejando de todo eso. Por fin puede disfrutar del verano, tras pasarlos casi todos en el reino del invierno eterno. En 1969, Valentina y él regresan a Siberia, a los Sayanes, en compañía de otros veteranos, entre ellos, Kizel. Los Sayanes forman un

macizo cuya verticalidad (alcanzan los 3.491 metros) es desdeñable en comparación con su anchura. La geografía de Eurasia es así, campa a sus anchas. Me acuerdo de los Sayanes, de la magnificencia de su inmensidad, sin picos destacables ni nada que los convierta en un lugar de peregrinaje del *outdoor* con ropa fluorescente. De hecho, toda Rusia es así, sin Everest, sin Niágara, sin récords, aparte del de ser sumamente vasta y salvaje.

En los Sayanes también está su antiguo compañero de celda, Boris Garf, que lo reconoció por los pies amputados. Mientras Vitali camina por la taiga, imagino que le asaltan un sinfín de recuerdos. En Kazajistán también se reencontró con Dadiomov. Desde la estación de Arshan, suben por las frondosas vertientes, llenas de mosquitos, que solo desaparecen con la altura. Ha vuelto a sus orígenes, a los escenarios de su adolescencia. Se acuerda de su azarosa travesía de los Sayanes con su hermano, en 1929. Cazaban pájaros, pescaban, bebían el agua de los lagos puros, saboreaban bayas y «manzanas de cedro».[5]Estaban solos en el mundo, mientras que ahora, en el recodo de cualquier sendero, aparecen senderistas cargados con pesadas mochilas «Abalákov» que se quedan boquiabiertos al reconocer a su diseñador. Se sorprenden, lo saludan, lo aplauden. ¡Se han cruzado con Abalákov! Un recuerdo que contarán mil veces a la lumbre de una hoguera, igual que se debate incansablemente sobre el misterio del paso de Diátlov.[6] Así se forjan los mitos.

Desde entonces, la URSS cuenta con miles de turistas, atraídos por la naturaleza, las escapadas y la *romántika*. «Bardos» tan famosos como Vysotski popularizan las nieves con su voz grave:

> Si un amigo ha surgido,
> que no es amigo ni enemigo,
> si no comprendes a la primera
> si es fuerte o poca cosa,
> llévalo a la montaña.[7]

Supongo que, al escuchar estas canciones, Vitali recuerda las escasas tiendas de campaña cuyos palos apuntaban tímidamente hacia los aúles del Cáucaso en sus comienzos. Ahora todas las empresas, todas las universidades tienen una sección de esquí o de escalada. Los veraneantes recorren los macizos de la URSS. En su mayoría, son estudiantes, más que obreros, y urbanitas, más que campesinos. El alpinismo también ha perdido la lucha de clases, tal vez porque se ha ganado el derecho de ser inútil…

Leo que Vitali reivindica su patriotismo siberiano. En un texto titulado «El gran potencial de las montañas pequeñas», evoca a los escaladores que se entrenan en los acantilados de Crimea o en los Stolby. Vitali afirma categóricamente que en relieves menores pueden formarse grandes escaladores. Desde luego, ¡menudo camino ha recorrido, desde el muchacho enfermizo que fue hasta el patriarca en el que se ha convertido! De pronto, me da la impresión de que «El gran potencial de las montañas pequeñas» es su testamento, el de los hermanos Abalákov. Los inviernos siberianos forjaron su carácter, les sirvieron de trampolín hacia las cumbres más altas de la URSS. A través del texto púdico y frío de Vitali, creo entrever a los niños que fueron, que debían atravesar el río Yeniséi para escalar en los peñascos de Krasnoyarsk.

Ocho mujeres soviéticas

Y entonces llegó 1974. La espantosa tragedia.

Ese año, en el pico Lenin, Vitali supervisa el primer campamento realmente internacional. No solo han invitado a la Internacional Socialista, como en el centenario del nacimiento de Lenin o en el quincuagésimo aniversario de la URSS, sino a todo el mundo, a la comunidad sin fronteras del alpinismo. Los intercambios con el exterior se van intensificando. El propio Vitali viajará pronto a Estados Unidos y a Europa con el fin de presentar su equipamiento. Si no me equivoco, serán las únicas veces que salga del bloque del Este en toda su vida.

Con el pico Lenin de fondo —pico que conquistó exactamente cuarenta años atrás—, las banderas de varios países ondean por encima de innumerables tiendas dispuestas en fila. Hasta hay un equipo procedente de la España de Franco, pese a que en el Cáucaso existe un pico de la España Libre en apoyo a los republicanos. Lenin, de quien esta vez se conmemora el quincuagésimo aniversario de su muerte, debe de revolverse en el mausoleo. En cuanto a los ingleses, izan unos calzoncillos en lo alto de su asta, en lugar de su bandera. Se trata de una profanación impensable en el país de los sóviets, que son sumamente patrióticos. Sin embargo, para financiar una expedición al Himalaya, deben recaudar divisas extranjeras.

Hasta entonces, el pico Lenin no ha matado a nadie, un hecho digno de destacar. Y eso que más de mil alpinistas ya han hollado la ancha cumbre. Es un milagro que no puede durar. Un ligero terremoto desencadena una avalancha en el pico vecino, el del XIX Congreso del Partido Comunista, llevándose a un americano. Tres hombres desaparecen en la cara sur. Poco después, una suiza morirá en las alturas. El pico Lenin ha decidido recuperar en una

estación su cupo de víctimas. Y ahora está ávido de mujeres, de esas valerosas comunistas que sustituyen dignamente a los mujiks en las tareas más arduas, de esas esposas liberadas por el socialismo, de esas rubias emancipadas por el progreso o de esas bellezas euroasiáticas alejadas de los harenes, mientras que, en la actualidad, en todas las repúblicas cuyo nombre termina en «stán», los velos cubren los rostros de las mujeres.

En la URSS de la época, donde había un déficit perpetuo de hombres, se decía que las chicas iban a la montaña con la esperanza de encontrar un mujik digno de ese nombre. La escalada y el esfuerzo esculpían el cuerpo y curtían el alma. Muchachos sanos. El universo de las alturas era viril. La paridad quedaba lejos. Es verdad que en la URSS había algunas montañistas experimentadas. Aparte de Valentina Cheredova, la más destacada de entonces se llama Elvira Shatáieva. Tiene treinta y seis años y tantas rutas alpinistas a sus espaldas que haría palidecer el mérito de muchos de sus colegas del Spartak. Feminista *avant la lettre*, se le ha metido en la cabeza convertirse en «leopardo de las nieves» encabezando cordadas no mixtas. Para ello, reúne a siete mujeres procedentes de las repúblicas de Rusia, Tayikistán o Kirguistán. Su propósito es prescindir por completo de sus homólogos masculinos. Elvira ya ha logrado su objetivo en el pico Korzhenevskaya y en el Ushba. Esta vez ha planeado recorrer todas las aristas del pico Lenin.

De esos años datan las escasas tomas cinematográficas que se conservan. A lo sumo, algunos planos en los que por fin pude ver en movimiento el rostro de Vitali, que hasta entonces solo había visto inmóvil, en blanco y negro. Su baja estatura resulta asombrosa; las arrugas de su cara estrecha cobran vida bajo una frente ancha. Era bastante feo, desde luego, pero sus ojos tenían un brillo especial. Por no hablar de su aura. Vive sobriamente en la cabaña de madera del campamento base, rodeado de radios y de mapas, como organizador máximo y respaldo prestigioso de esa «alpiniada» para extranjeros. «El famoso alpinista Vitali Abalákov les desea que conquisten el pico Lenin», decía la invitación dirigida a los clubes de alpinismo de todo el mundo.

Tras la visita médica de rigor, una hermosa mañana, las ocho mujeres —con la chaqueta del Spartak— se encaminan a los peñascos de Lipkin, que llevan el nombre de un aviador que se estrelló en la nieve en 1937. El 2 de agosto, a la una del mediodía, Elvira afirma por la radio: «De momento, todo va tan bien que incluso estamos un poco decepcionadas por el itinerario». Vitali lo recibe alto y claro; anuncia un pronóstico meteorológico estable. Las mujeres se encuentran cerca de la arista, de la misma arista que él recorrió en 1934. Dos noches seguidas, acampan a la intemperie a unos 6.000 metros de altitud. Allí, el tiempo empeora. En el pico Korzhenevskaya, Elvira se había alegrado del mal tiempo. «Se está encapotando. Nieva. ¡Fantástico! Así se borrarán nuestras huellas. Nadie podrá acusarnos de haber seguido otras.» Elvira quiere evitar cualquier crítica que pueda desmerecer su hazaña. En el pico Lenin, una cordada de hombres baja por su cuenta; sus huellas llevan derechas a la cima. Serán los últimos en cruzarse con el equipo femenino.

Porque, el 5 de agosto hacia las cinco de la tarde, las ocho mujeres alcanzan la cima del pico Lenin, pero, cuando se disponen a bajar por la *klássika*, es decir, por la vía normal, de repente la visibilidad se vuelve nula, hasta tal punto que se ven obligadas a montar las tiendas de campaña para refugiarse allí mismo, según le explica Elvira a Vitali en medio de las interferencias hercianas y las borrascas. Una profunda angustia se extiende de inmediato por el campamento base. Vitali mantiene el contacto con Elvira durante toda la noche. Por la mañana, las alpinistas siguen en el saco de dormir, preparadas para huir en cuanto despeje un poco. Sin embargo, la tormenta arrecia. Por la radio, Elvira confiesa que la temperatura es gélida y que dos de sus compañeras están enfermas, por la altitud, sin duda alguna. El médico les ordena que emprendan la retirada de inmediato, cueste lo que cueste, siguiendo el mismo itinerario de la subida. En cuanto a Vitali, no se le ocurre nada mejor que reprender a Elvira por radio, acusándola de haber ocultado el estado de salud de sus camaradas.

Así es la escuela soviética, cuyo pilar era Vitali Abalákov. Se controla cualquier movimiento, se respeta la jerarquía, se aplican las reglas.

A Elvira le trae sin cuidado esa reprimenda burocrática: ¡corre peligro a 7.000 metros de altitud! Las ocho mujeres enseguida emprenden un descenso de pesadilla en medio de la furia de los elementos. A partir de entonces, ya no tienen noticias suyas, porque Elvira trata de ahorrar la batería. Transcurre otra noche en la que la lona de las tiendas no deja de restallar. En el campamento base, nadie pega ojo. Si allí hace mal tiempo, ¡qué infierno deben de sufrir ellas! Vitali está desquiciado. ¡El permiso de ascenso de las ocho mujeres lo firmó él!

Por fin vuelven a comunicarse. Han intentado acampar al raso, pero las ráfagas de viento han desgarrado las tiendas, llevándose las manoplas y los hornillos de gas. Elvira anuncia la primera muerte. A partir de entonces, varias brigadas de socorro parten de todos los campamentos de altura, de todos los repliegues del pico Lenin. Rusos, japoneses, americanos y franceses intentan subir por las pendientes con riesgo de avalanchas hacia la arista este. En vano. Acaban refugiándose en cavernas de nieve, bebiendo vodka para acallar la desesperación.

Deben salvar a las siete mujeres que siguen con vida, pero cada comunicación por radio supone un paso más hacia el horror. Otra participante de la expedición ha sucumbido. Ya solo les quedan tres sacos de dormir. Los sabañones les ennegrecen los dedos y no tienen nada para drenarlos siquiera. Vitali Abalákov les ordena que pierdan altura sin detenerse, que no dejen de moverse. ¿Acaso se acuerda de su calamitosa retirada del Khan Tengri? Las mujeres vuelven a ponerse en marcha, pero sufren horrores, se pierden y acaban acordando con Vitali que van a cavar un hoyo donde esperar a que lleguen los primeros auxilios, bloqueados por el mal tiempo.

En realidad, las seis supervivientes ya no aguantan más. En un silencio religioso interrumpido por las interferencias de la radio, Vitali las oye expirar una tras otra. Recibe el último mensaje el 7 de agosto a las nueve de la noche. Ya no es la voz de Elvira, sino

de una tal Galina, hecha un mar de lágrimas, que anuncia con dificultad: «Ya solo quedamos dos... Dentro de un cuarto de hora, ya no estaremos en este mundo».

Una muerte tormentosa.

Y, al cabo de poco, un sol radiante sobre los cuerpos desperdigados. Despojos helados, medio cubiertos de nieve y de escarcha, con algunas manos desnudas. Al aclararse, los equipos de rescate llegan al lugar de los hechos. Sus fotografías mórbidas muestran cadáveres dispersos, a unos metros los unos de los otros, con unas flechas que indican el nombre de las víctimas. Parece la escena de un crimen. Entonces un hombre, un soviético, llega a la arista. Todos los demás se apartan. Ha subido en un abrir y cerrar de ojos. No es Vitali, por supuesto. Vitali ya no podría. No, es un famoso escalador de la nueva generación. El primero en subir por la temible cara sur del pico Kommunizm, al pie de la cual Vitali puso punto final a su carrera.

Se llama Vladímir Shatáiev. Es el marido de Elvira. Con él, ella había descubierto la montaña, y de él deseaba emanciparse, aunque solo fuera durante una expedición. «Para no tener que oír esas palabras en boca de otro», explicaría más tarde, él mismo empieza a dictar las constataciones de rigor a un magnetófono, pensando en la investigación: «Elvira Shatáieva... Piernas en dirección al sur... Cabeza encapuchada... Anorak azul de plumas». También describe lo que encuentra en sus bolsillos: un mosquetón y cosméticos, «una lima, un cortaúñas, un *karandash*[1]de la marca Zhívopis, un espejito redondo, roto...».

El dolor es inenarrable. Al igual que el horizonte indiferente que se abre a su alrededor. También se muestran indiferentes las autoridades locales, que aterrizan en helicóptero para celebrar la clausura de ese campamento internacional. «Death and Caviar» (Muerte y caviar), se titulará la crónica del alpinista Robert Craig en *Climbing Magazine*. Los alpinistas franceses presentes también se acuerdan del tonel de caviar beluga en abundancia y de la manera oficial de presentar los hechos. Era un riesgo, una «catástrofe natural», según la agencia TASS. *Cumbres vencidas* solo le dedica un párrafo muy fáctico a la tragedia. Pretendían, si no acallarlo, al

menos no extenderse sobre ese fracaso estrepitoso. A raíz de la tragedia, cambiaron discretamente las reglas del juego. Se prohibió subir a las cumbres de cuarta categoría a los equipos formados por más de una mujer. Por lo demás, la temporada de 1974 había sido voraz. En el Khan Tengri, cinco ucranianos del Donbás, al resbalar, se habían estrellado contra unos peñascos.

La fotografía de los ocho ataúdes alineados en la hierba, bajo la cara blanca del pico Lenin, parte el corazón. Kizel asegura que Vitali se quedó conmocionado por lo sucedido. Se alzaron varias voces críticas con su gestión del caso. Hasta lo sancionaron. Él mismo siempre se arrepintió de no haber convencido a Elvira de que retrasara el ascenso. ¿Acaso su mujer no se había pasado la vida en la montaña, a menudo con él? Vitali no podía evitar proyectar a Valentina en aquel drama. A raíz de aquel episodio trágico, se despidió para siempre del Pamir, a la edad de sesenta y ocho primaveras.

Everest, 1982

La historia llega a su fin. La vida no es eterna, y menos en ese país. Tras haber seguido los pasos de Vitali a través del atroz siglo xx ruso, acompañémoslo hasta la tumba. Quisiera que su existencia y la de su hermano salieran de las fronteras de un país que los ignora. Rescatarlos del olvido. Los Abalákov son héroes positivos, de los pocos que tuvo la URSS. Los dos fueron pioneros, protagonizaron numerosas primeras veces. A través del prisma de las nieves, permiten contar la historia de su país.

El camino hacia el Everest fue un calvario geopolítico y burocrático. En la época, Nepal apenas concede permisos; distintos países aguardan a sus puertas. En varias ocasiones parece que se abre alguna rendija, pero acaba cerrándose. Los alpinistas soviéticos fantasean con conquistar un pico de 8.000 metros. Hubo un proyecto con visos de realidad en el Nanga Parbat, pero entonces Islamabad se enemistó con Delhi, que es amigo de Moscú… Katmandú acaba proponiendo la fecha de primavera de 1980, pero en ese momento el Comité para el Deporte no tiene ni un céntimo. Los juegos olímpicos de Moscú acaparan todo el presupuesto. Vitali se dedica a diseñar material para los gimnastas o los jugadores de balonmano; entretanto, las autoridades negocian con los españoles, que han logrado un permiso para 1982. Mientras esperan ese encuentro con el tejado del mundo, postergado incesantemente, numerosos instructores son reclutados para formar, en el Pamir, las tropas de montaña implicadas en la guerra de Afganistán.

Vitali Abalákov celebra su setenta y cinco cumpleaños en Krasnoyarsk, en su Siberia natal. Ya no desea volver a los senderos por los que se afanaba antaño. Se complace bajando por cursos de agua, en la península de Kola o en Carelia, por el río Obi. El agua

arrastra sus viejos huesos; no es tan agotador y resulta igual de gozoso: los lagos, los sotobosques, las hogueras. ¿Cómo no comprender ese retorno a lo vivo, a la frondosidad de los bosques, a la clorofila, tras la esterilidad mineral de las nieves y los peñascos? Ahora reside en Moscú, en el noveno piso de un bloque de viviendas, y casi nunca llama al ascensor. Es un jubilado enérgico que todos los días hace ejercicio y se ducha con agua fría. En verano practica natación y en invierno esquí de fondo, a menudo solo, recorriendo entre quince y veinte kilómetros sin dificultad, según cuenta. No bebe alcohol ni fuma. También descubrí que le gusta pintar e incluso esculpir, como a su hermano menor. Ya hace treinta y tres años que murió y la gente no identifica el famosísimo apellido Abalákov con Yevgueni, sino con Vitali.

Su longevidad es admirable. Es el representante de mayor edad de esa generación fundacional. Los demás sucumbieron a los fusilamientos, a los bombardeos o a las deportaciones. Unos cuantos murieron en la montaña y apenas unos pocos pudieron retirarse en paz. Desconozco si, en 1980, Vitali participa en la selección de hombres que van a completar su obra. ¿Qué más da que tenga una edad avanzada y esté jubilado? Eso no es lo importante. Toda la cultura alpina soviética, los entrenamientos, la estrategia de ascenso, todo eso es su legado, su escuela, la que logró conquistar el pico de la Victoria. Aunque ahora lleven las riendas otros, en realidad aplican lo que él concibió durante décadas.

El ingeniero-alpinista tiene una última misión: preparar el equipamiento para el Everest. Esa es su contribución a su viejo sueño, la culminación delegada de una vida de conquistas. Cincuenta años después de las primeras proezas de los hermanos Abalákov en el Cáucaso, parece que por fin los soviéticos podrán acometer el pico Chomolungma. Los candidatos deben llevar campanas hipobáricas diseñadas para los astronautas y los pilotos de cazas. Siguen pedaleando en hipoxia hasta 11.000 metros de altitud, antes de perder el conocimiento, y el Instituto Médico Biológico no les ahorra ni las temperaturas extremas, ni las

cámaras despresurizadas, ni los túneles de viento. El compromiso es absoluto. No habrá otra ocasión de coronar el Everest hasta dentro de mucho tiempo.

Seleccionan a veinticinco hombres recios en extremo de entre ciento cincuenta. Deben abrir una vía inédita en la cara oeste. Su honor como rezagados en la carrera por los 8.000 los obliga a seguir ese itinerario sumamente difícil. Se relevan incansablemente para preparar seis campamentos de altura. Vitali, desde Moscú, sigue los acontecimientos paso a paso. La URSS debe conquistar el Everest como sea, cosa que por fin sucede el 4 de mayo de 1982, cuando el ingeniero aeronáutico Balyberdine y el pedagogo Myslovski anuncian por radio: «Desde aquí, todos los itinerarios son de bajada». Hasta el 9 de mayo, fecha en la que todos los años se celebra la victoria contra los nazis, otros nueve rusos desfilan por el tejado del mundo, donde ondea la bandera con la hoz y el martillo.

«Cumplimos nuestro deber con el pueblo soviético. Cuando regresamos, nos acogieron como si fuéramos astronautas», recuerda uno de los escaladores. Entre el gentío que los aguarda en el aeropuerto de Sheremétievo, entre los periodistas que se abren paso a codazos, entre las familias conmovidas, entre los políticos encorbatados, destaca un anciano de baja estatura, arrugado y calvo, a quien todo el mundo reconoce. Vitali Abalákov ha ido a celebrar lo que se le antoja como una culminación con intermediarios. «Es una gran victoria para los veteranos del alpinismo, que durante décadas aspiraron a los 8.000 metros», declara. Un periodista le hace observar que Myslovski, que tiene varios dedos amputados a raíz de la expedición, no podrá volver a escalar nunca más, Vitali, sonriendo, le replica que sí, que seguro que lo va a conseguir. Él lo consiguió, al menos. Me imagino el apretón de manos entre Abalákov y Myslovski, con cinco dedos a lo sumo entre los dos. Por no hablar de que Myslovski es hijo de un supuesto enemigo del pueblo, fusilado en el gulag.

La comunidad internacional acogió esa proeza con una admiración no exenta de críticas. Se reprochó a los soviéticos que hubieran conquistado el Everest tan cargados. Los occidentales ya

se juzgaban los unos a los otros ante el tribunal de una nueva ética. El estilo alpino estaba en pleno auge. Por su parte, los rusos se enfrentaban a una guerra de trincheras con la montaña. La asediaban, como si esta pudiera rendirse. «El alpinismo soviético sigue siendo un alpinismo de expedición», resume escuetamente Roger Frison-Roche en *Les Montagnes de la Terre* (Las montañas de la Tierra), un libro en el que escribe tanto «Abolakov» como «Aborakov», además de cometer miles de errores, hecho que demuestra la ignorancia en el extranjero de lo que significaba la montaña en la URSS.

Un año después de ese éxito, Vitali y un puñado de veteranos del alpinismo se reúnen por última vez en el campamento de Shkhelda, al pie del Elbrús. Desde aquí había partido y aquí había regresado vencedor tantísimas veces. Juntos suben a la estación superior del nuevo teleférico Mir. Hasta aquí ha llegado el progreso. Ahora uno puede ahorrarse el esfuerzo gracias a un cable. Me pregunto si Vitali se entristece o se alegra al utilizar ese atajo hasta las vistas. Solo sé que se despide de esas caras temibles, de esas paredes que sus compañeros y él abrieron una a una. Para ellos, todo el «Presídium», tal y como se llama a las cumbres más altas del Cáucaso, es como un álbum de recuerdos. En sus memorias, Kizel concluye: «Los nudos de nuestra cordada se habían deshecho mucho tiempo atrás, ya ni siquiera teníamos la cuerda, ya no había capitán ni aprendiz, solo quedaba la amistad entre dos personas de avanzada edad». ¿Acaso los visitantes que posan para fotos banales reconocen a los ancianos que observan detenidamente el horizonte? ¿Adivinan que están saludando por última vez a las nieves y reviviendo su existencia entera, escrita en esas cimas?

Vitali Abalákov se apaga el 26 de mayo de 1985, con ochenta primaveras exactas, un mes después del accidente nuclear de Chernóbil. Es el final. Ya se intuye la apertura liberal y

democrática, con resultados anárquicos. Creo que a Vitali no le hubiera gustado presenciar como se agotaban los subsidios estatales ni el fin de los ascensos en masa. Por muy disparatado que pueda parecer, y pese a todo lo que le hizo sufrir su país, me da la impresión de que no le hubiera gustado el desmantelamiento de la URSS. ¿Acaso hubiera podido ser alpinista sin la Revolución de Octubre? Lo más probable es que hubiera continuado comerciando con pieles y otros productos en Siberia. ¿Cómo iba a renegar de un país que le había brindado esa vida?

Vitali no tiene derecho a ser enterrado en el cementerio de Novodévichi, donde reposa su hermano. Lo entierran en el de Kúntsevo, lejos del centro de Moscú. Junto a él reposa su hijo Oleg, fallecido en 1993 en un autocar arrollado por un camión. Valentina los siguió al año siguiente, en 1994, justo antes que su hija Galina, que en 1995 sucumbió a un cáncer. Una hecatombe familiar, que además parece que se llevó los recuerdos y los archivos.

Tras el Everest y la muerte del último de los hermanos Abalákov, el equipo de la URSS logra coronar el macizo del Dhaulagiri y, en 1989, completa una doble travesía magistral de las cuatro cumbres del Kanchenjunga, la tercera montaña más alta de la Tierra. Itinerarios que transcurren en su totalidad por encima de los 8.000 metros de altura, a todas luces sobrehumanos, pero sin cobrarse ninguna víctima. Por fin algo en lo que los soviéticos no ganaban en calamidades. Sin embargo, la nueva generación se va liberando poco a poco del restrictivo sistema ideado por los viejos caciques como Vitali. Su muerte marca también la muerte de toda una época. Los jóvenes de la Perestroika se propusieron batir récords y, en parte, fue una época dorada. Occidente, fascinado por esas temerarias hazañas, siempre las situará en un contexto de gran adversidad. En toda la antigua URSS, la década de 1990 fue un verdadero caos. ¿Acaso el desastre en las llanuras empuja a los hombres hacia el cielo? Les corresponde a los rusos contestar. A mí me parece que hoy en día ya casi no se practica el alpinismo con ese temple. La gente se ha vuelto demasiado comodona.

Epílogo

Ya va siendo hora de poner fin a este relato, mientras los rusos conquistan la invencible cara sur del Lhotse y reciben las felicitaciones de Gorbachov.

Ya no es la misma historia.

Antes de emprender esta investigación, quise visitar todos los escenarios, empezando por su casa natal,1[1] así que acudí a Krasnoyarsk. Un largo viaje en el Transiberiano, atravesando un paisaje de bosques todavía sin hojas, con los troncos blancos de los abedules. Me desperté en la orilla fría, en medio de una nube de mosquitos y las sirenas de los barcos que navegaban a contracorriente por el Yeniséi. Una vez en Krasnoyarsk, deambulé por la ciudad, que intenta conservar su patrimonio arquitectónico. No es que sea una maravilla, pero cuenta con las propiedades de algunos grandes comerciantes siberianos. Mientras esperan a que lleguen tiempos mejores para acometer su restauración, al menos están a salvo de la codicia de los promotores. Más lejos, unas torres que pretenden ser modernas desfiguran las riberas del Yeniséi, afeando el cielo.

Para llegar a la casa de los hermanos Abalákov desde la estación, hay que ir por la calle del mismo nombre. Es uno de los escasos homenajes que se les ha rendido. En la calle Lenin número 74 aparece una casa de madera como otras miles que quedan en Rusia. No está muy recta, pero tampoco se cae a trozos. Los troncos que la componen se han ennegrecido casi por completo y el entresuelo está ocupado por una tienda de material de montañismo cuyo letrero cubre todo el escaparate: «Abalakovski». Subí a toda prisa los pocos escalones. El interior no tiene ningún encanto. Como en todas las tiendas de esa clase, de las barras cuelgan sacos de dormir de plumas de oca desplumadas hasta sangrar, junto a

anoraks fluorescentes y catálogos para surfistas. Entonces fingí interés por algunos artículos, ante la mirada suspicaz de un dependiente, abducido por esa historia, empujado por Dios sabe qué necesidad de ver ese lugar con mis propios ojos.

En el primer piso —que mandó construir su tío en 1910 y que en la actualidad es la sede de una fundación para huérfanos—, no tuve tanta suerte. Me pareció un guiño a los Abalákov. Se accede por la parte trasera; en una viga, se indica «No fumar». Esas viejas isbas arden como la leña menuda; a veces, los promotores les prenden fuego de noche para liberar las propiedades del centro de la ciudad. Pese a la advertencia, una mujer daba caladas a su boquilla, un accesorio tan vulgar como su propietaria. Le pregunté si podía echar un vistazo dentro. Me dijo *net*, como de costumbre en Rusia, una respuesta para no complicarse la vida. Intenté, en vano, disipar su desconfianza enfermiza, heredada de la URSS, según la cual cualquier cosa es un secreto de Estado.

Más tarde, en el museo, un conservador servicial pero con prisas me enseñó la breve lista de archivos ligados al apellido «Abalákov»: una carta manuscrita en el antiguo alfabeto cirílico y algunas fotos que ya conocía. Eso era todo. No tardé en marcharme de Krasnoyarsk, donde de Vitali y de Yevgueni solo queda la frágil casa natal y los peñascos de los Stolby —el mejor monumento a su memoria—. Cuando uno está hechizado por unos fantasmas, acaba yendo a la otra punta del mundo para encontrar algunos vestigios y respirar el mismo aire que sus personajes. ¿Y luego? Al cabo de pocas horas, uno se encuentra en un bar, apuntando detalles nimios. Allí, nada recuerda la existencia de esos dos siberianos, nacidos durante el inverno de 1906 y 1907, hermano mayor y menor, respectivamente, de una familia con tres hijos. Sí, tenían un hermano mayor, al que nunca se menciona cuando se habla de los «hermanos Abalákov». Tuvo un destino prosaico, una vida normal y corriente, suponiendo que eso sea posible en Rusia. No sé nada de él, aparte de que vivió en Asia Central. Vitali y Yevgueni jamás lo nombraron.

Entonces viajé al Kirguistán y, allí, subí al glaciar Inylchek hasta el pie del Khan Tengri y del pico de la Victoria. Acto seguido, emprendí el ascenso del monte que sigue llamándose Lenin en la vertiente kirguí. Sus vecinos tayiko le cambiaron el nombre justo después que a las plazas y las avenidas, aunque todo el mundo continúa llamándolo «pico Lenin». Por nostalgia, por costumbre, porque la alta montaña es dominio de los rusos o de occidentales a quienes les divierten más los topónimos marxistas y leninistas que las dinastías persas sacadas de la recámara de la Historia. A fin de cuentas, quien da forma a un lugar es la gente, son los alpinistas quienes nombran las cimas de manera cotidiana.

Saqué mi material de montaña para examinarlo. Un viejo saco de dormir que me acompaña desde que soy mayor de edad y que ha visto mucho mundo con todas sus costuras. Ropa que en la época era tan puntera como me permitía mi presupuesto. El vendedor de una gran marca de deporte me explicó sonriendo que todos los materiales del año 2000 estaban absolutamente desfasados. Le contesté que andaba tras la pista de unos hombres que habían hecho prodigios con un equipamiento de abuela. No pareció comprender lo ridícula que resulta la dictadura de la moda «técnica».

Llegué al campamento base, formado por varias hileras de tiendas alineadas como las de una legión; un vestigio del alpinismo disciplinado. Por la mañana, me desperté al son de viejas glorias de la canción soviética, cosa que tiene su encanto. Unos yaks pacían por los pastos vecinos, sin que nadie pensara en enjaezarlos. A mi alrededor, las yurtas de los kirguís, cuyo territorio termina donde sus caballos empiezan a rezongar. Allí, la alta montaña sigue dominada por los rusos de Asia Central. De camino al campamento 1, se pasa por un peñasco donde hay unas placas en recuerdo de todos aquellos que se han dejado la piel en el pico Lenin. Con esta imagen en la cabeza, se emprende el ascenso, con la poesía trágica de los epitafios, como quien se cruza con cadáveres al dirigirse al frente. De hecho, te cruzas con varios, que bajan a lomos de caballos.

En el campamento 1, más hileras de tiendas de campaña

amarillas, como si invocaran al sol en medio de la tormenta. En agosto, caen tantas tormentas como en invierno. En alpinismo, también es cuestión de armarse de paciencia. La montaña que uno contempla durante días y días, las grietas de los seracs, las avalanchas, el viento, el granizo en la tienda de campaña. La sangre golpeándote el cráneo por dentro, los glóbulos rojos que se hacen de rogar. El planeta Marte que se va enrojeciendo en el cielo nocturno. Y luego el resplandor de un inmenso cielo azul en contraste con la nieve inmaculada, apenas ennegrecida por las alas de un pájaro que alza el vuelo. Y los miembros de las cordadas observándose de reojo, para saber quién será el primero en abrirse paso por el algodón blanco y pesado.

A fuerza de idas y venidas impuestas por la aclimatación, uno acaba conociendo ese mundo. Se entera de chismes, de rumores, de accidentes. El jefe del campamento 1 me habla de Abalákov. Lo conoció de niño. Era un jubilado calvo, con las orejas de soplillo, que, en la década de 1980, enseñaba sus últimas innovaciones en los centros de entrenamiento. Les contaba que aquel anciano era una leyenda viva. Justo entonces mi interlocutor abre unas botellas para atizárselas con la cocinera en medio del puesto de radio. «Abalákov —suelta entre dos copas— era un tipo distinguido, ¡coño!, un tipo con modales.»

Me marché hacia el campamento 2 junto con una larga columna de excursionistas. Algunos llevaban unos altavoces atados con cuerdas a la mochila, que escupían éxitos moscovitas en medio del desierto blanco. Técnicamente, la vía normal hasta el pico Lenin es bastante fácil. Una larguísima caminata glaciar hasta los 7.000 metros. La logística sale barata y los monzones no impiden realizarla en verano. Por eso atrae a tanta gente de todo el mundo, incluidos los trabajadores del cielo que son los sherpas y los gurung nepalíes. La globalización también ha llegado a este jardín comunista cerrado durante tanto tiempo: las banderas de oración tibetanas florecen por encima de las estepas musulmanas, como si existiera un escalonamiento de las religiones. Lenin ya solo es puro folclore, la única posteridad que le queda.

En la cumbre está su efigie, que posa en todas las fotos. Ya no es la estatuilla que Vitali Abalákov y sus camaradas cargaron heroicamente en 1934. Aquella fue arrojada al vacío a mediados de la década de 1990. Se cuenta que, en su lugar, alguien erigió una cruz, que corrió la misma suerte. Los rumores acusan a unos bálticos revanchistas o a unos polacos católicos. Hasta que, en 2012, unos guías rusos creyeron oportuno colocar un nuevo busto, no sé si por nostalgia o por sentido del mito. Mucha gente recuerda con cariño la vida cotidiana bajo la URSS, idealizando el pasado desde un presente a menudo convulso.

O tal vez se trate de una simple operación de mercadotecnia, pues, a fin de cuentas, ¿qué sentido tiene que en el pico Lenin no haya ni rastro de Vladímir Ilich?

Por mi parte, encuentro cierta belleza en todos los nombres soviéticos. Me parece que son el testimonio de una civilización desaparecida, de un nuevo mundo que ya es antiguo. En el campamento 2, situado a unos 5.400 metros, la noche transcurre en pendiente, para protegerse de los riesgos. Antes, las tiendas estaban más abajo, al fondo del circo glaciar. Pero el 13 de julio de 1990, tuvo lugar una de esas catástrofes que los soviéticos siempre han mantenido en secreto. Tras un terremoto, una avalancha de un kilómetro y medio de ancho se llevó a cuarenta y tres personas que dormían profundamente. Fue el accidente más mortífero de la historia del alpinismo.

No pude continuar el ascenso. Me asaltó un síntoma extraño y profundo. Los pulmones, que en todas partes me habían dado alas, de repente dejaron de hinchárseme como velas. Fui a visitar a un médico al campamento 1. Me dijo que bebiera unos cuantos vasos de vodka para abrirme los chakras o yo qué sé. Acabamos en la tienda del jefe, con la cocinera, un coñac kirguí y las llamadas por radio de un equipo de socorro que estaba en un aprieto por el

cadáver de un coreano. Me molestó un poco. Por una vez que la cabeza no me dolía tanto que la estamparía contra los peñascos, tenía que ser otra cosa. Fuera, la claridad lunar sobre la nieve inmaculada. Pensé en el increíble alineamiento de los planetas que exige el ascenso a esas cumbres.

Entonces, cuando uno no puede subir, se interesa por las proezas de los demás. Durante meses. Por esos dos hermanos, por ejemplo, archivados con un apellido olvidado. Fuera de Rusia, ya solo evoca una astucia tan sencilla como espectacular el sistema que se inventó Vitali para anclarse al menor coste a las paredes de hielo: el «abalákov». Es el único término ruso que forma parte de la jerga de los escaladores de todo el mundo. Una palabra que, por su sonoridad, contrasta con *portaledge*, *big wall*, *friends* y todos los trofeos léxicos de la victoria estadounidense.

En eso iba pensando mientras desandaba el camino de regreso al valle, cuando me crucé con unos atletas que subían corriendo. Se entrenaban para una carrera, la Lenin Race. Una carrera de *skyrunning* confidencial que reta a los deportistas más experimentados a encaramarse en un tiempo récord a los 7.134 metros de altura del pico Lenin. Algo así como la montaña posmoderna. Me pregunté qué hubiera pensado Vitali Abalákov de todo eso.

Se hubiera explayado sobre la degeneración occidental, sobre su desviacionismo de derechas y sus vicios reaccionarios, los hubiera cubierto de improperios, los hubiera acusado severamente de practicar un alpinismo individualista, ávido de récords suicidas, con el que ahogar la vacuidad de su vida liberal en el sensacionalismo mercantil y el desenfreno de la burguesía internacional, etcétera, etcétera.

A no ser que se hubiera puesto a diseñar modelos de zapatillas revolucionarias para subir volando a las cumbres.

¡Quién sabe!

Agradecimientos

Por su ayuda, su generosidad y su apoyo a la escritura de este libro y al rodaje de la película *Vers les monts Célestes* (Hacia los montes Celestiales), que reconstruye la expedición de 1936 al Khan Tengri.

¡Por no haber salido por patas ante unos protagonistas con un apellido acabado en «ov» y tantos países en «stán»!

Éditions Stock, Manuel Carcassonne, Benoît Heimermann y Émilie Pointereau.
Lionel Habasque, Terres d'Aventure.
Archivos del Estado de la Federación de Rusia (GARF).
Archivos de Estado Sociopolíticos de Rusia (RGASPI).
Museo Alpino Suizo de Berna y Stefan Hächler.
Alexéi Abalákov, Serge Hardy, Eva Mauer, Bernard Germain, Christophe Raylat, Aliaksandra Bahatsel.
Nathalie y Grégoire Wambergue.
Paul-Erik Mondron.
François Damilano.
Hello Emotion Production y Ushuaïa TV.
Centre National du Livre. 

Bibliografía

Este libro no es más que una tentativa de desenmarañar una historia que nunca había franqueado las fronteras de la antigua URSS, que yo sepa. Además de viajar por Asia Central, he llevado a cabo una enorme labor de documentación, principalmente en ruso. He investigado en archivos, bibliotecas y librerías de viejo y he explorado los dominios de internet acabados en «.ru» o «.su». Con internet, la búsqueda documental ha perdido en poesía, pero ha ganado en eficacia. A continuación, propongo una lista no exhaustiva de las obras, las revistas y las páginas web consultadas.

Como es lógico, no puedo responder de toda la información. Muchos de los testigos fallecieron en torno al año 2000. Tendría que haber escrito el libro veinte años antes. He procurado ser lo más fiel posible a lo que creo que ocurrió, ser crítico sin necesidad de cuestionar sistemáticamente las fuentes soviéticas y mantenerme al margen de las mentiras de la red. Dependía de las fuentes existentes; puede que se me haya escapado algo, pero he decidido descartar otras. Tal vez, con el paso del tiempo, aparezcan nuevos elementos. La posteridad solo es una de las historias posibles, construida por aquellos que tratan de recordar. Siempre linda con la novela.

Abalákov, A., *Taina leguendárnogo alpinista Yevguenia Abalákova*, Balabánov, 2010.

Abalákov, V., *Neprávilnoie vosjozhdenie*, revista desconocida, 1980.

Abalákov, Y., *Na vysocháshij vershínaj sovétskogo soiuza*, Ediciones de la Academia de Ciencias, 1963.

Beletski, E., *Pik Lénina*, Balabánov, 1958.

Cherepov, I. A., *Alpinisme soviétique*, Amiot Dumont, 1957.

Cottino, L., *Ici Elvira, m'entendez-vous?*, Éditions du Mont-Blanc,

2020.
Filimónov, L., *Doroga na Everest*, Molodaia Gvardia, 1991.
Horsman, S., «The politics of toponyms in the Pamir mountains», *Area*, vol. 38, Royal Geographical Society, 2006.
Hunt, J., *The Red Snows*, Hutchinson, 1958.
Kizel, V., *Pobedevshi Sudbú*, editor desconocido, 2002.
Popov, Y., *Gory na vsiu zhizn*, Stolby.ru, 1982.
Schwarzenbach, A., *Lorenz Saladin, Ein Leben für die Berge*, Hallwag, 1939. [Hay trad. cast.: *Lorenz Saladin: Una vida para las montañas*, Juan Cuartero Otal, La Línea del Horizonte, 2020].
Shibáiev, S., *Vitali Abalákov*, Eks Books, 2020.
Símonov, E., *À l'assaut du pic de la Victoire*, Éditions en langues étrangères, 1958.
Símonov, *E., Iduschi po vershínam*, Fizkultura i sport, 1964.
Zopfi, E., *Steiner R., Tod am Khan Tengri, Lorenz Saladin*, AS Verlag, 2009.

Artículos de Pável Zajárov y Yuri Pustoválov en las páginas web http://www.mountain.ru/ y http://www.alpklubspb.ru/, especialmente.

Notas

1. Entremeses varios, muy tradicionales en Rusia. *(N. de la t.)*

2. Oficial de la marina que dirigió la contrarrevolución encabezando las tropas fieles al zar.

1. Mantengo el nombre que aparece en la obra de Ella Maillart. En realidad, el nombre completo es Sociedad de Turismo Proletario y de Excursión. En ruso, la palabra *turista*, referida a la montaña, significa «senderismo». De hecho, en la Sociedad de Turismo Proletario había una sección de alpinismo.

2. Villas fortificadas típicas del Cáucaso. *(N. de la t.)*

1. Los años polares internacionales son campañas de estudios coordinados. Por parte de la URSS, el segundo año polar internacional, el rompehielos *Sibiriakov* franqueó por primera vez el paso del Noreste. Por parte de Francia, el comandante Charcot estableció la primera estación polar en Scoresby Sund (Groenlandia).

2. Levantamiento de pueblos musulmanes en el Turquestán contra el poder zarista y posteriormente soviético en Asia Central.

3. Desayuno tradicional ruso: gachas, dulces o saladas, al gusto. *(N. de la t.)*

1. Danza tradicional originaria de Ucrania, que antaño bailaban los cosacos. *(N. de la t.)*

2. Literalmente, «agente del aparato». Término coloquial ruso que designaba a un funcionario del Partido Comunista, que iba ocupando sucesivos puestos de responsabilidad, pese a su escaso conocimiento técnico. *(N. de la t.)*

3. Antiguo término eslavo que significa «caudillo», aplicado a Lenin tras su muerte y posteriormente también a Stalin, que le sucedió, en el marco de la religión política soviética. *(N. de la t.)*

1. También participó el famoso científico y explorador polar ruso Otto Schmidt, pionero del paso del Noreste.

2. Punto culminante del Altái (4.506 metros), en la triple frontera entre Rusia, China y Kazajistán.

1. Famoso poeta de vida muy agitada, que se suicidó (o no) en Leningrado en 1925.

2. Destacado revolucionario a comienzos de la década de 1930. Su asesinato desencadena la detención de varios bolcheviques de los primeros tiempos contrarios a Stalin.

3. El Komintern, abreviación en ruso de la Internacional Comunista, era una organización formada por los partidos comunistas que apoyaban a la URSS. Bajo Stalin, Moscú tomó las riendas de dicha organización internacional en su propio beneficio.

4. Saunas tradicionales rusas. *(N. de la t.)*

1. El profesor Letavet, médico de su comunidad, dedicaba varios meses al año a explorar los macizos de Asia Central. Algunos lectores occidentales habrán leído su nombre, sin prestarle demasiada atención, en el libro de Ella Maillart titulado *Des monts célestes aux sables rouges* (De las montañas celestiales a las arenas rojizas). En efecto, en 1932, la aventurera suiza logró alcanzar las remotas montañas del Kirguistán sumándose a una pequeña expedición dirigida por Letavet, que siempre tuvo una relación muy estrecha con los hermanos Abalákov.

2. Fridtjof Nansen fue un famoso explorador polar noruego, sumamente respetado en la URSS, a la que dedicó un libro: *El país del futuro*.

3. Bebidas fermentadas: la primera, elaborada a base de leche de yegua, es típica de las regiones túrquicas y mongolas de Rusia; la segunda, de pan de centeno, es muy popular entre los rusos. *(N. de la t.)*

1. Existe una edición en castellano: *Annemarie Schwarzenbach, Lorenz Saladin: Una vida para las montañas*, traducción de Juan Cuartero Otal, La Línea del Horizonte, 2020. *(N. de la t.)*

2. Existen catorce cumbres que superan los 8.000 metros, todas ellas en el Himalaya. Coronarlas es el sueño de los alpinistas de todo el mundo.

3. En esa época, los alpinistas alemanes estaban obsesionados con el Nanga Parbat, de 8.126 metros. Se sucedieron las expediciones, que glorificaban el dolor y el sacrificio ario. En 1939, el famoso Heinrich Harrer fue detenido en la India mientras llevaba a cabo otro reconocimiento. Los alpinistas soviéticos estaban a años luz de esos objetivos himalayos.

1. «¡Vamos, vamos!» en ruso. *(N. de la t.)*

2. Considerada la obra maestra de Arthur Koestler, la novela es un retrato estremecedor del totalitarismo. Narra la historia de un viejo revolucionario bolchevique que acaba sufriendo las purgas estalinistas de los años treinta. Existe una edición en castellano: *El cero y el infinito* (1940), traducción de Eugenia Serrano, Debolsillo, 2021. *(N. de la t.)*

1. La Rusia contemporánea recuerda a Nikolái Gorbunov como el fundador de la reconocica ciencia soviética, pasando por alto su responsabilidad política. Desde luego, en Rusia la memoria se enfrenta a grandes dilemas.

1. El kopek es una moneda rusa equivalente a una centésima parte de un rublo. *(N. de la t.)*

2. Literalmente, «guerra relámpago»: estrategia militar de la Alemania nazi que le permitió invadir en poco tiempo varios países (Polonia, Dinamarca, Noruega, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Francia, Yugoslavia y Grecia) por medio de campañas muy intensas, que concentraban las armas ofensivas en un frente muy angosto, logrando así abrir brecha en las defensas enemigas. Gracias esta táctica, se evitaba una guerra larga, con multitud de frentes y trincheras, como en la primera guerra mundial. *(N. de la t.)*

3. Cuerpo de infantería ligera de la tropa de montaña del ejército alemán. *(N. de la t.)*

1. Anteriormente, se llamaba pico del Zar. El cercano pico Engels era conocido como pico de la Emperadora.

[1]. Concepto acuñado por el historiador francés Jean Fourastié en su libro *Les Trente Glorieuses ou la révolution invisible de 1946 à 1975* (Los treinta gloriosos o la revolución invisible de 1946 a 1975) (1979), que estudia la bonanza que experimentan la mayoría de los países occidentales tras la segunda guerra mundial, durante tres décadas. *(N. de la t.)*

2. Bloqueador que permite subir por una cuerda.

3. Llamadas así por el explorador polar Ernest Shackleton.

1. Jefe de la expedición británica al Everest en 1953, cuando sir Hillary y Tenzing Norgay alcanzaron la cima.

1. El hombre falleció en Kazajistán en 2015. Tenía fama de esquivar la muerte en el pico de la Victoria.

1. Acrónimo de las granjas estatales de la URSS, explotaciones agrícolas no cooperativas, sino que dependían directamente del Estado. *(N. de la t.)*

2. Y, desde la independencia de Tayikistán, pico Ismail Samani.

3. El Kirguistán moderno destaca en ese gesto de cortesía. Desde la disolución de la URSS, ha bautizado un pico Yeltsin y otro Putin para demostrar sus buenas relaciones diplomáticas.

1. A propósito, ¡el Che Guevara había curtido a sus compañeros de revolución en las laderas del volcán Popocatépetl, en México!

2. Término francés que significa «distensión» o «aflojamiento» y, en política internacional, desde la década de 1970, se emplea para designar un proceso de acercamiento diplomático entre países hasta entonces hostiles. *(N. de la t.)*

3. En la actualidad, el pico Maurice Thorez se encuentra en territorio chino, tras la resolución de una disputa fronteriza en el Tian Shan.

4. O pico de las Juventudes Leninistas. Desde entonces, se llama pico Nursultán Nazarbáyev, nombre del presidente autócrata que gobernó en Kazajistán desde su independencia hasta 2019.

5. Así se llaman las piñas de los pinos siberianos, de sabor bastante dulce, aunque resinoso, con las que en Rusia se elaboran distintos postres. *(N. de la t.)*

6. Se trata de la extraña e inexplicable muerte de nueve esquiadores en los Urales, durante el invierno de 1959. Un drama enigmático, legendario en Rusia.

7. Vladímir Vysotski, *Pesnia o drugue*, 1966 (versión del autor).

1. Un lápiz, en ruso. *(N. de la t.)*

1. En realidad, los hermanos Abalákov nacieron más al norte del curso del río, en Yeniseisk. Tras la muerte durante el parto de su mujer, su padre se mudó con las dos criaturas a Krasnoyarsk, donde falleció poco después.

Los alpinistas de Stalin
Cédric Gras

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Alpinistes de Staline*

Obra publicada bajo la dirección de Benoît Heimermann.

© Éditions Stock, 2020.

© de la traducción, Palmira Feixas, 2022

© del diseño de la cubierta, Chris Rychter
© de la fotografía de la cubierta, Lorenz Saladin, 1936. Collection Saladin, Musée Alpin Suisse, Berne

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.ed-critica.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril 2022

ISBN: 978-84-9199-415-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!



